

Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política



EDUARDO LUCITA, Continuidad democrática y alternativa socialista
(La izquierda en las elecciones) ✦ ALBERTO J. PLA, La Tablada,
la crisis y el socialismo ✦ JORGE MAKARZ, La crisis militar: la
democracia alfonsinista y las fuerzas armadas ✦ MICHAEL LOWY,
Brasil, un nuevo tipo de partido: el PT ✦ ALBERTO DI FRANCO,
Perú, crisis global y elecciones ✦ ADOLFO GILLY, México, fin de
régimen, fin de época ✦ ENRIQUE ANDA, La crisis de la universi-
dad latinoamericana ✦ MICHEL RAPTIS: Marx, Marxismo, Comu-
nismo ✦

Cuadernos del Sur

Número 9 ■ Mayo de 1989

Tierra  fuego
del

CONSEJO EDITORIAL

*Argentina: Eduardo Lucita /
Roque Pedace / Alberto J. Pla / Carlos Suárez*

*México: Alejandro Dabat / Adolfo Gilly
José María Iglesias (Editor)*

Italia: Guillermo Almeyra

Brasil: Enrique Anda

Francia: Hugo Moreno

Perú: Alberto Di Franco

*El Comité Editorial está constituido por los miembros
del Consejo Editorial residentes en Argentina.*

Publicado por  *Editorial Tierra del Fuego*

Número 8

Argentina - Octubre 1988

Toda correspondencia deberá dirigirse:

En Argentina:

Casilla de Correos N° 167, 6-B, C.P. 1406

Buenos Aires - Argentina

En México:

EDITORIAL TIERRA DEL FUEGO

Nebraska 43-402

México, 03810 - D.F.

INDICE

	A nuestros lectores	5
EDUARDO LUCITA	Continuidad democrática y alternativa socialista (La izquierda en las elecciones)	7
ALBERTO J. PLA	La Tablada, la crisis, el socialismo	31
JORGE MAKARZ	Crisis militar: La democracia alfonsinista y las fuerzas armadas	39
MICHAEL LOWY	Brasil: Un nuevo tipo de partido - el PT brasileño	59
ADOLFO GILLY	México: Fin de régimen, fin de época	71
ALBERTO DI FRANCO	El Perú ante la encrucijada: la crisis global y las elecciones	81
ENRIQUE ANDA	La crisis de la universidad latinoamericana	101
MICHEL RAPTIS	Marx, marxismo, comunismo	117

CUADERNOS DEL SUR responde a un acuerdo entre personas, las que integran el Consejo Editorial. La revista es ajena a toda organización. La pertenencia, actual o futura, de cualesquiera de sus integrantes a partidos o agrupamientos políticos sólo afecta a éstos de modo individual; no compromete a la revista ni ésta interfiere en tales decisiones de sus redactores.

CUADERNOS DEL SUR es un órgano de análisis y de debate; no se propone, ni ahora ni en el futuro, ser un organizador político ni promover reagrupamientos programáticos.

El Consejo asume la responsabilidad del contenido de la revista, pero deslinda toda responsabilidad intelectual en lo que atañe a los textos firmados, que corren por exclusiva cuenta de sus autores, cuyas particulares ideas no son sometidas a otro requisito que el de la consistencia expositiva. El material de la revista puede ser reproducido si se cita fuente y se añade la gentileza de comunicárnoslo. Las colaboraciones espontáneas serán respondidas y, en la medida de nuestras posibilidades, atendidas.

A nuestros lectores:

Decíamos en nuestro primer número -"Sólo a modo de presentación"-, que CUADERNOS DEL SUR se proponía recuperar el debate en la izquierda, intentando superar la fragmentación de nuestra intelectualidad, al mismo tiempo que ratificábamos nuestra confianza en la reorganización racional, igualitaria y democrática de la sociedad en que vivimos, esto es: que el socialismo es el único resultado positivo a que puede dar lugar la remoción histórico-cultural buscada.

El copamiento de La Tablada y la posterior represión hacen necesario, a nuestro juicio, reflexionar y tomar posición acerca de las consecuencias que los acontecimientos del 23 de enero tienen para la sociedad. Y en particular el rol que le cabe a la izquierda en su seno. No se trata de un debate sobre cuál es la vía al socialismo, sino respecto de cuestiones que hacen a la supervivencia de la misma empresa transformadora.

Ha sido nuestra propia experiencia la que nos ha llevado a reconsiderar el valor de la vida. La década trágica, no pasó, no puede haber pasado, en vano. Hemos aprendido ya el costo de reducir la vida a un medio, un caso particular de la ética del resultado. La política está definida y delimitada por la confrontación de clases y fracciones de clase pero de ello no se desprende el simple reduccionismo de la política a guerra.

La ideología del militarismo, que se expresó en una franja de la izquierda argentina, se mostró impregnada de una moral al servicio de la política, y una política subordinada a la lógica del poder que de aquella ideología se desprendía. Tal vez no encontremos una muestra más clara de esta herencia que la mentira en que se enmascaraba el grupo de asalto y que ahora arrastra a la represión a sus propios compañeros. El crimen, en su expresión más amplia, no encuentra una justificación política.

En el ojo del huracán macartista la derecha nos enrostra la descomposición moral y política de quiénes, en primer lugar, engañaron a la propia izquierda. La impotencia política aparece como una causa, pero nunca alcanza a tener el valor de un justificativo para quienes pretenden, con su práctica sustituista, reemplazar a la sociedad y erigirse en guías predestinados y jueces de la historia. Así para ellos la democracia debía ser defendida por las armas, aunque la voluntad democrática no fuera esa. La necesidad de la insurrección se confunde entonces y aquí con su justificación.

Esta intolerancia para con la realidad nos resulta incompatible con la defensa de los espacios democráticos, de las libertades públicas, y del disenso. Las acciones y prácticas elitistas resultan finalmente un obstáculo más en la lucha colectiva y cotidiana, contra la militarización de la política y contra aquéllos que intentan convertir a la sociedad en rehén del aparato represivo.

COMITE EDITORIAL
Buenos Aires, abril de 1989

Estando ya en prensa esta edición se han producido los acontecimientos de fines de mayo. Estampida incontrolable de los precios, desabastecimiento y alzamiento de sectores populares en defensa de su integridad física y moral.

CUADERNOS DEL SUR*, que reafirma su propuesta del debate de ideas en una sociedad democrática y pluralista, sostiene que no es con la sanción del estado de sitio y con represión como se han de resolver las necesidades elementales de los ciudadanos más carenciados, y el pleno ejercicio de las libertades públicas. *La democracia sólo se garantiza y se sostiene con más democracia.

CONTINUIDAD DEMOCRATICA Y ALTERNATIVA SOCIALISTA

(La izquierda en las elecciones)

Eduardo Lucita

"Los sueños irán más lentos que la realidad..."

Néstor Vicente - Acto de Izquierda Unida

1º de mayo de 1989

Como convalidando aquello de la "autonomía de lo político" la sociedad argentina puso en marcha los instrumentos legales y organizativos para consensuar la sucesión presidencial según los mecanismos democrático-institucionales oportunamente sancionados, que se materializaron en las elecciones nacionales del 14 de mayo pasado.

Las notas que siguen tienen una finalidad relativamente acotada: en primer lugar delimitar ciertos datos del contexto que definen el escenario en el que estos acontecimientos se desarrollaron; segundo examinar de manera también sintética la participación de la izquierda en este escenario (particularmente de IU); finalmente inferir algunas conclusiones preliminares de los resultados electorales y las perspectivas que estos abren.

1 - Los datos del contexto

Este recambio presidencial bajo formas democráticas, acontecimiento que no reconoce antecedentes en varias décadas, se ve seriamente condicionado por una crisis de envergadura tal que impacta en la estructura y en la misma dinámica del sistema; que como resultante de la acentuación de los rasgos de ingobernabilidad concluyó reubicando en el centro de la escena política a las corporaciones —particularmente la militar— deteriorando así lo que la continuidad democrática pretende —y necesita— fortalecer: el régimen de partidos y la articulación entre sociedad civil y el Estado.

Es que aquella autonomía, cuyos grados de libertad resultan siempre relativos, es en nuestro país más aparente que real. La interrelación creciente entre lo económico y lo político se encuentra en el centro mismo de la crisis presente.

En su desarrollo, y enfocada desde una perspectiva más amplia que lo estrictamente coyuntural, se nos representa como un momento transicional, un espacio temporal en el cual se operan profundas reestructuraciones en lo político, lo económico y lo social, y que como tal expone en toda su dimensión y profundidad la suma de contradicciones de la sociedad capitalista. La crisis juega así un papel revelador, de los mecanismos, las tensiones, los conflictos, los elementos contradictorios que permanecían ocultos. Para colocarlo en los términos de Elmar Altvater: "...no es sino la agudización dramática de la normalidad burguesa".

Así esta fase decadente del capitalismo argentino resulta un ejemplo paradigmático de esta exacerbación. La escasez energética fue precedida por estudios que demostraban el sobreequipamiento en la generación de energía eléctrica; la desarticulación del plan de construcciones de centrales hidroeléctricas fue acompañada por el estímulo a la incorporación de nuevas tecnologías, cambios en las pautas de consumo doméstico y aún de nuevos criterios edilicios, que en general resultan devoradores de energía. El crecimiento de los servicios de seguridad personal y el bienestar individual en ciertas franjas de la población es paralelo al aumento de la inseguridad y el malestar colectivos; la desocupación masiva es acompañada por una tendencia creciente a la extensión de la jornada laboral; las fuertes alzas en la productividad que registran ciertos sectores industriales aparecen como la contrapartida del vaciamiento y el cierre de empresas. Los distintos programas pensados para controlar la inflación terminan inevitablemente en la estampida de los precios, el desborde inflacionario y la pérdida de control por parte del Estado de las principales variables económicas.

La simultaneidad de miseria y derroche, propia de estos tiempos de la modernidad, muestra como varios millones de seres reproducen su existencia en condiciones de vida miserables, mientras un millón de argentinos veranea en el exterior a la par que se inauguran centros comerciales de fastuosidad lujuriosa y se acumulan fortunas que solo se sustentan en la intermediación parasitaria. En suma, el 10% de la población se apropia del 45% de la riqueza social producida anualmente.

La incapacidad para aprehender las lecciones de la historia irrumpió abruptamente con los acontecimientos del 23 de enero de este año. La utili-

zación de la vida como instrumento de cambio político por un democratismo armado que linda con la provocación, traumatizó a la sociedad argentina, reintrodujo el terror consiguiendo el resultado exactamente inverso al que sus actores directos pretendían obtener. Retrotrajo así la relación entre la sociedad civil y el poder militar e imprimió un ritmo caótico a la situación política. La Tablada en su expresión más amplia sintetizó la suma de contradicciones en que se debate la Argentina actual.

En este escenario, magnificado por la impotencia de la dirigencia política tradicional para encausarlo en términos de una administración ordenada, se llevaron a cabo la campaña electoral y las recientes elecciones nacionales, y en él la izquierda participó reorganizando sus filas, y su fracción más importante presentó, no sin dificultades, una alternativa unitaria.

2 - La irrupción de la crisis política

La coyuntura electoral presentó, por primera vez en mucho tiempo, síntomas y características inéditas que trazaron un sesgo favorable a la participación de una fuerza política que resumiera los términos de su unidad y se constituyera en expresión protagónica de las izquierdas locales.

Los tiempos políticos parecieran ingresar en un período de cambios signado por la irrupción de la crisis política, que se expresa en el plano de la hegemonía en la carencia de un liderazgo burgués capaz de llevar adelante ciertas reformas y compromisos previamente acordados. Crisis agravada por la falta de horizonte, por la ausencia de una perspectiva de futuro que no resulte un agravamiento y profundización del presente, y por el deterioro de los aparatos de mediación de las instituciones estatales, que debilitan los lazos del consentimiento social indispensable para hacer posible aquella hegemonía política.

La situación, por el abanico de contradicciones que resume, presenta un grado de complejidad no conocido, al mismo tiempo que un bloque de condicionamientos que no facilitan su resolución, por el contrario le adicionan una morosidad a su tortuoso desarrollo que degrada seriamente los espacios democráticos.

Abierta en toda su complejidad la crisis amenaza, pero no alcanza a producir aún un punto de inflexión histórico, que concluya en una fractura al in-

terior del bloque de poder político dominante y una generalización de la protesta social. Provoca sin embargo una suerte de síndrome orgánico —en el sentido de la representatividad— en los grandes partidos del sistema, que más que mostrarse como alternativas de cambio aparecieron como variantes de continuidad de la crisis presente, y no mostraron su anterior capacidad convocante como para atraer el entusiasmo de nuevos sectores y generaciones, como sucedió con el peronismo en 1973 y con el radicalismo en 1983.

De alguna manera el cuadro presenta componentes revolucionarios, desde el punto de vista de las condiciones objetivas, de las perspectivas de desarrollo de la base material, de la ausencia de alternativas. Sin embargo, solo una concepción mecanicista del desarrollo revolucionario, aferrado a la idea desencadenante de la decadencia económica capitalista, puede ver allí condiciones cualitativas que pongan en juego la dominación de clase y la estructura misma del poder.

Si nos atenemos a los términos de análisis del marxismo clásico no nos encontramos frente a una crisis revolucionaria. Confluyen para esto varias causales, entre ellas y no la de menor importancia, la ausencia de un sujeto político capaz de canalizarla en una orientación de ruptura global con el régimen de dominación existente. "Más bien debe ser vista como una crisis del sistema de dominación, que abre posibilidades inéditas para la acción política de masas y la apertura de nuevos espacios."

Esta morosidad y profundidad de la crisis ha concluido en un corrimiento a derecha del baricentro de la política nacional. Si las elecciones para renovación parcial de legisladores y Gobernadores provinciales de 1985 y 1987 parecieron consolidar una ecuación política de centro sostenida por las alas más dinámicas (y "progresistas") de la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista (PJ) —el alfonsinismo y la renovación peronista—, donde operaban como variables estabilizadoras el Partido Intransigente (PI) —como la izquierda admitida y necesaria—, y la Alianza de Centro Democrático —en rigor la UCD y pequeños partidos liberal/conservadores, como la derecha institucionalizada y legalista—, el escenario preelectoral presentó cambios cualitativos que no pueden omitirse.

La UCR, el partido burgués que más indicios de cambio había mostrado en relación a su trayectoria histórica, que se presentaba desde 1983 como el gran democratizador de la sociedad, concluyó trabando alianzas con el núcleo de las corporaciones que constituyen el poder real de esta sociedad, presentando candidaturas y propuestas para este recambio presidencial que sos-

tienen y acrecientan la política económica de integración salvaje al mercado mundial y del libre juego de las leyes del mercado, y una continuidad política de los aspectos formales de la democracia institucional. En este terreno le resultó inevitable disputar espacios con la derecha liberal.

En el PJ el resultado de las internas concluyó derrumbando las expectativas de sus sectores más democráticos, desplazando al peronismo renovador, abriendo así el espacio a un populismo de base conservadora que podrá intentar un manejo algo distinto de la crisis pero que en lo inmediato ha fortalecido el aparato burocrático de las cúpulas sindicales ortodoxas y que encierra el peligro de que la derecha nacional se haga fuerte en el control de una parte del aparato estatal, no obstante que llegado el momento de la campaña se vio obligado a retomar parte del discurso renovador. Por otra parte, la propuesta menemista de entregar el manejo de la economía a un empresario exitoso parece prefigurar una política económica acordada con los grandes grupos económicos.

Contradictoriamente esta variante tuvo éxito donde el ala renovadora fracasó en 1987, subsumió en su interior los alicaídos restos del PI y de la Democracia Cristiana (DC). El centro izquierda, incluída la frustrada candidatura del Fiscal de la Nación, Dr. Molinas, impulsada por una fracción del PCA, el ahora lamentablemente célebre Movimiento Todos Por la Patria (MTP) y otras agrupaciones menores, se esfumó sin haber respondido a ninguno de los objetivos que esta franja de la pequeña burguesía democrática se había propuesto a partir de 1983.

Estos movimientos en el tablero de la política partidaria, expresión de una única realidad: la generalización de la crisis política, dejaron sin opciones a una fracción progresista de la sociedad que ya no se siente contenida por los viejos partidos populistas pero que no alcanza aún a tener relaciones estables con la izquierda orgánica real existente, por un conjunto de razones confluentes, pero fundamentalmente porque el discurso y las prácticas de ésta no las abarca, y por el contrario muchas veces las expulsa.

Fue esa vacancia política la que abrió la posibilidad inédita de cristalizar una identidad de izquierda socialista que englobara a esa ancha franja que va desde los obreros industriales más avanzados hasta vastas franjas de las capas medias y sectores carenciados, que buscan transformar la sociedad pero no encuentran dónde canalizar sus esfuerzos e inquietudes.

Capitalizar orgánica y políticamente esta tendencia era (aún lo es) el desaffo de la izquierda para lograr forjar una alternativa socialista frente a la crisis del capitalismo en la Argentina.

3 - La alianza electoral Izquierda Unida

No sin dificultades, y dejando atrás más de una variante muchas veces contrapuesta, la izquierda orgánica realmente existente, arrastrando un pasado de desencuentros con la realidad social y política de nuestro tiempo, y de desavenencias entre sí, logró trenzar los acuerdos indispensables para presentar una alternativa unitaria en las recientes elecciones.

Atrás quedaban la experiencia nunca saldada del Frente del Pueblo, y su inevitable frustración como frente político-social; o las carencias e incapacidades sectarias que las respectivas políticas de alianzas pusieron en evidencia en septiembre de 1987.

Esta alianza electoral más que de la convicción de las fuerzas que la hicieron posible, el Partido Comunista Argentino (PCA) y el Movimiento al Socialismo (MAS) es resultante de la naturaleza y profundidad de la crisis, que impregna todos los ámbitos de la vida política nacional y engloba también la crisis de la propia izquierda, que empuja en el sentido de formular una alternativa política que ocupe la franja vacante con propuestas democráticas y anticapitalistas, planteadas *desde* el socialismo.

Una alternativa política que debiera ser capaz de responder a las necesidades de los explotados, oprimidos y marginados que cohabitan en esta sociedad del capital, y romper con el estado inorgánico y descentralizado de sus luchas y reivindicaciones, forjando organismos sociales y políticos que coordinen y centralicen sus reclamos, planteando en el plano político las propuestas para superarlos.

En este terreno, la formulación de esta opción electoral probablemente rebase, en su desarrollo, los propósitos y objetivos que sus principales referentes —sustancialmente preocupados por sus políticas de autoconstrucción— se hayan prefijado.

Es que a nuestro juicio todo análisis que concluya positivamente en relación a la participación activa en el plano de la disputa político-electoral, y en la fase actual esta nos parece la principal forma de acumulación política, apunta en la dirección de generalizar la propia política de la izquierda en el campo específico de la confrontación con el Estado.

Y esto nos plantea, le plantea a la izquierda real existente, constituida en una práctica de hostigamiento sin propuestas, en el debate de pequeñas parcialidades, en confrontaciones estériles que sólo la han llevado —la llevan aún— a superarse a sí misma, a enfrentar el desafío de responder a la globalidad de la crisis nacional. No sólo a sostener ideas, propuestas aisladas o ge-

neralizaciones abstractas, sino a elaborar respuestas para las demandas sociales concretas que no encuentran solución en el marco respectivo donde éstas se generan.

Nos resulta demasiado evidente para desconocerlo, lo que acertadamente se registra en diversos comentarios críticos acerca de esta unidad con escasos acuerdos, que hubo y hay discusiones pendientes que no trascienden las cúpulas de los aparatos partidarios; debates inconclusos que se dan por resueltos sin siquiera haber recorrido la superficie a indagar; y posiciones encontradas en casi todos los campos de disputa. Desde la táctica de intervención en los frentes sociales; la valoración del estado de ánimo de las masas; hasta, por ejemplo, la interpretación de la crisis en los países del socialismo real.

Si nos ubicamos en un plano más teórico-político diríamos que lo que realmente está en discusión, enmascarado por debates parciales y puntuales, *es el carácter, la dinámica y los objetivos de la revolución que se procura, por lo tanto del tejido de alianzas tácticas y estratégicas necesarias.* Negar esta realidad sería caer en un error similar, desconocer las raíces ideológicas y políticas que dieron origen y alimentan a las dos fuerzas hegemónicas que conforman esta alianza electoral y que en última instancia son quienes, al menos por ahora, determinan los términos del debate.

Sin embargo, también es necesario reconocer, abandonando la prédica y la actitud de los teóricos abstractos, que es esta precaria unidad la que hace posible y viabiliza el incipiente y por ahora mezquino debate de ideas y concepciones; de políticas y de prácticas. Debate que la izquierda se debe a sí misma y de cara a la sociedad.

Más aún repasando la historia reciente de esta política de hostigamiento y confrontación, preñada de fuertes contenidos estatistas y economicistas.

Es que la fusión de las concepciones estalinistas con la práctica social populista de delegación en el Estado concluyó expropiando la dinámica de autoactividad de las masas obreras y populares, vaciando de contenidos progresistas la vieja cultura obrera heredada de anarquistas y socialistas. Paralelamente el lugar de lo reivindicativo era desplazado de la esfera de la acumulación de capital y la extracción de plusvalía, para ubicarlo en la órbita de la distribución y circulación de las mercancías. La lucha de clases quedaba reducida así a una simple puja por la distribución del ingreso.

Es en este marco de comprensión más general que la participación electoral a nivel nacional adquiere otro sentido. Porque más allá de los riesgos y limitaciones que esta encierra, *lleva implícita la decisión de asignarle prio-*

riedad a la política. Constituye la revalorización de lo político en las luchas y organización de la izquierda.

Como señala Adolfo Gilly refiriéndose a la unidad de la izquierda mexicana: "los impulsa a transitar del programa general a la *política* concreta entendida esta como el lazo real de aquel con la *práctica*, y permite ir superando la separación entre un programa socialista abstracto y una práctica pragmática (en el fondo burguesa) en que caen a menudo las antiguas parcialidades de la izquierda".

Por último pensamos que es la aceleración de los tiempos de la crisis, la necesidad imperiosa de forjar una respuesta común frente a la feroz ofensiva del capital y el Estado sobre las fuerzas del trabajo, el punto catalizador que va madurando en el tiempo las condiciones, que va haciendo ineludible el debate. Que deje de ser parcial, deje de transitar por compartimientos estancos sin ligazón con la vida real, por pequeños y subterráneos espacios micro-sociales, y que se generalice en una confrontación de amplitud y alcance nacional acerca de los contenidos, las prácticas y el perfil de un *proyecto socialista* para este país en decadencia, que se articule con una alternativa autónoma de la izquierda argentina, real y concreta, frente a los grandes partidos del sistema.

Las internas abiertas de Izquierda Unida

La constitución de la coalición electoral IU, aún con sus rasgos de provisoriedad y sus posibilidades de vida efímera, abrió para una ancha franja de militantes y activistas independientes, que se autodefinen en términos democráticos, anticapitalistas y en general por el socialismo, que no se sienten representados ni contenidos por los actuales partidos, un espacio para hacer posible su participación colectiva y ligarlo así con su práctica social.

La convocatoria a elecciones internas abiertas para definir por el voto directo los candidatos de la alianza no puede desprenderse de esta realidad insoslayable, y se constituye así en un hecho de características inéditas en la cultura política de la izquierda argentina.

En primer lugar porque es un reconocimiento explícito de que las estructuras partidarias que hacen posible IU no resultan abarcadoras del sentimiento de cambio y transformación social que contiene la sociedad argentina. Por el contrario, si algo muestran los años recientes, es la incapacidad manifiesta de la izquierda orgánica para capitalizar esta tendencia.

En segundo lugar, porque las mismas revalorizan la participación del activo militante y vienen a confirmar la hipótesis, enunciada ya en otras oportunidades, que la continuidad del régimen democrático más temprano que tarde va a forzar a las estructuras partidarias a democratizar su vida interior. Este es un pequeño pero no despreciable avance en ese sentido, en última instancia, y a riesgo de caer en una herejía ideológica: *la democracia democratiza*.

Sin embargo, hay que reconocer también, que el peso de la tradición de estas organizaciones políticas impidió el desarrollo en plenitud de este acontecimiento por ellas mismas impulsado. La breve campaña no alcanzó el nivel de un legítimo y necesario debate que confrontara proyectos, ideas y argumentos, por el contrario fue vulgarizada en una especie de torneo, una simple confrontación de hombres, de trayectorias personales, de su disposición para la lucha y su vocación de servicio. También en esto el pragmatismo semeja a la práctica burguesa.

Peor aún, porque el resto de la izquierda orgánica, los partidos Obrero, de Trabajadores por el Socialismo y de la Liberación, por sectarismo o por infantilismo revolucionario, se automarginaron de la alianza, privando a estas internas de una participación más amplia y eventualmente de una tercera candidatura que hubiera dinamizado el proceso político del debate.

Distinta fue la actitud de pequeños agrupamientos independientes, constituidos al calor de la interna como la "Corriente por el Frente" (CpF) y la "Izquierda Socialista Independiente" (ISI) que participaron activamente dentro de lo limitado de sus posibilidades. Los primeros presentaron lista propia en las candidaturas a Concejales por la Capital Federal, en tanto que los segundos integraron las listas del MAS e Independientes en Capital Federal y el Gran Buenos Aires.

Los datos finales de estas internas abiertas facilitan un conocimiento más acabado de esta expresión política nacional:

- a) en primer lugar el alto grado de participación alcanzado. Los más de 140.000 votantes, más allá de la existencia o no de algunos miles de votos "prestados"¹⁰ han convertido a estas internas en un acontecimiento político de magnitud, que superó ampliamente todas las expectativas previas y no pudo ser obviada ni minimizada por los medios de comunicación masiva, que pone a la izquierda en la obligación de reflexionar acerca de esta votación: preguntarse por el origen y composición de los votantes, sus raíces ideológicas y políticas, y como hacer para contenerlos y encausarlos en el futuro.

- b) los resultados generales le dieron el triunfo a las listas del FRAL en la candidatura a Presidente de la Nación y en las correspondientes a primer diputado nacional en 19 de los 24 distritos electorales del país, lo que se reflejó también en las candidaturas para diputados provinciales y concejales. Estos resultados colocan estas internas en la tendencia general de todos los partidos donde prevalecieron las corrientes menos dinámicas." Estos cálculos nos parecen absolutamente coherentes con las concepciones que recorren mayoritariamente la izquierda argentina, el dependantismo opera entre nosotros como una verdadera ideología, y las posiciones del tipo democrático, antiimperialistas y populares (incluso patrióticas) constituyen el lugar común que interrelaciona a las diversas tendencias del llamado "campo nacional y popular". Como contrapartida las ideas de clase, de corte socialista, que se afirman en la explotación del trabajo asalariado y en la estructura de clases que emerge del modo de producción capitalista en un país dependiente (que tampoco alcanza a expresar el MAS) son, y seguramente lo serán por bastante tiempo aún, minoritarias.

Por otra parte no puede dejarse de lado que el PCA, aún en medio de la crisis que lo corroee internamente desde hace años, es una fuerza estructurada nacionalmente e implantada en el país desde hace más de 70 años, que aún conserva capacidad para movilizar a su hoy débil activo, y a una extendida periferia pasiva cuyo componente ideológico estalinista jugó en esta ocasión un papel fundamental.

El MAS por su parte realizó una elección acorde con sus posibilidades, fue capaz de presentar listas propias, que incluían candidatos independientes, en todos los distritos y se mostró por primera vez como un partido estructurado a nivel nacional. Sólo un exitismo exagerado o el "patriotismo de partido" de algunos de sus componentes podía llevar a pensar en otras posibilidades.

- c) una lectura desagregada de los votos escrutados permite apreciar que el MAS recibió la mayor cantidad de votos en las zonas urbanas industrializadas, lo que lo confirma como la corriente de izquierda que mayor inserción está alcanzando en el movimiento obrero. Por su parte el FRAL tuvo una elección mucho más pareja, con una fuerte presencia en las ciudades del interior y una excelente performance en Prov. de Bs. As. Los votos obtenidos por las dos fuerzas en Capital Federal adquieren un significado especial porque todo indica que aquí el electorado indepen-

diente tuvo una gran participación, concitando la atracción de votos democráticos y progresistas. Incluso el dato que el escritor David Viñas, que integrara las listas del FRAL como postulante a la Intendencia de la Ciudad de Bs. As., resultara el candidato más votado en el distrito.

Es aquí por otra parte donde se presentó una tercera lista para concejales.

Cuadro 1

Internas Abiertas de Izquierda Unida

	Presidente	Capital Federal Senadores	Diputados	Concejales
FRAL	13.092	12.802	12.966	13.515
MAS	10.631	10.749	10.750	9.787
CpF	—	—	—	295
TOTAL	23.723	23.551	23.716	23.597

Fuente: Junta Electoral IU

Los conflictos internos de la alianza

Si las diferencias políticas preexistentes dificultaron los acuerdos programáticos mínimos pero indispensables para dar vida a la alianza electoral, la crudeza de una realidad nacional que no hace lugar a concesiones puso en juego la continuidad del acuerdo.

Los acontecimientos del 23 de enero pasado tensaron al máximo las relaciones al interior de la IU, desdibujaron el impacto de las internas abiertas, que no alcanzó a ser capitalizado en función de las potencialidades que mostrara, y sumió en el quietismo político a las principales fuerzas que componen la alianza.

La acción de La Tablada fue objeto de una lectura diferente, y por lo tanto dio lugar a reacciones diferenciadas.

El MAS condenó y caracterizó la acción como una intentona desesperada, como un resabio de la experiencia guerrillera de casi dos décadas atrás, y obviamente respondió recurriendo a sus posiciones políticas de aquellos años. Equiparaba así este *putchismo democrátista* que asaltaba un cuartel (con un saldo escalofriante de víctimas) en defensa de la Constitución de 1853,

Cuadro 2

**Internas Abiertas de Izquierda Unida
(Datos seleccionados)**

Provincia		FRAL	MAS	TOTAL
Buenos Aires	Cordón Industrial Interior	25.066	30.207	
		7.949	6.525	
		33.015	36.732	69.747
Córdoba	Capital Interior	3.173	3.122	
		2.584	1.325	
		5.757	4.447	10.204
Tucumán	Capital Interior	592	529	
		1.765	718	
		2.357	1.247	3.604
Santa Fe	Rosario y Cord. Ind. Capital e Interior	4.182	4.523	
		3.718	1.157	
		7.900	5.680	13.580
Mendoza		1.697	1.031	2.728
La Rioja		287	334	621
Misiones		349	233	582
San Juan		837	486	1.323
San Luis		331	295	626
Tierra del Fuego		267	410	677
Neuquén		586	813	1.399

Fuente: Qué Pasa y Solidaridad Socialista

con aquel movimiento revolucionario, extendido por todo el país y con una fuerte implantación social, que más allá de la valoración crítica que de él se haga, se planteaba objetivamente la toma del poder y la construcción del socialismo.

El PCA rechazó la acción del MTP, la condenó por su mesianismo, por su elitismo y por su desprecio por la voluntad popular, pero al mismo tiempo privilegió en el análisis la posibilidad de una nueva intentona militar, resultado de la instrumentación que la derecha y el aparato represivo del Estado hacían de la situación. Los reflejos de la vieja cultura política estalinista no se hicieron esperar: la propuesta del Frente Democrático para frenar el golpe amenazó con desdibujar el papel de la IU, en tanto que indirectamente parecía se convalidaba la aventura del MTP, pues supuestamente su objetivo central era abortar el presunto golpe.

La IDEPO por su parte condenó categóricamente el ataque, caracterizándolo como una acción contrarrevolucionaria.

La convocatoria de Madres de Plaza de Mayo el último 23 de marzo se constituyó en otro dato de esta realidad insoslayable: el MAS no concurrió a la marcha porque "Madres se niega a repudiar el atentado terrorista de La Tablada..."; el PCA se encolumnó sin mayores diferencias detrás de la consigna "Resistir es Combatir"; en tanto que la IDEPO no concurrió con sus banderas, ni estuvieron presentes sus principales dirigentes:»

Si algún dato positivo deja para la izquierda la demencial aventura del 23 de enero es que recoloca en el centro de nuestras preocupaciones la necesidad de saldar con urgencia un debate inconcluso, o tal vez más aún, apenas esbozado.

En este marco, escenario también de una lucha estéril por hegemonizar la IU, la campaña careció de la iniciativa necesaria y no mostró una fuerza unitaria. Salvo en los actos principales (apertura de campaña en Corrientes y Callao; actos regionales en el interior del país; o el 1º de Mayo en Huracán) los candidatos se movieron más en función de sus representaciones partidarias que como referentes de una fuerza electoral unitaria.

Así lo que La Tablada no pudo, cerrar el espacio electoral vacante a la izquierda real existente, lo hacía la propia IU por omisión o inacción producto de sus propias contradicciones.

Sin embargo el recrudecimiento de la crisis a partir del 6 de febrero, y la implosión financiera desatada en abril y mayo modificaron rápidamente la situación, confirmando a nuestro entender, lo que subyace como hipótesis en estas notas: *que la necesidad de la existencia de una fuerza unitaria de iz-*

quiera que opere en la superestructura política nacional, no surge sólo de la voluntad de los partidos que la hicieron posible, sino que es sobre todo una exigencia de la realidad, un requerimiento que surge de la profundidad de la crisis del sistema y de las demandas sociales que ella genera.

La crisis ha encontrado su propio cauce, su propia dinámica, y ya desbordada se realimenta a sí misma.

La deuda interna fuera de control, el agotamiento de las fuentes de financiamiento que puso al Estado en una virtual situación de insolvencia; la emisión de circulante no alcanzó a cubrir el alza de los precios; la moneda, el equivalente general de las mercancías, se depreció velozmente. Ni el fuerte ritmo de las devaluaciones consecutivas ni las altísimas tasas de interés lograron frenar la escalada del dólar ni la fuga del austral.

El resultado se condensa en una fuerte expropiación económica a los trabajadores y sectores populares, y en una brutal transferencia de ingresos en favor del capital parasitario y los grupos más concentrados de la economía argentina.

Pero el valor político del caos económico de abril y mayo no radica sólo en que resume y expone las contradicciones imperantes, sino porque también obligó a sincerar la campaña electoral. Puso así en evidencia que, frente a un Estado impotente; una burguesía insaciable, y una clase obrera prisionera de su ideología, era la derecha liberal-conservadora quien imponía el ritmo y los contenidos de la campaña.

Más allá de eufemismos, y de los fuegos de artificio, los candidatos de la UCR y el PJ asumieron como propia la inevitabilidad, dentro de la lógica del capital, de un fuerte ajuste económico que signará los primeros años del próximo Gobierno Constitucional.

Así sólo la izquierda quedó con una propuesta diferenciada para enfrentar la crisis.”

5 - Resultados y perspectivas

¿Hasta qué punto las elecciones nacionales constituyen una representación de la realidad socio-económica de un país? ¿Los resultados generales de las recientes elecciones reflejan la realidad de esta Argentina conmocionada por la crisis?

Una primera lectura de los resultados arroja datos aparentemente contradictorios. El alto grado de participación electoral (y de votos positivos) pre-

figura una sociedad civil que le asigna prioridad a su participación en el juego electoral, pero también puede leerse como la capacidad de un régimen de dominación para canalizar hacia el sistema de partidos las tensiones sociales que condensa y acumula la crisis.

Es que el juego electoral, como forma institucionalizada de protagonismo social en el marco de la democracia burguesa no alcanza a expresar la realidad, sólo lo hace en forma mediatizada, deformada, y es aquí donde la dominación ideológica se impone sobre el conjunto de la sociedad.

Así los cómputos muestran una distribución geográfica de los votos volcada hacia los grandes partidos del sistema, similar a la de 1987, con lo que pareciera ratificarse la polarización. Sin embargo un simple ejercicio comparativo permite apreciar que a pesar de tratarse de una elección presidencial, la polarización no se ha incrementado significativamente.

Más aún en todo este período democrático la UCR y el PJ han realizado un recorrido inverso (cuadro 3), y aún sumándoles los porcentajes obtenidos por la Confederación Federalista Independiente (CFI) y el Partido Blanco de los Jubilados (PBJ) están más de cinco puntos por debajo de la polarización de 1983.

Cuadro 3

	UCR	CFI	PJ	PBJ	
1983	51,74	—	40,15	—:	91,89
1985	43,23	—	26,04	—:	69,27
1987	37,35	—	41,50	—:	78,85
1989	32,40	4,50	47,30	1,90:	86,10

Una lectura más profunda muestra que en realidad la polaridad solo se sostiene, y es resaltada en forma engañosa por el fracaso de la Alianza de Centro (6,2%) para erigirse en alternativa. Sin embargo este último dato no puede ocultar el caudal de votos recogido por la CFI; el fortalecimiento de fuerzas conservadoras provinciales —el Bloquismo en San Juan, los Demócratas en Mendoza—, y la irrupción de expresiones políticas ligadas a la última dictadura militar —Fuerza Republicana en Tucumán, Santiago del Estero y Jujuy; Acción Chaqueña en el Chaco— lo que va diseñando un espacio para la derecha (liberal, conservadora, ultrareaccionaria) en las próximas legislativas.

Tomados en su conjunto los resultados de la izquierda muestran un cierto grado de estancamiento, pero si estos se desagregan (cuadro 4) puede advertirse que en lo que allí agrupamos como partidos de izquierda amplia se va fortaleciendo la Unidad Socialista (AUS), una expresión socialdemócrata con fuertes contenidos nacionalistas; en tanto que entre los partidos de base marxista la Izquierda Unida (AIU) muestra un leve pero sostenido crecimiento a través de los cuatro momentos electorales del período 83-89. Crecimiento que es más importante en el nivel de diputados, particularmente en Prov. de Buenos Aires. (Cuadro 5).

Estos datos pueden leerse en una doble perspectiva. Por un lado no alcanzaron a cubrir las expectativas creadas en Prov. de Bs. As. donde el huracán peronista de las últimas semanas perjudicó la candidatura presidencial de Néstor Vicente; tampoco en Capital Federal donde se bloqueó el corte de boletas que hubiera favorecido las candidaturas a diputados. En la provincia los votos que llevaron a Luis Zamora (MAS) a ser el primer diputado de la izquierda marxista en este período no alcanzaron para que ingresara el segundo de la lista, Eduardo Sigal (PC), en tanto que en Capital Federal tampoco resultó electo Patricio Echegaray (PC). Aquí no sólo no funcionó el corte de boleta, sino que los votos fueron un 6% menores que la sumatoria de los obtenidos por el FRAL y el MAS en 1987.

Pero deben computarse en el haber de IU la obtención de una banca de diputado provincial, Silvia Díaz (MAS); un concejal por la Capital Federal, y dos por la Prov. de Santa Fe (Rosario y Laguna Paiva); así como los excelentes y sorpresivos resultados en San Luis, Córdoba, Mendoza, Tierra del Fuego, y en general en todo el país (un 25% en promedio por arriba) con relación a 1987.

Pero detenemos en el simple recuento de votos como forma de medición de la presencia de la izquierda en la sociedad sólo serviría para auscultar la superficie. Es preciso registrar que Zamora ingresa al parlamento nacional sustentado por los votos del cordón industrial, que representan el 75% de los obtenidos en la provincia; Díaz es electa diputada en representación de la 3ra. sección electoral que alberga al principal núcleo obrero del Gran Bs. As.; los votos en el interior se localizan por ejemplo en los Departamentos populares del Gran Mendoza; en los barrios del cinturón obrero cordobés; en la industrialización reciente de San Luis y Tierra del Fuego, en la sede del Ing. Ledesma en Jujuy; en el Gran Rosario, etc. Lo que va mostrando un avance de la inserción social de esta fuerza anticapitalista, que ha sido capaz de elevar su cuota de representación social al plano de lo político. En mucha menor es-

Presencia de la Izquierda en Elecciones Nacionales — 1983-1989

		Electores a Presidente y Vice				a Diputados Nacionales			
		1989	1983	1989	1987	1985	1983		
		%	%	%	%	%	%	%	%
Izquierda Unida (AIU)		411.679	2,4	—	—	—	—	—	—
Frente Amplio de Liberación (FRAL)		—	—	—	224.718	—	—	—	—
Movimiento al Socialismo (MAS)		—	—	42.359	227.384	—	56.027	0,38	—
Partido Comunista (PCA)		—	—	—	—	—	174.011	1,19	—
Frente del Pueblo (FP)		—	—	—	—	352.060	2,30	—	—
Partido Obrero (PO)		47.886	0,2	13.723	42.689	47.640	17.688	0,12	—
Partido del Trabajo y del Pueblo (PTP)		—	—	—	23.996	—	—	—	—
1. TOTAL Partidos de Base Marxista		459.565	2,6	56.082	518.787	399.700	247.726	1,70	—
Partido Intransigente (PI)		—	—	344.434	322.611	928.980	405.419	2,77	—
Unidad Socialista (AUS)		218.380	1,3	21.439	235.542	223.090	34.358	0,23	—
Frente de Izq. Popular (FIP)		—	—	14.478	—	6.061	18.911	0,13	—
Otros		43.269	0,2	—	—	—	—	—	—
2. TOTAL Partidos de Izq. Amplia		261.649	1,5	380.351	558.153	1.158.131	458.688	3,13	—
3. TOTAL General (1 + 2)		721.214	4,1	436.433	1.076.940	1.557.831	706.414	4,83	—

Fuente: Datos provisionarios publicados por el diario Clarín para todos los años.

Fuente: Datos provisionarios publicados por el diario Clarín, para todos los años.

cala una tendencia similar se observa en la distribución de los escasos votos obtenidos por el PO.

Como contrapartida los resultados en Capital Federal no son más que la evidencia de la incapacidad de esta izquierda orgánica de llegar con sus propuestas a toda una franja de trabajadores manuales e intelectuales, democráticos y progresistas que se orientan hacia el socialismo, que incluso se expresaron parcialmente en las internas abiertas, y que la IU no puede dejar en manos de la socialdemocracia emergente.

Las perspectivas que se abren a la izquierda en la Argentina poselectoral están ligadas al desarrollo de la crisis, y obviamente al curso que en ella tome la lucha de clases, pero también estarán condicionadas por la actitud que asuma la propia izquierda.

La aceleración del ritmo de la crisis en estos días inmediatamente posteriores al 14 de mayo, supera la propagación de sus propios efectos. Se autonomiza así de los principios organizativos de la sociedad y acentúa los rasgos de disgregación social, de pérdida de identidad, de vacío de poder.

Pasadas en limpio estas elecciones dejan ver que grandes sectores de la sociedad han rechazado las políticas de integración salvaje al mercado mundial subordinadas al capital financiero y a los grandes grupos económicos, al mismo tiempo que ratificaron su decisión de mantenerse en el marco del juego de las instituciones democráticas. Paralelamente crisis y elecciones revelan que los grandes partidos del sistema acuerdan en la necesidad de un ajuste económico de envergadura sin precedentes. Sólo disputan la partición de los costos políticos que el mismo acarreará.

Así los programas de ajuste impulsados por una fracción del gran capital local y los acreedores externos aparecen como los límites que no deberían ser transgredidos por los proyectos de democratización y las fuerzas sociales que los impulsan. Esta es la base objetiva de los esfuerzos que las distintas fracciones de la burguesía vuelcan en la formalización de un acuerdo político que defina los modos de funcionamiento y garantice la gobernabilidad del sistema bajo formas democráticas. Esto supone canalizar hacia las instituciones las demandas sociales, hasta ahora contenidas por la fragmentación del movimiento social, su crisis de dirección, el peso que en él tienen los aparatos de dominación ideológica del Estado y la debilidad relativa de la izquierda en su vinculación con él. Sin embargo los condicionamientos de la crisis imponen una politización creciente a las demandas sociales. Si éstas no alcanzan a ser satisfechas dentro de las alternativas "posibles", pueden resultar desbordados los límites de control estatal.

Pero ésta no puede mantenerse indefinidamente. O se resuelve en términos progresistas abriendo el cauce para transformaciones más profundas, o se resuelve en términos de recrear las formas de dominación burguesa, ya sea como continuación de lo actual, con la decadencia y degradación social que esto implica y un futuro de salida "a la boliviana"; ya sea imponiendo el orden social y límites a la acción depredadora de la burguesía —en defensa de sus propios intereses— con un horizonte bonapartista con fuertes rasgos conservadores, que bien podría estar apoyado en el poder político y el sustento social que emerge de estas elecciones.

La crisis contiene así todas las posibilidades, pero también encierra serios riesgos, agravados por una relación de fuerzas desfavorable.

En este marco las perspectivas de la izquierda dependen fundamentalmente de su propia iniciativa. Desde el momento que comienza a tener una vinculación más estrecha con el movimiento social su evolución tiende a ser cada vez más condicionada por el curso que asuma el país, que la impactará y obligará a responder a intensas y no siempre predecibles situaciones.

Hasta ahora en situaciones coyunturales críticas —léase Villa Martelli, La Tablada, o la crisis de estos días— la IU se ha mostrado desmembrada, sin capacidad de respuesta conjunta. Lo que pone como cuestión central a resolver la recreación de los términos de su unidad, si es que se quiere contar con perspectivas reales de futuro.

La unidad no puede sostenerse ya en una simple cuestión aritmética, aferrada a un conjunto de pautas programáticas, por más necesarias y perfectibles que estas sean.

La unidad de la izquierda es una cuestión que tiene que ver con la capacidad colectiva para pensar la realidad. Esta compleja realidad que exige avanzar de la alianza electoral al frente político con influencia social de masas, que facilite la reorganización en su seno de innumerables militantes de izquierda independiente y de activistas sociales que deambulan de proyecto en proyecto sin alcanzar un referente político que los contenga y promueva su desarrollo.

Unidad que requiere que la izquierda se ponga a la altura de las exigencias. Asumiendo el liderazgo democrático en la sociedad, protegiendo y ampliando los espacios que la crisis tiende a cerrar. Planteándole a la sociedad una propuesta superadora para enfrentar el desastre económico-social a que nos arrastra el gran capital local y extranjero. Propuesta que debe tener en cuenta los cambios en curso y la multiplicidad de problemas y en este marco instalar una práctica de relaciones con la clase obrera y los sujetos socia-

les colectivos que aparecen empujados por la crisis, que tienda a facilitar e incentivar la autoactividad de las masas obreras y populares, y sus propias formas de organización. Haciendo que tengan peso propio en las decisiones.

Esto replanteará en un nuevo nivel la dialéctica *reforma/revolución*. Es que toda izquierda que se inscriba en el espacio legal de los partidos está sometida a contradicciones que no alcanzan a ser resueltas en la práctica del sistema. Las necesidades tácticas corren entonces el riesgo de contradecir los objetivos estratégicos, al "impulsar un movimiento social, que no se encuentra al margen del sistema, pero que se ubica en una lógica contradictoria con la del sistema político y con su sustancia económico-social".

Néstor Vicente, candidato presidencial por la IU decía en el acto del 1º de Mayo: "los sueños irán más lentos que la realidad, porque antes de lo que nosotros mismos imaginemos la izquierda va a ser mayoría". Pero esta sentencia también puede ser leída con un sentido diferente: como que aún no estamos a la altura de esta realidad.

Revalorización democrática, replanteo de la táctica de intervención política, y redefinición de una alternativa unitaria claramente anticapitalista y socialista es el desafío, para hacer que los sueños, nuestros sueños, que son los de generaciones de luchadores obreros y populares, se hagan realidad.

Buenos Aires, mayo de 1989

Referencias

1. Altvater, Elmar, "Crisis económica y planes de austeridad", en Transiciones Nº 1, Barcelona 1978, citado por A. Gilly en "La mano rebelde del trabajo" Cuadernos del Sur Nº 1, 1984.
2. Distintas encuestas de intención de voto conocidas menos de una semana antes de las elecciones arrojaban un porcentaje de indecisos del orden del 20%. Si se quiere tener un elemento de comparación pueden cotejarse los actos de cierre de campaña, ninguno atrajo a las multitudes que sí se hicieron presentes en 1983.
3. "Crisis, elecciones y lucha por la democracia", Taller de discusión política por la democracia y el socialismo". México, mayo 1988.
4. Formalmente la alianza está constituida por el MAS y el FRAL. Sin embargo es conocido que este último nuclea a una serie de pequeños grupos, aliados y sostenidos por el PC, que en general expresa la línea política de éste, a veces en sus extremos más radicalizados como por ejemplo la Corriente Patria Libre, y en realidad operan como contenedores de la crisis del propio PC.
Tal vez una excepción resulte la Izquierda Democrática Popular (IDEPO) cuyo núcleo dirigente suele expresar posiciones propias.
5. Una crítica ordenada, aunque a mi juicio no lo suficientemente objetiva, puede verse en el artículo de Eduardo Molina y Vedia "IU: una alianza sin compromiso" en Utopías del Sur Nº 2 - Diciembre 1988.
Con un enfoque diferente pero también en el sentido de resaltar la precariedad del acuerdo véase el artículo de Angel Fanjul, "¿Unidad... y después?" en El Socialista, enero 1989.

- Este es tal vez el centro del debate, entre una posición que se mantiene aferrada a la matriz original del modelo bolchevique, y otra que intenta dejar atrás viejas posiciones estalino-reformistas pero que no alcanza a superar las definiciones emergentes de la Revolución Cubana de más de 20 años atrás. Así combina en forma más que confusa, frentes estratégicos y tácticos; políticos, electorales y sociales.
En este sentido la IU tiene una ventaja sobre experiencias anteriores, fue definida como lo que realmente es: solo un frente electoral.
- Gilly, Adolfo, "Las elecciones y la izquierda radical", La Jornada - México junio 1988 - Prólogo al libro de Julio Moguel "Los caminos de la izquierda".
- Las discrepancias y las razones de la autoexclusión pueden rastrearse en el periódico "Liberación" del PL y en el caso del PO en su semanario "Prensa Obrera", y en la Carta Abierta al PC y al MAS de octubre de 1988. Es interesante cotejar estas argumentaciones con las utilizadas en 1983 en la disputa entre el MAS y el PO, para esto último ver los artículos de C. A. Brocatto "El fracaso del frente de izquierda" en el semanario "Nueva Presencia" de agosto de 1983.
- La 'CpF' se constituye en base al Grupo Praxis y a una fracción de militantes provenientes en su mayoría del PI. Sus definiciones generales se orientan en la dirección del FLNyS, aunque no está claro cuáles son sus diferencias políticas con el PC-FRAL, en la interna no se definieron por ninguna de las candidaturas nacionales. Sí están en claro sus diferencias metodológicas, cuya práctica democrática aparece explicitada en la Convocatoria a la Asamblea de constitución de la Corriente, de noviembre 1988.
La 'ISI' es resultado del acuerdo de un bloque de militantes socialistas, que ya participó del FP en 1985, con la tendencia estudiantil Corriente de Izquierda Universitaria, sus definiciones son claras por el socialismo, la autoorganización de masas y la defensa de la democracia. Ver declaraciones N°s 1 y 2 de noviembre-diciembre de 1988.
- 10 Los rumores en los corrilos de la izquierda hablaban de la existencia de un acuerdo del PC con unidades básicas del peronismo renovador de la Prov. de Bs. As. que habrían así votado masivamente por el FRAL. También se señaló que en la Prov. de Tucumán el FRAL obtuvo más votos en la interna que en las elecciones de 1987. Como contrapartida en Capital Federal sectores de Franja Morada habrían votado por el MAS, incluso lo habrían hecho también algunos miembros de UPAU con el argumento de que "era el partido más liberal de la izquierda".
Cierto o no, estos hechos no alcanzan para opacar el impacto político que constituyó la interna. Incluso los cómputos finales, dados a conocer oficialmente, no incluyen los votos observados y en blanco que serían de un orden superior a los 6.000.
- 11 Mario Wainfield, en su columna del diario Página 12 del 16 de febrero se orienta también es este sentido: "...que en todas (las internas) han prevalecido las corrientes menos dinámicas. La renovación peronista, las coordinadoras radicales de provincias; el MAS en la IU; Humanismo y Liberación en la DC, son líneas o agrupamientos que animaron y definieron esta etapa. Todas nacieron o (al menos) crecieron significativamente en este período. Todas se perfilaron como novedosos en sus respectivos partidos o frentes compitiendo con estructuras más ortodoxas. Todas perdieron... ganaron los tradicionalistas, el sabatinismo radical, la renodoxia peronista, la 'orgánica' del PC, los más arcaicos democristianos, hasta en la UCD se puede ver esto."
- 12 Las distintas posiciones del PC y del MAS en relación a La Tablada pueden verse en los periódicos Qué Pasa y Solidaridad Socialista de febrero y marzo de este año. Una síntesis periodística de algunos de los debates internos se encuentra en los diarios Página 12, artículo "El trueno entre las hojas" del 5.4.89; y en La Nación, "Panorama Político", del 15.4.89.

- ¹³ No sólo la IU. Otras agrupaciones y partidos menores se expresaron y diferenciaron en el mismo sentido. Me refiero al PO y al PL, éste se presentó en sólo tres jurisdicciones y en el resto del país llamó a votar en blanco, aunque su discurso lo ubica en la franja de una izquierda extraparlamentaria. El Acuerdo Popular (alianza del MODEPA y el PSOL, escisión del PC en la provincia de Mendoza), y el Frente Humanista-Verde también contienen en sus propuestas medidas compartidas por el conjunto de la izquierda. Estos últimos acompañan un conjunto de proyectos de Ley que en general buscan ampliar el espacio democrático y el protagonismo popular.

Pero fue la IU quien con más decisión ocupó, esta vez sí el espacio vacante. El acto del 1º de Mayo en el estadio de Huracán en conmemoración del Día Internacional de los Trabajadores mostró un serio avance en la recomposición social de la izquierda. No sólo por el número de asistentes, que superó todas las previsiones, sino por su composición. "...la presencia dominante de los trabajadores sobre las barras estudiantiles..." (La Nación, editorial del 2.5.89).

En mucho menor escala pero con una fuerte presencia obrera, estas características se repitieron en el acto de cierre de campaña, en Plaza Once, del Partido Obrero.

- ¹⁴ En este sentido no puede dejar de señalarse que la falta de definiciones amenaza con socavar el capital político que el Dr. Menem obtuviera en las elecciones.
- ¹⁵ Una crítica positiva a esta falta de iniciativa en el caso de Villa Martelli, puede verse en Blas de Santos, "Saltar el cerco, romper el cascarón", mimeo 8.12.88.

**EL VIEJO
FANASMA**



70541
R. 6061

"EL ANJEL VIEJO"

R A L V E R O N I

LA TABLADA, LA CRISIS, EL SOCIALISMO

Alberto J. Plá

1 - Una reflexión que apela a la teoría y a la ideología

Fué Maquiavelo el que afirmó que sólo los profetas armados resultan vencedores, ya que los otros van a seguir indefectiblemente el camino de la derrota. Ese profeta devenido príncipe tenía en sí el destino de “mandar” y al pueblo le quedaba la resignación de “obedecer” al mejor de los príncipes.

A nuestra sociedad argentina, desgarrada por una crisis de todo sentido —de identidad, de historicidad, de autenticidad— se le quieren imponer profetas que resumen según sus propios protagonistas, la sabiduría y la verdad. Y esos profetas hoy y aquí se han autoproclamado: por un lado los carapintada, por el otro los del MTP (Movimiento Todos por la Patria). Si bien de signos antagónicos, ya que unos representan el fundamentalismo de derecha y los otros el vanguardismo social, los dos con sus intentos golpistas y elitistas hacen el mejor juego deseable por las derechas institucionalizadas.

Ambos, en definitiva son tributarios de la ideología que afirma la existencia de las elites. La elite o el individuo tocado por la virtud divina sustituyen así a la sociedad, la sobrepasan, la dirigen y ellos se han convertido por un arte de autoconversión, en sus profetas iluminados.

La conclusión es que desprecian a la sociedad, y en aquellos supuestamente de izquierda ese elitismo se convierte en un renegar del pueblo o de la clase social, en cuyo supuesto nombre ellos se han autoproclamado (a veces esto se expresa de manera más inocua en forma paternalista, pero también de la peor forma autoritaria) los elegidos.

Si esta actitud es coherente con las derechas ya que en todas sus vertientes ideológicas subyace esta concepción o se expresa en forma descarada; en las izquierdas es un contra sentido ya que en definitiva resulta en dejar de ser de izquierda ya que la actitud reaccionaria queda sistematizada en su pretensión de sustituir a la sociedad arrogándose finalismos que sólo esos pocos elegidos entienden.

Y esta es una faceta de la crisis de la izquierda en Argentina, que ante su incapacidad histórica a través de las izquierdas institucionalizadas, genera estos grupos que apelan a la desesperación del acto suicida, o quizá habría que calificarlo de heroico. Pues toda elite cree en los mitos y en los héroes.

La esencia de las elites es su convicción de superioridad. La calificación la hacen los mismos miembros de la elite. La elite es así una especie de quinta esencia de la clase social. Su calidad la convierte en dirigente, no por delegación sino por autoasunción, y se mueve dentro de la metáfora de Maquiavelo entre la astucia del zorro y el poderío del león. Ellos creen que expresan intereses y expectativas más amplias, si no fuera así no creerían ni en los mitos ni en los actos heroicos. Pero esto es una ficción ya que sea cierto u erróneo, depende de los límites de sus capacidades, complejos, corrupciones, propios e inherentes a toda elite y que tiene como consecuencia una vocación autoritaria que la hace sobreponerse de manera prepotente al cuerpo social.

Hemos apelado a Maquiavelo, verdadero vademecum político, que es como ir a buscar en las fuentes. Pero podríamos recordar también a Gramsci por medio de una reflexión que sugiere más que lo que afirma: cuántas similitudes o analogías formales podríamos hacer jugar —en un juego fantástico pero no tan arbitrario— entre esta ideología de las elites consideradas como fuerza y forjadoras de futuros promisorios, y algunos planteos gramscianos sobre las hegemonías y el bloque histórico.

Este no es el camino que recorre la derecha, pero puede abrir una fisura ilusoria en los iluminados de la supuesta izquierda.

Y en esa dialéctica entre clases sociales y elites nos encontramos a los intelectuales orgánicos que vestidos del ropaje del lenguaje gramsciano se ubican en la más auténtica actitud de elite reaccionaria, y que hoy nos endilgan vacíos discursos sobre la democracia en abstracto, que significan el veredicto absolutorio para el sistema. Un sistema, el del capital y la explotación, que es la esencia misma del antisocialismo.

El intelectual orgánico en el mejor de los casos es la elite de la clase (¿se expresa como partido, grupo de presión, grupo de asesores, bloque de poder?) y siempre es la sustitución de la clase. El conflicto social inherente a to-

da sociedad —ineludible y siempre presente— adquiere así un signo y un sentido, por cierto muy precisos e interesados para cada una de las elites.

La crisis de la izquierda en la Argentina no se ha de superar por medio de las elites, ni por caminar por sendas alternativas al mismo destino al que se pretende llegar. No hay nacionalismos ni ideologías a medias que sustituyan la lucha por una alternativa a la sociedad capitalista, que no desemboquen en algunas de las vertientes que llevan al socialismo. Izquierda y socialismo son cada vez más sinónimos luego de las experiencias ya vividas y todos los supuestos atajos que se pretendían panaceas. Ni las elites supuestamente de izquierda ni las ideologías convivientes con el sistema construirán nada sólido. Menos aun en un país y una época histórica que ya experimentó todos los sucedaneos o los calmantes que no atacaban a la enfermedad sino a los síntomas. La izquierda y el socialismo se construyen por ahora, molecularmente con un gran trabajo, y todavía (aunque no por mucho tiempo más) yendo contra la corriente. Las acciones aventureras, elitistas, de supuestos izquierdistas son una traba más que el sistema genera, incluso para su mejor auto-defensa.

Y en cuanto al MTP, cuánta paradoja habría para decantar cuando vemos que justifican su acción con el argumento de salvar a esta democracia de un supuesto o real golpe. Su argumento constitucional de que se armaron para defender la Constitución se inscribe en la mejor línea del desarme ideológico, cuando los socialistas y la izquierda se encuentran empeñados en un combate por perfilar una ideología y una silueta política, con raíz de masas populares, con sensibilidad social y con la bandera en alto del rechazo al sistema por inmoral y corrupto, aparte de su injusticia innata expresada en la explotación por el capital.

2 - Violencia, democracia y orden en Argentina

El orden constituido califica de violencia todo lo que altere la estabilidad del statu-quo. No obstante, la violencia es algo inherente a cualquier sistema político-social. Se trata, sin embargo, de diferentes tipos de violencia. La condena genérica a la violencia es la condena genérica de todo sistema político-institucional, ya que los poderes (se llamen del estado o de cualquier otra forma) son mediaciones entre elementos contradictorios, que deben ser sometidos a una armonía. La armonía del orden predominante, que se expresa en las clases o las elites dominantes.

Por cierto que no es lo mismo la violencia terrorista armada, que la violencia que reduce el jornal al mínimo de subsistencia. No es lo mismo la violencia ejercida desde el estado con una dictadura, que la violencia institucionalizada de un estado democrático, o lo que se denomina la “violencia normal” en un juego de palabras que paga tributo a la alienación y la opresión. No es lo mismo que haya habido unos 30.000 desaparecidos durante la última dictadura, que la violencia “ilegal” que computa tres o cuatro luego del asalto a La Tablada. Estamos tan acostumbrados a la violencia generada por todo el sistema en crisis y descomposición desde hace más de dos décadas, que pareciera que no nos está permitido levantar la voz solo por tres o cuatro desaparecidos-detenido. De lo que se trataría es de no molestar a los dueños de las armas, no vaya a ser que se sientan alentados a otra aventura militar. Y entonces nos rasgamos las vestiduras en la defensa de una democracia abstracta, que es tan falaz como la violencia abstracta.

En la Argentina entre 1987 y 1988 la desocupación creció al doble: ahora el 14% de la población económicamente activa o está desocupada o no consigue llegar ni siquiera a un ingreso semejante al salario mínimo. Las últimas estadísticas oficiales nos dicen que existen siete millones de habitantes de este país que son pobres, pero de una pobreza famélica. Violencia social desde los escalones más altos de la pirámide social que se une a la violencia institucional de los aparatos de estado.

En Argentina, se nos dice también, que quienes rechazan la teoría de los dos demonios (la ultraizquierda y la ultraderecha) son la misma cosa y utilizan argumentos simétricos y antagónicos desde esos dos sectores, y solamente desde esos dos sectores, ya que pareciera que el resto, la sociedad decente y establecida y que por supuesto es “democrática” es la que se siente atacada desde los dos costados. Lo cual es una falacia, ya que una de esas ultras, la derecha, no cuestiona al sistema sino que es parte constitutiva de ese mismo sistema que tanto cuidan. Que por otra parte, las acciones de la otra ultra, la llamada de izquierda, también favorezcan al sistema mismo, no debería nublar la visión de estos apóstoles de la democracia en abstracto. Cuando se quiere ser maquiavélico, pero se es torpe, se corre el riesgo de ser solo un pobre aprendiz de brujo, y los fantasmas surgen a pesar de todos los exorcismos.

Esos demócratas que representan algo así como el “justo medio” aristotélico, son la máxima expresión de la mediocridad ideológica, en el mejor de los casos. La democracia se va convirtiendo entonces en una entelequia pues nunca termina de mostrar lo que hay detrás del rostro. Si la ideología es sa-

ber y la política es hacer, el ideologismo del discurso democrático actual (abstracto y carente de contenido social), no ilustra ni enseña nada y solo se convierte en un hacer político que adquiere las mejores peculiaridades del oportunismo.

Porque lo que es objetivo y contundente, especialmente en nuestro mundo en crisis de recomposición capitalista, es que el capital es el reino del terror para los que sufren desocupación, miseria, marginalidad; y ese terror se ejerce socialmente. La izquierda siente —sentimos— que la aventura de La Tablada ha sido un golpe traicionero. Pero ese grupo y esa acción no han sido fortuitos ni aislados. Es la continuación de los intentos directos de la derecha fundamentalista y dictatorial que se expresó en Semana Santa de 1987, en enero y en diciembre de 1988 nuevamente, con los respectivos intentos de golpes de estado. Pero aun no se han reunido las condiciones para dar ese golpe y es necesario a sus propósitos construir las condiciones para el mismo: y esa es la conclusión de la inteligencia militar desde 1987. Y el M.T.P. en el caso de La Tablada (enero de 1989) ha actuado de manera tan torpe políticamente, como criminal desde el punto de vista de su accionar. Que no hubo allí nada de ese supuesto izquierdismo se deduce obviamente en que su acción se fundaba en la defensa del gobierno, según sus propios dichos. O en la defensa de una democracia en abstracto, cuando la amenaza de golpe de estado también aparece desfigurada.

Entonces ¿porqué la izquierda sintió tanto ese golpe? Por el simple hecho de que la misma izquierda, en su crisis sustancial y de largo aliento, no tiene claridad ni ideológica ni política. Y ello es así tanto en los que se vertebran alrededor del Partido Comunista, que gozan de un descrédito generalizado después de haber apoyado a Videla, y que en los últimos años deambulan de proyecto en proyecto; como quienes se nuclean alrededor del Movimiento al Socialismo (MAS), que si fue más consecuente, ya que nunca abandonó el reclamo del socialismo y el que muestra mayor dinamismo, su hacer político se ha caracterizado por sectarismos varios, sin haber llegado a decantar una posición coherente de alternativa.

Pero en el país existe otra izquierda, inorgánica, desestructurada y que se expresa en pequeños grupos y en el eco que encuentran determinados militantes e intelectuales, en la misma presencia de *Cuadernos del Sur* a pesar de todas las dificultades para subsistir, y que están buscando a partir de balances y críticas de nuestro pasado —de nuestro propio pasado— los nuevos caminos que hay que transitar. Lo que está en juego es “otra política” y no otra ideología. Una política que termine con los sectarismos, mesianismos e

incluso los determinismos ilusorios. Que supere todas las veleidades elitistas y que nos permita vernos mejor para construir una alternativa. Lo molecular del proceso no invalida la validez del mismo.

La crisis mundial y local nos tiene sumergidos a todos, pero para la izquierda socialista y revolucionaria salir de la crisis es acertar en una nueva política: abierta, sin competencias individualistas, comprensiva, sin monolitismo, con sensibilidad y defendiendo los valores éticos, morales y sociales de nuestras convicciones.

3 — 23 de enero de 1989: los efectos inmediatos

Que ese grupo del MTP existió es indudable, lo mismo que la convicción de que fue instrumentalizado. Cuando los tuvieron adentro del cuartel los masacraron incluso con bombas de fósforo. Tres mil soldados rodearon a ese grupo de cuarenta y con tanques, cañones, bazookas, fósforo y otras minucias arrasaron lentamente el cuartel durante un día y medio. Tanto un oficial instructor de comandos como el jefe de la Policía Federal afirmaron que con cincuenta hombres ellos retomaban el cuartel, sin hacer semejante destrozo. Pero precisamente eso era lo que necesitaba el operativo montado. Y por eso duró casi dos días y no unas pocas horas: no se permitió la rendición y se masacró a la mayoría. A posteriori se produce la utilización de este operativo de inteligencia: hasta visitas guiadas se han hecho al cuartel para mostrar cuán malvados eran estos terroristas subversivos. No interesa aquí volver a discutir la mentalidad de ese grupo, sus tomas de posiciones ideológicas más bien nacionalistas y su pretensión foquista.

El resultado de todo esto es que toda la derecha se lanzó a la ofensiva. La izquierda institucional y orgánica estaba de vacaciones después de su interna el 18 de diciembre para elegir la fórmula presidencial para el 14 de mayo. Los izquierdistas oficialistas, han mostrado su cretinismo político (oficialistas ya sean radicales o peronistas pues ambos son parte indisoluble del sistema vigente). Para todos ellos se trata de parar el golpe de la derecha renegando de toda perspectiva socialista, en aras de la defensa de la democracia en abstracto. La caza de brujas intentada por la derecha, se ha visto detenida por la reacción general, que si bien condena al MTP, no acompaña una nueva aventura dictatorial.

Los militares han conseguido un “reconocimiento” de hecho, que no pudieron obtener en los últimos cinco años, acerca de su accionar antisubver-

sivo, pero ese reconocimiento no se traduce en aval político. Las elecciones del 14 de mayo serán una nueva prueba de fuerzas al nivel interior de esa derecha (peronista y radical) en busca de consenso para los próximos pasos a dar.

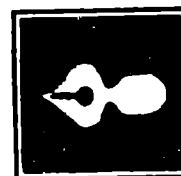
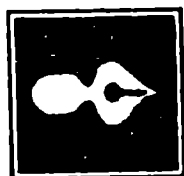
Rosario, abril de 1989

AGUAFUERTE 3

REVISTA DE CULTURA Y
CIENCIAS SOCIALES EDITADA POR
ALUMNOS, DOCENTES Y GRADUADOS DE
LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

tema central

democracia:
fragmentos de una
ilusión



NOTAS

ANDERSON/GODELIER/LUCITA/MAKARZ/otros



"UN SEÑOR NOS PROTEGE"

1989

RA
RALVERONI

CRISIS MILITAR: LA DEMOCRACIA ALFONSINISTA Y LAS FUERZAS ARMADAS

Jorge Makarz

Introducción

En los dos últimos años la problemática sobre las Fuerzas Armadas y su inserción en el sistema democrático se ha transformado en un tema reiterado y preocupante de la actualidad argentina.

Lamentablemente este hecho no es el resultado de la actividad y debate de la sociedad sino por el contrario consecuencia de la crisis militar abierta con la sublevación de la Semana Santa de 1987 y que se prolonga en las sublevaciones de enero (Monte Caseros) y diciembre (Villa Martelli) de 1988.

La iniciativa militar sobre este tema resulta evidente en el hecho que el primer pronunciamiento del grupo Rico tuvo lugar en momentos que el movimiento que expresaba más claramente la iniciativa social sobre el problema militar (mov. de derechos humanos) se encontraba profundamente debilitado por efecto de la política oficial de los años anteriores.

Atrás había quedado la vitalidad y densidad social de un movimiento que en la reivindicación de justicia expresaba la voluntad de una democratización efectiva de la sociedad.

Las expectativas democráticas surgidas hacia el final de la dictadura y que el alfonsinismo supo integrar como pieza clave de su discurso electoral habían sido frustradas por la propia política gubernamental. La reducción oficial de la defensa de la democracia al mantenimiento del orden constitucional circunscribió la acción de la sociedad civil a servir como mero apoyo a la estabilidad del propio gobierno.

Sobre esta política avanzaba la ofensiva militar que sin cuestionar la continuidad institucional exigía la modificación de la política militar y de derechos humanos.

El encubrimiento de estos hechos, bajo el discurso oficial de la amenaza de golpe de estado no solo servirá a mistificar y justificar las negociaciones entre el gobierno y el ejército sino que provocará, además, el vaciamiento de la capacidad de convocatoria social. Desde la masiva movilización de Semana Santa, frente a cada nueva sublevación la movilización será más exigua, producto de un creciente escepticismo y desconfianza en el sentido y utilidad de la convocatoria.

El final de la sublevación de diciembre de 1988, sin duda está lejos de ser el último capítulo de la crisis militar. No, por lo menos, en lo que refiere a la puja entre los sectores militares nacionalistas y liberales por el control de la institución. Ni tampoco en el conflicto entre el ejército y el gobierno, si bien los hechos de La Tablada han servido para reinstalar a las FF.AA. en la tarea represiva.

La institucionalización de estos conflictos, el corporativo y el institucional, abre un nuevo período de aparente normalidad hasta el momento que uno de los contendientes intente modificar el resultado de la última negociación.

En lo que respecta a los movimientos sociales, sin embargo, la derrota del movimiento de derechos humanos y el vaciamiento de la capacidad de actividad autónoma de la sociedad, parecen asegurar, en este terreno, un prolongado mutismo social.

Solamente en este vacío social y en la creencia del discurso oficial sobre la amenaza de un golpe de estado se hace inteligible una acción sustitucionista y desesperada como la de La Tablada.

Y singularmente es esta acción la que cierra en el democratismo sustitucionista de sus protagonistas la parte más importante del proceso de rehabilitación militar.

El fantasma subversivo revivido por los hechos del 23 de enero introduce en los marcos de la democracia alfonsinista la necesidad de contar con un instrumento de represión fuerte y efectivo; y en ese sentido la función represiva de las FF.AA. es finalmente legitimada bajo la lógica del estado democrático.

La democracia alfonsinista se ha desprovisto ya, en este punto, de toda pretensión de democratización profunda de la vida social que había alentado en sus inicios.

Esta conclusión del alfonsinismo no resulta, en lo esencial, del poder de la presión militar; sino de los límites que la pertenencia social al bloque de clases dominantes le impuso.

Más allá de las intenciones democratizantes del alfonsinismo; el problema reside en que llevadas a la práctica, estas intenciones, se transforman y se modifican bajo el efecto de las determinaciones económico-sociales del proyecto oficial, así como que lo político, más allá de las ilusiones del gobierno, no es de ninguna manera autónomo de las relaciones económico-sociales. Bajo esta óptica el análisis de la crisis militar irá más allá de sus manifestaciones particulares, intentando rendir cuenta del conjunto de las determinaciones sociales en juego.

En este proceso, el desarrollo de la crisis militar en sus aspectos corporativos, institucional y en sus consecuencias sobre el movimiento social, nos permitirá determinar las condiciones de integración de la corporación militar al sistema democrático y los puntos de conflicto aun pendientes.

Para esto habrá que partir del restablecimiento del sistema democrático y del inicio de la crisis interna del ejército; singularmente ambos estrechamente vinculados con la derrota de Malvinas.

Malvinas: Apertura democrática y crisis militar

La retirada militar no fue desgraciadamente producto de un movimiento popular triunfante. Este abandono del poder político era requerido desde 1980 por el propio bloque de clases dominantes que consideraba la tarea terminada y proponía el retiro a formas más tradicionales de dominación.

La guerra de Malvinas fue el intento militar de evitar tener que retirarse a los cuarteles cuando la tarea social de la dictadura estaba concluida.

La ventura militar, presentada como "gesta nacionalista", intentaba dotar a la dictadura de una nueva base social.

La ingenuidad de este proyecto no se mide tan solo por el hecho de que hubiera sido imposible remontar el odio popular, sino tomando en cuenta que el ejército no disponía, para su ejercicio del poder, de ningún otro programa económico que el de las propias clases dominantes.

Habiendo enfrentado a las clases populares del país al servicio de las clases dominantes, el ejército había sufrido la ilusión de creer posible elevarse realmente por sobre ellas. Los ingleses pondrán fin rápidamente a esta fantasía.

La derrota militar clausuraba así el intento de las FF.AA. de autonomizarse de su referencia social y abría el camino de la salida democrática.

La democracia: ruptura y continuidad

Sin embargo, sobre esta derrota se hacía posible, para el bloque de clases dominantes una política que, algunos meses antes, hubiera resultado impensable; desvincular la construcción de una democracia política, acorde a sus propios intereses, del período dictatorial cuyas masacres y realizaciones eran las bases sobre las que esta edificación se había hecho posible.

Si las FF.AA. habían servido a derrotar el alza social de los años '70 y a garantizar una política de concentración furiosa de capital, el conflicto malvinense aseguraba el retiro militar sin amenaza alguna sobre la tarea cumplida.

Para esto bastaba identificar la derrota militar con una supuesta derrota de todo el proceso.

Como escribimos en otra oportunidad: "si los muertos limpios de las Malvinas no habían podido, como soñaba Galtieri, limpiar los muertos de la guerra sucia, sí podían limpiar los fundamentos económico sociales que el Proceso había prohiado".

Esta operación requería, asimilar el Proceso a la figura militar, limitando la imagen de la dictadura al terrorismo de estado escindido de la lógica social que le dio sentido.

Tal fue el secreto de la campaña electoral del Alfonsinismo, articulada en base al binomio dictadura-democracia, como de su política militar y de derechos humanos.

Bajo el manto de la ruptura entre el orden civil y el militar, se ocultaba la profunda continuidad de intereses entre el Proceso y el sistema democrático. La modificación del régimen político presentado como triunfo antimilitar, implicaba la voluntad "democrática" de mantener a las masas populares en el mismo estado de derrota logrado bajo el Proceso y servir, como elemento fundante, de la "reconversión democrática" de las clases dominantes.

No se trata de establecer ningún paralelo abstracto entre la dictadura y el régimen democrático. La democracia aun en sus límites burgueses es la figura política en la que el movimiento obrero encuentra las mejores posibilidades para llevar adelante sus luchas, crear sus organizaciones y desarrollar su conciencia.

Pero esta circunstancia no puede ser utilizada para ocultar las profundas contradicciones que dividen a la propia democracia y para presentar a la misma como representativa de todos los sectores por igual.

Esta falsa imagen sólo sirvió a impedirle al movimiento obrero y al de derechos humanos, poder encontrar un camino propio en la lucha por la democratización efectiva de la sociedad.

Política militar, derechos humanos y la amenaza del golpe

Si bien el triunfo alfonsinista de 1983 había consistido en la articulación de un amplio arco social alrededor de un discurso democratizante de fuertes características pequeño burguesas, la naturaleza social burguesa del gobierno le imponía serios límites a la realización efectiva de sus proyectos.

El sentido de la política militar y de derechos humanos del gobierno estaba marcado, como lo señalamos en un trabajo anterior¹, por la necesidad de todo estado democrático-burgués de contar con un sólido instrumento de represión, subordinado al poder civil.

En el caso de la Argentina, este hecho significaba disciplinar a unas FF.AA. acostumbradas históricamente a intervenir de manera directa en el ámbito de lo político y que venían de un frustrado intento (derrota de Malvinas mediante) de autonomizarse de sus fundamentos económico-sociales.

La dificultad del alfonsinismo consistía en llevar adelante este proceso de rehabilitación militar inherente a su esencia social, sin que apareciera, a los ojos de la sociedad, como el resultado de un contubernio con el Proceso.

Así la primera parte de la política militar del gobierno tenderá a reintegrar las FF.AA. a la legitimidad democrática, a través de una reducida cantidad de juicios que no afectarán su capacidad operativa.

El éxito de esta política de rehabilitación militar residía en la capacidad oficial de mantener un consenso democrático alrededor de su iniciativa de juzgamiento a los responsables del genocidio. Esta intención apuntaba, fundamentalmente, a conjurar la actividad autónoma y "opositora" del movimiento de derechos humanos.

En este sentido, la tentativa de institucionalizar, deformándolas, las reivindicaciones de derechos humanos y de hacer aparecer a la política gubernamental como la única propuesta posible terminará integrando un sector de este movimiento, y aislando socialmente a sus vertientes más radicalizadas.

La habilidad del alfonsinismo consistió en presentar como producto de limitaciones infranqueables impuestas por la sociedad, lo que era fruto de su propia determinación.

Así cada reducción de la política de derechos humanos aparecía, en el planteo oficial, como el límite impuesto por la amenaza militar de golpe de estado.

Democratización efectiva o subordinación del generalato?

Frente a esta amenaza, ya no se trataba de avanzar en una democratización "imposible de efectivizar" sino de defender la estabilidad constitucional.

El gobierno no intentó, en ningún momento, aprovechar la crisis deliberativa que mantenía el ejército inmovilizado para avanzar en una política de democratización profunda de la institución. Medidas tales como el libre escalafón, la modificación de las asignaciones presupuestarias entre los diferentes sectores militares, la disolución de los Colegios militares y la integración de la formación militar al sistema nacional de educación no formaban parte de la política del gobierno, aún cuando no eran, en principio, contradictorias con su carácter burgués.

Por el contrario la política militar alfonsinista consistió, en lo fundamental, en buscar la subordinación del generalato al gobierno. Haciendo caso omiso de la profunda crisis interna que atravesaba el ejército, el gobierno creyó que asegurándose la lealtad de los mandos superiores, podría controlar el proceso de rehabilitación militar para poder presentar finalmente un ejército respetuoso y subordinado al poder civil.

Esta posibilidad estaba supeditada a que el generalato mantuviera la crisis interna bajo su propio control; es decir, que funcionara, aún mínimamente, la cadena de mandos.

La lógica gubernamental por la cual la "reconversión democrática" del ejército se limita a la subordinación del generalato al gobierno, concluye de esta manera en la necesidad oficial del funcionamiento de la cadena de mandos. Dicha conclusión es completamente contraria a los intereses de los sectores populares, no sólo por la ausencia de una democratización profunda de la corporación militar sino, que en esta ausencia, toda recomposición de la cadena de mandos significa la puesta a punto de un instrumento capaz de implementar la tarea represiva.

Esta renuencia oficial a democratizar las estructuras de un ejército en crisis y su voluntad de recomponer la cadena de mandos constituye una prueba acabada de la ausencia de amenaza alguna de golpe de estado.

En condiciones donde el conjunto de la burguesía apoyaba la estabilidad democrática, una política de democratización profunda del ejército sólo hubiera servido a debilitarlo aún más abriendo un flanco para la actividad y organización del movimiento de derechos humanos y de la sociedad en su conjunto.

Por el contrario la idea de la “subordinación militar al poder civil” impulsada por el oficialismo, no refería al peligro golpista inexistente, sino al intento de alejar al ejército del ámbito de la decisión política, incluso la militar.

Las FF.AA. sufrían los embates del discurso anticorporativista del alfonsinismo, que intentaba autonomizar el estado del peso decisorio de las corporaciones.

Significaba el intento de establecer en la argentina un modelo estatal al estilo del de las democracias de los países capitalistas avanzados.

Esta propuesta no modificaba ni el sentido de la dominación ni su capacidad represiva, sino que era expresión de la existencia de un consenso (derrota social de por medio) que hacía innecesario el uso de la represión generalizada.

La efectividad de esta política en el ámbito militar se mantuvo el tiempo que el ejército necesitó para remontar la profunda crisis interna abierta con la derrota de Malvinas. La sublevación de Rico en Semana Santa no sólo reformulará estas intenciones del gobierno, sino que será también el primer punto de recomposición de la crisis corporativa bajo el impulso de los propios militares.

La sublevación militar y el conflicto corporativo

El sector nacionalista del ejército acaudillado por Rico primero y por Seinfeldin después repetirá en las tres sublevaciones militares una misma estrategia.

El relativo éxito de su política queda más que demostrado por el hecho de que a pesar de su reducido peso dentro de la fuerza lograron ganar sobre su iniciativa a la mayoría militar.

Mayoría militar que apareció ante la opinión pública como la ausencia de ejército “leal”, es decir la inexistencia de tropas dispuestas a reprimir el fo-

co rebelde, y que convirtió a cada sublevación en un insólito y risible ballet militar a cámara lenta.

El éxito de la iniciativa del grupo nacionalista consistió en actuar al mismo tiempo sobre los diferentes conflictos internos que recorrían al ejército.

Si bien el grupo operativo fue reclutado en su mayoría de la especialidad comando, donde el nacionalismo militar tiene una gran influencia, su pertenencia mayoritaria al arma de Infantería introducía una cuña en el histórico conflicto entre ésta y la Caballería.

Este corte vertical se combinaba con la división entre los cuadros medios y superiores del ejército. Esta tensión en la cadena de mandos atravesaba el conjunto de las armas cuestionando seriamente el poder de mando del generalato.

Si bien el conflicto entre cuadros inferiores, medios y superiores del ejército no constituye ninguna situación original, jamás con anterioridad había adquirido la dimensión de un verdadero quiebre horizontal.

Las raíces de este quiebre no son difíciles de comprender. La derrota de Malvinas y la apertura de los juicios por violaciones a los derechos humanos habían exasperado al máximo los términos de esta relación.

La inepticia y corrupción demostrada por el generalato y los mandos superiores durante el conflicto malvinense habían creado un profundo malestar en aquellos oficiales medios que participaron activamente de los combates.

El lamentable papel que cumplió el ejército durante el conflicto reveló que su preparación coincidía más con la función represiva interna que con el desarrollo de una guerra convencional. Sumado a esto, el descrédito general y el derrumbe político de la dictadura que le siguió alimentaron las tendencias profesionalistas al interior de la fuerza.

Este espíritu encontraba, en la crítica a la cúpula militar liberal, sólidos puntos de coincidencia con el sector nacionalista.

La tensión horizontal se veía agravada, además, por la actitud pasiva del generalato frente a la política militar del gobierno.

Nuevamente la cúpula militar aparecía como incapaz de dar solución al conflicto que los oponía a la civilidad, impotentes para poner fin a los juicios y condenas que los amenazaban.

Esta situación no es de aquellas que facilitan el funcionamiento de una cadena de mandos.

Las condiciones de la derrota en Malvinas y los juicios habían creado en estos sectores el fuerte sentimiento de haber sido abandonados por el gene-

ralato y los mandos superiores, cuya política estaba lejos de satisfacer sus expectativas.

Son estos factores, los que habrá de tener en cuenta para comprender la particular fuerza con la que contaron las sublevaciones. Nacidas en el ámbito de los sectores comandos (en su mayoría católico-nacionalistas) y con influencia en el arma de Infantería, supieron capitalizar tras su propia iniciativa el quiebre horizontal de las otras áreas del ejército.

Democráticos vs. golpistas: una falsa imagen

Pero estos conflictos internos del ejército puestos al descubierto por las sublevaciones militares no expresan como quiso hacer aparecer el gobierno, el enfrentamiento entre un ejército democrático y otro golpista.

Esta interpretación es falsa, en principio, porque en ningún momento estuvo amenazada la continuidad institucional. No se trataba, ni para los sublevados ni para el ejército en su conjunto, de derrocar al gobierno como lo sugirió la publicidad oficial en torno al eje democracia-dictadura.

El reconocimiento al orden constitucional al cual los sediciosos intentaron en todo momento mostrarse fieles, y hasta el legalismo aparente de las llamadas fuerzas leales no necesitan para explicarse de ninguna reconversión democrática de las FF.AA. Hunde sus raíces en la comprensión que ciertamente han hecho los militares que su función a la cabeza del estado no es requerida ni por la situación ni por ninguna de las fuerzas sociales y/o políticas que en el pasado convocaron su intervención.

Resulta claro que ningún sector del capital nacional o extranjero siente que sus intereses reclaman otra defensa que la asegurada por el sistema democrático y el gobierno, o el recambio “democrático” que éste debía asegurar.

Sin embargo la interpretación oficial de oponer a un “minúsculo” grupo de sublevados “golpista” el legalismo democrático de una supuesta mayoría militar, no es casual.

Sólo la idea de una mayoría militar de mandos leales hacía creíble la imagen de un ejecutivo capaz de conjurar la sublevación con el recurso de los mecanismos institucionales.

La existencia, aun imaginaria, de un ejército “leal” limitaba la acción de la movilización popular como un simple apoyo a las gestiones del gobierno, evitando que la misma pudiese desbordarlo hacia la búsqueda de otras formas de respuesta.

co rebelde, y que convirtió a cada sublevación en un insólito y risible ballet militar a cámara lenta.

El éxito de la iniciativa del grupo nacionalista consistió en actuar al mismo tiempo sobre los diferentes conflictos internos que recorrían al ejército.

Si bien el grupo operativo fue reclutado en su mayoría de la especialidad comando, donde el nacionalismo militar tiene una gran influencia, su pertenencia mayoritaria al arma de Infantería introducía una cuña en el histórico conflicto entre ésta y la Caballería.

Este corte vertical se combinaba con la división entre los cuadros medios y superiores del ejército. Esta tensión en la cadena de mandos atravesaba el conjunto de las armas cuestionando seriamente el poder de mando del generalato.

Si bien el conflicto entre cuadros inferiores, medios y superiores del ejército no constituye ninguna situación original, jamás con anterioridad había adquirido la dimensión de un verdadero quiebre horizontal.

Las raíces de este quiebre no son difíciles de comprender. La derrota de Malvinas y la apertura de los juicios por violaciones a los derechos humanos habían exasperado al máximo los términos de esta relación.

La inepticia y corrupción demostrada por el generalato y los mandos superiores durante el conflicto malvinense habían creado un profundo malestar en aquellos oficiales medios que participaron activamente de los combates.

El lamentable papel que cumplió el ejército durante el conflicto reveló que su preparación coincidía más con la función represiva interna que con el desarrollo de una guerra convencional. Sumado a esto, el descrédito general y el derrumbe político de la dictadura que le siguió alimentaron las tendencias profesionalistas al interior de la fuerza.

Este espíritu encontraba, en la crítica a la cúpula militar liberal, sólidos puntos de coincidencia con el sector nacionalista.

La tensión horizontal se veía agravada, además, por la actitud pasiva del generalato frente a la política militar del gobierno.

Nuevamente la cúpula militar aparecía como incapaz de dar solución al conflicto que los oponía a la civilidad, impotentes para poner fin a los juicios y condenas que los amenazaban.

Esta situación no es de aquellas que facilitan el funcionamiento de una cadena de mandos.

Las condiciones de la derrota en Malvinas y los juicios habían creado en estos sectores el fuerte sentimiento de haber sido abandonados por el gene-

ralato y los mandos superiores, cuya política estaba lejos de satisfacer sus expectativas.

Son estos factores, los que habrá de tener en cuenta para comprender la particular fuerza con la que contaron las sublevaciones. Nacidas en el ámbito de los sectores comandos (en su mayoría católico-nacionalistas) y con influencia en el arma de Infantería, supieron capitalizar tras su propia iniciativa el quiebre horizontal de las otras áreas del ejército.

Democráticos vs. golpistas: una falsa imagen

Pero estos conflictos internos del ejército puestos al descubierto por las sublevaciones militares no expresan como quiso hacer aparecer el gobierno, el enfrentamiento entre un ejército democrático y otro golpista.

Esta interpretación es falsa, en principio, porque en ningún momento estuvo amenazada la continuidad institucional. No se trataba, ni para los sublevados ni para el ejército en su conjunto, de derrocar al gobierno como lo sugirió la publicidad oficial en torno al eje democracia-dictadura.

El reconocimiento al orden constitucional al cual los sediciosos intentaron en todo momento mostrarse fieles, y hasta el legalismo aparente de las llamadas fuerzas leales no necesitan para explicarse de ninguna reconversión democrática de las FF.AA. Hunde sus raíces en la comprensión que ciertamente han hecho los militares que su función a la cabeza del estado no es requerida ni por la situación ni por ninguna de las fuerzas sociales y/o políticas que en el pasado convocaron su intervención.

Resulta claro que ningún sector del capital nacional o extranjero siente que sus intereses reclaman otra defensa que la asegurada por el sistema democrático y el gobierno, o el recambio “democrático” que éste debía asegurar.

Sin embargo la interpretación oficial de oponer a un “minúsculo” grupo de sublevados “golpista” el legalismo democrático de una supuesta mayoría militar, no es casual.

Sólo la idea de una mayoría militar de mandos leales hacía creíble la imagen de un ejecutivo capaz de conjurar la sublevación con el recurso de los mecanismos institucionales.

La existencia, aun imaginaria, de un ejército “leal” limitaba la acción de la movilización popular como un simple apoyo a las gestiones del gobierno, evitando que la misma pudiese desbordarlo hacia la búsqueda de otras formas de respuesta.

Pero además esta interpretación ocultaba la ausencia de logros efectivos en la democratización de las FF.AA. En este sentido, el apoyo de la mayoría militar al grupo rebelde daba por tierra con el intento oficial de legitimar democráticamente al ejército sin introducir reforma alguna en su estructura.

De ahí la urgente necesidad del gobierno de presentar, aunque más no sea, a un sector del ejército subordinado al poder civil.

Sin embargo el uso del término “ejército democrático” resulta por lo menos confuso, en tanto estos “recientes demócratas” habían participado activamente en el golpe del '76 y en la sangrienta represión que le siguió.

En este sentido, valga el ejemplo del Gral. CARIDI, que más allá de los blasones democráticos ganados en su enfrentamiento con el grupo Rico, figura en las listas de represores elaboradas por la CONADEP.

Ciertamente la oposición “leales” y “rebeldes” distorsiona en los términos del gobierno el conflicto entre los sectores militares liberales y nacionalistas.

Esta distorsión se explica en el hecho que la política gubernamental, como ya lo mencionamos anteriormente, cifraba la integración democrática de las FF.AA. en la subordinación del generalato liberal al gobierno. En este contexto, la ruptura de la cadena de mandos significaba no sólo una insubordinación frente a los “mandos naturales” sino también frente al acuerdo entre esta cúpula liberal y el gobierno. Bajo esta lógica los rebeldes se convertían en “golpistas” y los leales (el generalato liberal) en “democráticos”.

Liberalismo y nacionalismo militar

El sector liberal con ascendencia fundamentalmente sobre el arma de Caballería, ha sido tradicionalmente el sector dominante dentro de la fuerza. Desde el inicio del proceso democrático su política fue, en lo esencial, de acuerdo y negociación con el gobierno.

En la disputa de la hegemonía, la clave para la fracción nacionalista ha sido la de intentar reformular la relación con el ejecutivo en términos más satisfactorios para la mayoría militar.

Sin embargo ambas corrientes propugnan la rehabilitación militar y ambas son igualmente reaccionarias si consideramos los problemas fundamentales del país y de sus clases populares.

Esto no significa que no haya diferencias entre sus proyectos.

La definición de cualquier política militar, ya sea en su aspecto de distribución territorial como en lo que respecta al armamento y a la instrucción, parte de la determinación de las hipótesis de conflicto. Dicha determinación esta vinculada sin lugar a dudas, con la definición de un proyecto económico-social.

Para decirlo en términos del más reconocido teórico burgués de la guerra, Von Clausewitz: la guerra es la continuación de la política por otros medios. Desde una visión marxista podríamos afirmar que ya sea la guerra entre estados o a nivel interno, ésta sólo puede ser entendida en términos de un conflicto de intereses fundamentalmente económico-sociales.

En este sentido la ventaja del sector liberal del ejército consiste en su acuerdo con el proyecto social vigente (el del bloque de clases dominantes), lo que le permitió aparecer, en contraposición al grupo nacionalista, como subordinado al poder civil.

Para este último se trata de una articulación difícil.

La dificultad de conciliar un discurso profesionalista que tiende a limitar el conflicto al problema de la política militar, con sus aspectos nacionalistas se convertirá en un problema irresoluble.

La tragedia del nacionalismo militar es que a cada intento de trascender la reivindicación corporativa hacia su propuesta política perderá la hegemonía al interior de ejército para encontrarse además sin sustento social en el ámbito de la sociedad civil.

Sus vinculaciones con ciertos grupos de ultraderecha completamente minoritarios serán una muestra cabal de lo utópico de su proyecto.

El hecho de que la fuerza del pronunciamiento nacionalista resida en su reivindicación militar y no en su proyección ideológica, permitirá, una vez satisfecha esta reivindicación, que el sector liberal mantenga la hegemonía en la estructura de mandos. Así, si la sublevación de Semana Santa sirvió a instalar al ejército como interlocutor inevitable en la determinación de la política militar, no le permitió al grupo Rico poner a un general de su confianza al comando de la fuerza.

Esta debilidad fue aprovechada por el gobierno, que mediante la designación del gral. Caridi, intentó recomponer la cadena de mandos bajo la dirección del generalato liberal.

A pesar de los remezones subsiguientes a Semana Santa el candidato del grupo Rico a la jefatura del ejército (gral. Fausto González) sólo ocupará la subjefatura para ser relevado y pasado a disponibilidad poco tiempo después.

La crisis institucional

Sin embargo, en lo que refiere a los intereses del conjunto del ejército el pronunciamiento de Semana Santa resultó exitoso.

Y aquí, nuevamente, sería falso aceptar la interpretación que se deriva del discurso oficialista. La presión militar no significó una amenaza a la continuidad institucional ni, esencialmente, una modificación de los contenidos de la política militar gubernamental, en lo que respecta al problema de la rehabilitación de las FF.AA.

En este sentido, el gobierno había dado pruebas claras de sus intenciones. La sanción del Punto Final y la voluntad, públicamente expresada, de avanzar en la sanción de la Ley de obediencia debida eran hechos que anunciaban la disponibilidad oficial de rehabilitar a las FF.AA.

Esta coincidencia entre el gobierno y el ejército abría las puertas a la discusión de las formas que iba a adoptar esta rehabilitación.

El putch de Rico intentaba, en este contexto, remontar la crisis interna del ejército (a su favor) y modificar los términos de su reinserción democrática.

Una nueva concesión (la obediencia debida) significaba, pese a todo lo satisfactorio que ella fuese, mantener en manos del gobierno la resolución del problema militar.

Sólo la imposición de las reivindicaciones a través de la acción militar, serviría para sacar al ejército del estado deliberativo e instalarlo como factor de poder. No ya para que encabece el estado, pero sí para que su acatamiento al poder civil sea el resultado de una concertación y no de una imposición fundada en el mantenimiento de su crisis interna.

Esta estrategia se hacía posible en la medida en que el gobierno había demostrado que la rehabilitación militar era también una necesidad propia. Significaba reconocer que tras la derrota del movimiento de derechos humanos el ejecutivo preparaba el consenso social necesario para reintegrar las FF.AA. al sistema democrático.

Aprovechando estas condiciones, Rico podía intentar modificar los términos de esta rehabilitación, negociando la propia necesidad del gobierno por una mayor cuota de autonomía política para la corporación militar.

Semana Santa: Final abierto

El final de Semana Santa no cierra ni el conflicto corporativo ni el institucional. Ambos continuarán vigentes de una manera menos pública pero no menos activa. Su encauzamiento a través de los mecanismos institucionales estará rodeado de presiones y negociaciones constantes, ya sea entre el gobierno y el ejército como entre los diferentes sectores militares.

Sin embargo, este encubrimiento del conflicto significará, sin dudas, una clara limitación a la participación activa de la sociedad.

La manipulación que el gobierno hizo de la convocatoria, en el intento de encubrir bajo la amenaza de golpe sus afinidades con el reclamo militar y el contenido de sus negociaciones “reservadas” sumirán en la confusión y desconfianza al conjunto de la sociedad.

La posterior instrumentación de la obediencia debida, avalada por la mayoría de las representaciones políticas y sociales en la firma del Acta de Compromiso, significará otro duro golpe a las aspiraciones sociales de justicia y democratización.

Ciertamente la institucionalización de los conflictos y la derrota de las expectativas democratizadoras pondrán a la sociedad en el papel de mero espectador en la resolución del problema militar.

Esta desmoralización y escepticismo que se reflejará en la sensible disminución de la movilización en las sublevaciones siguientes es consecuencia, también, de la dificultad de definir, por parte de la sociedad, una política autónoma del estado y de los partidos burgueses.

Esta situación se aprecia claramente en la imposibilidad del movimiento de derechos humanos para evitar el aislamiento social al que la política oficial lo condenaba. Y se funda en el hecho que, más allá de la radicalidad de las propuestas, resultó imposible romper con la matriz del discurso democrático alfonsinista.

El discurso alfonsinista partía del hecho de entender “lo político” como un momento escindido y autónomo de las relaciones económico-sociales (de las relaciones de fuerza entre las clases) y reducía la explicación de los conflictos a la subjetividad de los protagonistas.

El intento, propio de todo discurso burgués, de ocultar los contenidos sociales presentes en la disputa política, encontraba una base de verosimilitud en el estado de derrota social impuesto por el Proceso.

En estas condiciones era posible que un discurso asentado en las oposiciones democracia-dictadura y civiles-militares conquistara una importante hegemonía social.

Esta lógica impregnó profundamente la actividad del movimiento de derechos humanos, dificultándole el reconocimiento que la posibilidad efectiva de democratización sólo podía ser asegurada, en tanto y en cuanto esta se llenara de contenido social. Esto significaba, no sólo avanzar de la idea de la democracia política a la social sino, además, la posibilidad de integrar a esta lucha al movimiento obrero.

La ausencia de una política de democratización global efectiva a proponer al conjunto de la sociedad condenó al movimiento de derechos humanos a jugar como factor de presión del estado; y lo redujo, como resultado de la política oficial, al papel de las buenas pero imposibles intenciones.

Sin duda, sobre estos hechos incidió también la dificultosa integración de las banderas democráticas a una tradición obrera cuyos momentos más importantes están ligados al peronismo, y a la continuidad de la burocracia sindical.

La sociedad argentina enfrenta esta trágica paradoja en donde la cuestión social y la democrática se expresan, distorsionadas y vaciadas, como alternativas antagónicas en el marco de dos partidos burgueses, la primera asociada a un discurso nacionalista y la segunda bajo la impronta liberal.

Por una parte, la democracia alfonsinista no sólo carece de una política social posible sino que ha demostrado su incapacidad para democratizar efectivamente la vida social. Por la otra, el gran movimiento de reforma social que significó para la clase obrera, el peronismo, no sólo no puede integrar las banderas de la democratización sino que hoy, tampoco puede dar cabida a los contenidos sociales que en el pasado fueron la base de su legitimación.

Ambas propuestas, sin embargo, coinciden en el intento de mantener la práctica y movilización de la sociedad vinculada al estado y en última instancia subordinada a él.

Este hecho, que hemos marcado ya en lo que refiere al proceso democrático alfonsinista, significará, en lo atinente a la crisis militar actual, el intento efectivo de limitar su ámbito de resolución al interior del propio estado y a sus mecanismos institucionales.

Monte Caseros: la disputa por la hegemonía militar

Esto no hará más que ocultar la continuidad de un conflicto que reaparecerá en la escena pública en dos nuevas sublevaciones.

Sin embargo, éstas, como el conjunto de presiones que siguieron a la Semana Santa, girarán fundamentalmente sobre el aspecto corporativo de la crisis.

Si bien en este conflicto el gobierno no es prescindente, en tanto y en cuanto afecta a su política militar, tras la obediencia debida se abrirá todo un proceso de enfrentamiento entre el sector liberal y el nacionalista.

La asunción del general Caridi (perteneciente al arma de artillería con fuertes vinculaciones con los liberales) significará, en este conflicto, un duro traspié para el grupo Rico.

Desde la jefatura del ejército Caridi llevará adelante una política que intentará recomponer la cadena de mandos a partir del generalato. Para ello era necesario que éste apareciera frente al conjunto de la fuerza como la mejor alternativa en la defensa de las reivindicaciones corporativas.

Con esta intención Caridi integrará, como parte de su discurso, las aspiraciones militares que habían sido la fuerza del pronunciamiento Rico.

Este intento de legitimar la estructura de mandos contaba con la anuencia del gobierno. Este le permitía, como antes le había impedido a Ríos Ereñu, poner en boca del generalato el discurso de la reivindicación de la guerra antisubversiva y de la amnistía.

Bajo este aparente conflicto con la política gubernamental, el gobierno y el generalato intentaban recuperar para sí la mayoría militar.

A su vez la gestión Caridi buscará la desarticulación del grupo Rico. El pase a disponibilidad del general Fausto González, la sanción a Schnelly Garay son muestras de esta política que terminará impulsando a Rico a una nueva sublevación.

Esta vez, sin embargo, las características de la acción serán favorables a las intenciones del generalato.

El pronunciamiento de Monte Caseros (enero 1988) tropezará con dos dificultades insalvables. Por un lado, las publicitadas reuniones de Rico con sectores políticos de ultraderecha perjudicará su imagen profesionalista al interior de la fuerza.

Sin duda esto se contraponía al compromiso histórico de las FF.AA. de salvar las diferencias internas sin salirse de los marcos de la corporación, es decir sin recurrir a apoyo social alguno.

A este hecho se le sumará la imposibilidad de Rico de encontrar una reivindicación concreta que el ejecutivo estuviera dispuesto a conceder.

Más allá de la exigencia abstracta de la rehabilitación militar y de la crítica a los generales "de sillón" los sublevados no podrán articular ninguna demanda posible.

En realidad Monte Caseros revelará las profundas contradicciones del discurso militar nacionalista. Un discurso que reivindicando la guerra anti-subversiva debe diferenciarse del carácter liberal del Proceso. Un discurso que para dar consistencia a su ideal "profesionalista" debe buscar proyección en el ámbito social y político.

A pesar de estas paradojas sería falso afirmar que esta sublevación no contó, por lo menos, con la complicidad pasiva de la mayoría de la fuerza. Este hecho no fue sino la expresión que la crisis deliberativa al interior del ejército no había concluido. Contra las expectativas del generalato la cadena de mandos todavía no estaba recompuesta.

Sin embargo, una multiplicidad de elementos mostrarán la debilidad relativa del grupo Rico, entre ellos: el hecho que la sublevación hiciera pie en un regimiento de la provincia de Entre Ríos y no en el tradicional y determinante Campo de Mayo, y la presencia, esta vez un poco más real, de las tan famosas "tropas leales".

El general Mabragaña (profundamente vinculado a la represión del Proceso) será el encargado de dirigir al "ejército democrático" en los primeros simulacros de combate. Finalmente la rendición de los sublevados, pese a su anunciada disposición de combatir, no hará más que constatar el fracaso de la sublevación y abrirá el camino a la política de desmembramiento del sector nacionalista. Política que el general Caridi, llevará adelante a través del juzgamiento de los insurrectos, involucrando a decenas de oficiales (mandos medios) y suboficiales.

Villa Martelli: el acuerdo militar

Sin embargo, este triunfo parcial del ala liberal no significará el fin de la disputa de la hegemonía militar. Más allá de sus intenciones, los límites impuestos por el gobierno en el proceso de rehabilitación militar y en el presupuesto de defensa, como su propio descrédito, mantenían vigente el malestar militar.

Estas condiciones le permitirán al coronel Seineldin repetir, en diciembre de 1988, con éxito, la estrategia de las sublevaciones anteriores. Intentona que tras el lema de la rehabilitación militar buscará recuperar, al interior del ejército, el peso perdido por el sector nacionalista.

Desde la misteriosa desaparición del cuerpo comando de la Prefectura ("Albatros") hasta la sorprendente fuga rebelde de Campo de Mayo, una larga serie de sucesos no hacen sino demostrar nuevamente la debilidad del generalato. A lo que se agrega el insólito hecho de que el general designado para reprimir la sublevación (Bonifacio Cáceres) no es sino uno de los que cuenta con las simpatías del grupo rebelde. El inicial y moderado bombardeo de la Escuela de Infantería (la plaza fuerte rebelde) no oculta, frente a estos hechos, la imposibilidad manifiesta del generalato para llevar adelante represión alguna.

Sin embargo, a diferencia de Semana Santa, esta sublevación no concluyó con alguna concesión por parte del gobierno. Más allá de las exigencias de los sublevados, estos aceptaron el límite que la proximidad de las elecciones imponía en la política de rehabilitación militar gubernamental.

Más aún habría que concluir que, conociendo esta limitación de antemano y con la experiencia de Monte Caseros de por medio, el *putch* se proponía, en realidad, modificar las relaciones de fuerza al interior del ejército. Es decir detener la purga que la cúpula militar estaba llevando adelante y obtener por parte de ésta el reconocimiento institucional del peso del sector nacionalista.

Así las declaraciones militares, que a posteriori de Martelli, afirmaban que se había logrado la "unidad militar" pueden ser entendidas como el acuerdo (sin dudas inestable) de un *modus vivendi* entre los dos sectores del ejército.

La puja interna entra de esta forma en un período de relativa tranquilidad a la espera de los resultados electorales del 14 de mayo. Sin duda la posibilidad de conquistar una hegemonía militar nacionalista está ligada, fundamentalmente, a la victoria del candidato peronista. Sin embargo, también necesita poder argüir en su favor cierta representatividad militar. Resulta claro que ni el sector liberal se dejará desplazar tan fácilmente, ni la política militar peronista está tan claramente definida.

Estos hechos preanuncian, que más allá del resultado de las próximas elecciones, la crisis interna del ejército volverá a manifestarse.

Sin embargo se verá modificada por el gran paso en pos de la rehabilitación militar que el gobierno dio a posteriori de los hechos de la Tablada.

La Tablada y la rehabilitación militar

Si las sublevaciones posteriores a Semana Santa no avanzan fundamentalmente en el proceso de rehabilitación militar los hechos de la Tablada le permitirán al gobierno dar un gran paso en esta dirección. Servirá de justificación "ideal" para reintegrar a las FF.AA. en la elaboración y ejecución de la política represiva.

La creación del COSENA y el proyecto de legislación sobre conflicto interno (que revive las zonas de operaciones bajo control militar del Proceso) van más allá incluso de la propuesta original del gobierno.

La idea alfonsinista de excluir a la corporación militar de los ámbitos de decisión estatal es reformulada a la luz del conflicto militar. Sin embargo el éxito del gobierno consiste en poder presentar estas medidas bajo la lógica de la "defensa de la democracia".

Frente al "demonio" revivido por la Tablada ya no se enfrenta la ilegalidad del terrorismo de estado sino la represión militar legal y democrática. En esta operación concluye en lo fundamental el proceso de rehabilitación militar. Las FF.AA., como instrumento de represión, quedan integradas nuevamente al estado burgués. El proceso de consolidación de la democracia (burguesa) integra a su seno la corporación militar sin haber revelado ni sus profundas vincualciones con el Proceso ni su naturaleza social.

Si bien queda aún pendiente la reivindicación de amnistía, su sanción resulta, en este contexto, un problema de menor importancia que puede ser solucionado a mediano plazo.

Estos hechos no eliminan la conflictividad entre el gobierno y el ejército, sino que, por el contrario, ésta comienza a situarse sobre otras cuestiones. La "modernización" militar, en tanto reconversión de las FF.AA. a las nuevas condiciones de desarrollo capitalista y vinculado a ésto, el problema del presupuesto y su distribución, presagian sin dudas nuevos conflictos.

Modernización militar: un problema pendiente

Esta "modernización militar" planteada por el gobierno buscaba, en lo esencial, debilitar la influencia de las FF.AA. sobre la vida social y política del país; y en última instancia, desarmar su capacidad operativa para amenazar la continuidad institucional. Esto implicaba, en los planes del gobierno, la necesidad de una política hacia el conjunto de las fuerzas de represión con las

que cuenta el estado, que pretendía reforzar, mediante la asignación presupuestaria, la capacidad represiva de aquellas fuerzas dependientes del Ministerio del Interior. El pasaje de Gendarmería y Prefectura a la órbita de este ministerio y la creación de cuerpos especiales en la policía son muestras del intento oficial de crear una fuerza represiva propia que le evitara tener que recurrir a las FF.AA.

Estas intenciones se combinaban con la idea de la "modernización militar" que pretendía cambios en varios niveles. En principio significaba la modificación del esquema de distribución territorial, es decir de la distribución de los asentamientos militares.

Dicha distribución, en general, se deriva de las hipótesis de conflicto supuestas y del nivel y tipo de enfrentamiento previsto. Tradicionalmente el ejército argentino consideraba tres hipótesis de conflicto externo diferentes: Chile al oeste, Brasil al noreste y Malvinas al sureste. Esta multiplicidad de hipótesis (a las cuales tenemos que agregar la del conflicto interno), sumadas a una concepción un tanto vetusta de la guerra, servían para justificar una distribución de las fuerzas militares a lo largo de todo el país y en general próximas a los centros urbanos (Campo de Mayo es un claro ejemplo). Esta situación, a la que se agrega la existencia de un servicio militar obligatorio de carácter masivo, le aseguraba a la corporación militar una influencia sobre las determinaciones sociales y políticas locales y nacionales.

Frente a esto, el gobierno pretendía tras la iniciativa de paz e integración latinoamericana (Tratado del Beagle, integración con Brasil) concentrar el poder militar en el sur, alrededor de Malvinas. Sin duda, no estaba dentro de sus cálculos, como lo demuestra la política de Caputo en la materia, la posibilidad de un enfrentamiento militar con los ingleses. La hipótesis de Malvinas tenía la virtud de justificar el traslado de las grandes unidades de combate hacia el sur y además, fundaba la necesidad de una profesionalización y tecnificación militar.

Esta política no significaba para el gobierno abandonar la hipótesis de conflicto interno. Para ello contaba no sólo con las fuerzas dependientes del ministerio del interior sino que además pretendía dejar en los centros urbanos las unidades militares necesarias para tal fin.

El proyecto de modernización militar del gobierno concluía con la idea de privatizar o pasar a la órbita del estado el conjunto de industrias que permanecían bajo control militar (por ejemplo: Fabricaciones Militares).

Sin embargo todas estas aspiraciones iniciales del alfonsinismo, al igual que su intento de "democratizar" el ejército mediante la subordinación del ge-

neralato al poder civil, se han trastocado tras las sublevaciones militares y los hechos de la Tablada. A pesar de ésto, el problema del modelo y estructuración de las FF.AA. queda aún pendiente.

Esta reestructuración militar, necesaria incluso desde la perspectiva de la modificación de la concepción de la guerra tras la aparición de las nuevas tecnologías, significará en el futuro, no sólo la continuidad de las tensiones entre el estado y las FF.AA. sino incluso la reaparición de viejos y nuevos conflictos al interior de la corporación militar, en tanto estos cambios implican una alteración del actual equilibrio de fuerzas entre las diferentes armas y especialidades militares.

Estos nuevos problemas pendientes, entre los cuales se destaca el del servicio militar obligatorio en tanto afecta y concierne directamente a la sociedad, abren un nuevo terreno para retomar la cuestión de la democratización de las FF.AA.

Más allá del gran golpe asestado en los últimos años a las aspiraciones sociales de una democratización profunda de la corporación militar, la continuidad del conflicto significa, para la sociedad, la posibilidad de rearmar sus fuerzas en la búsqueda de incidir activamente en los términos de su resolución. Para ello habrá que evitar que el problema quede circunscripto nuevamente al ámbito de las incumbencias del estado, para hacer de la cuestión militar un punto de debate y decisión democrática del conjunto de la sociedad civil.

Buenos Aires, abril de 1989

"La crisis de Semana Santa", Boletín de Aportes Críticos sobre la Realidad Nacional N° 1, Corriente de Izquierda Universitaria.

UN NUEVO TIPO DE PARTIDO: EL PT BRASILEÑO*

Michael Löwy

Durante las dos décadas de la dictadura militar que comenzó en 1964, Brasil vio un desarrollo capitalista gigantesco que afectó tanto a las zonas rurales como a las urbanas.

En la agricultura, la producción a gran escala (de azúcar, soja, carne) para el mercado internacional se expandió enormemente, expulsando a pequeños chacareros, arrendatarios y medieros del campo: el resultado fue una creciente proletarización de la fuerza de trabajo rural y la migración masiva hacia las ciudades. En algunas de las ciudades más grandes (particularmente San Pablo) se desarrolló un amplio proceso de industrialización, impulsado principalmente por empresas multinacionales (de automóviles, de acero e industria química).

Sin embargo, esta transformación de la economía y la sociedad brasileña adaptó la clásica forma del “desarrollo del subdesarrollo” (para usar la frase conocida de André Gunder Franck): agravó la disparidad entre las regiones (entre el sur industrializado y el nordeste hambriento), las desigualdades sociales (los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres); y la dependencia económica, puesta en evidencia por el aumento astronómico de la deuda externa.

Por otra parte, grandes sectores de los migrantes rurales no fueron absorbidos por la industria moderna (que ahorra trabajo) y fueron constituyendo una masa de habitantes de villas miserias que viven una existencia sumamente precaria, llamados eufemísticamente “sector informal” por la economía política académica.

Aquellos que fueron excluidos de los beneficios del desarrollo capitalista —los obreros urbanos y desempleados, el semiproletariado rural empobrecido, profesionales arruinados, duramente golpeados por la inflación— se

volvieron crecientemente hostiles al régimen militar. En un primer momento apoyaron el movimiento opositor liderado por la burguesía liberal (Movimiento Democrático Brasileiro - MDB), pero hacia fines de los años 70, los sectores más activos y concientes del movimiento laboral sintieron la necesidad de tener su propia representación política. Los sindicalistas surgidos de la nueva clase obrera concentrada en las zonas industriales nuevas —como las llamadas ciudades ABC (Santo André, Sao Bernardo do Campo y Sao Caetano cercanos a la metrópoli de San Pablo)— eran la vanguardia de este proceso. La formación del nuevo Partido dos Trabalhadores (PT, Partido de los Trabajadores) es el resultado de la profundización de las contradicciones sociales surgidas del desarrollo del capitalismo dependiente en Brasil.

La fundación del PT en 1979 marca la apertura de un nuevo capítulo en la historia del movimiento obrero en Brasil: la construcción de un partido de masas que expresa la independencia política de la clase obrera y el pueblo trabajador; un partido democrático, pluralista, militante, libre de toda atadura con las clases dominantes y su estado, con un programa claramente anticapitalista; un partido solidario con las luchas obreras en todo el mundo, pero sin embargo independiente de las políticas de cualquier estado pos-revolucionario (URSS, China, etc.).

Lo que aquí está realmente en juego, es un nuevo tipo de partido cuyo interés e importancia se extienden por todo el Brasil. No se trata de un partido socialdemócrata dirigido por parlamentarios, organizado como máquina electoral con el conocido programa reformista de corte neo-keynesiano y orientación transatlántica. Tampoco es un partido comunista burocrático con su aparato omnipotente y su sumisión política e ideológica a la URSS; no es un partido populista como el peronismo o el antiguo Partido Trabalhista Brasileiro (PTB, Partido Laborista Brasileño) dirigido por políticos burgueses carismáticos con un programa vagamente nacionalista y una burocracia corrupta de dirigentes sindicales “amarillos”. Finalmente, no es tampoco una secta revolucionaria sui generis, organizada a espaldas del movimiento obrero real y enfrascada en dogmas y rituales rígidos. En realidad, es difícil encontrar analogías o equivalencias: desde un punto de vista histórico, su aproximación histórica más cercana sería el Independent Labor Party (Partido Laborista Independiente), el primer partido obrero inglés, formado en 1893 por un grupo de dirigentes sociales combativos, militantes socialistas (incluido algunos marxistas) y cristianos izquierdistas, con la bendición de un Engels entrado en años (Carta a Sorge, 18 de enero de 1893).

El PT constituye el resultado de un siglo de esfuerzos de una parte de los obreros brasileños para darse una expresión política propia. Al comienzo del siglo, los anarcosindicalistas lucharon con admirable energía y espíritu de clase por una orientación proletaria independiente, pero su dogmatismo los hizo rechazar la idea misma de un partido político de masas. Posiblemente el intento más importante de construir un verdadero partido obrero en Brasil fue el del Partido Comunista Brasileiro (PCB), pero a pesar de la abnegación y el espíritu de sacrificio de una parte de sus militantes y cuadros, fue dirigido por la lógica del stalinismo hacia una política de subordinación a la burguesía “nacional”. Esta orientación, combinada con la dependencia ideológica de la URSS y la falta de democracia interna, llevó a una serie de fragmentaciones que, desde 1962 hasta hoy, lo dividieron y debilitaron (la mayoría de sus dirigentes “históricos” dejaron el partido durante este período). El PTB fundado por Gétúlio Vargas en 1945 (y después liderado por Joao Goulart y Leonel Brizola), por otro lado, no fue nunca más que un aparato parlamentario, con una amplia base electoral en las masas trabajadoras, pero sin compromiso orgánico, político o programático con la clase obrera (lo mismo permanece válido para el MDB, el único partido tolerado por la dictadura militar desde 1964 hasta las recientes reformas políticas). Finalmente, lo que concierne a los pequeños grupos de la “izquierda armada” de los años 60 y 70: ellos nunca ganaron un verdadero apoyo en el proletariado y, a pesar de su heroísmo y coraje ejemplares, llegaron a un final mortal trágico debido a su práctica minoritaria aislada de los trabajadores urbanos y rurales. El PT entonces marca por primera vez la aparición de un partido de masas como expresión propia de los trabajadores en su lucha contra el capital y su estado, una organización partidaria enraizada en la clase obrera, el campesinado y la inteligentzia.

La iniciativa de construir el PT surgió a partir de una nueva clase obrera post-1964 que, no teniendo experiencia de stalinismo o populismo, comprendió, en base de su propia experiencia de lucha de clases, la necesidad de una organización política independiente. A los dirigentes sindicales quienes con su pragmatismo y su instinto de clase representaron la nueva perspectiva, se fueron sumando de a poco varias generaciones de marxistas militantes que habían aprendido su lección del pasado y aportaron al PT la riqueza de su experiencia política y el conocimiento del pensamiento socialista. Por lo tanto, la formación del PT durante los años 1979 a 1986 surgió de la confluencia de diversas corrientes, de las cuales cada una aportaba su sensibilidad particular y sus propias contribuciones a la construcción del parti-

do: 1) sindicalistas “auténticos”, iniciadores y líderes del proceso que constituye la expresión de un nuevo sindicalismo de masas, combativo y clasista, y para los cuales la región ABC (el suburbio industrial del Gran San Pablo donde el nuevo proletariado está concentrado) es tanto un bastión como un símbolo; 2) la oposición sindical que durante años ha llevado una lucha difícil en las fábricas y adentro de los sindicatos contra una estructura sindical sumisa al Estado (establecida por Vargas en el comienzo de los años 40 bajo inspiración de la “Carta del Lavoro” de Mussolini) y contra la burocracia sindical “amarilla”, conocida como *pelegos* (la palabra que originalmente quiere decir alforja de piel de oveja, tomó en el lenguaje cotidiano el significado de dirigentes sindicales corruptos, controlados por el gobierno; 3) sindicatos rurales y ligas de campesinos, frecuentemente con inspiración cristiana; 4) comunidades cristianas de base: las organizaciones de la Iglesia que conectan sacerdotes y laicos católicos que trabajan con campesinos sin tierra (pastoral da terra) y trabajadores urbanos (pastoral operaria), y otros sectores cristianos de tendencia socialista; 5) ex-militantes del Partido Comunista o de la “izquierda armada” que abandonaron sus organizaciones; 6) grupos de revolucionarios izquierdistas de diferentes tendencias (trozkistas, castristas, etc.); 7) Intelectuales: sociólogos, economistas, docentes, escritores, periodistas e investigadores ligados al movimiento obrero o a la teoría marxista; 8) diputados parlamentarios, originalmente del ala izquierda del MDB.

Hasta cierto punto se puede decir que *la creación del PT representa la confluencia histórica de la clase (los trabajadores) y “sus” intelectuales*, dos fuerzas sociales que, hasta ese momento, habían seguido caminos paralelos, a veces convergentes, pero frecuentemente bastante diferentes.

El proceso por el cual se formó el PT presenta algunas características específicas para el presente momento histórico y para el Brasil, por ejemplo el importante papel de las comunidades cristianas de base y pastorales de la tierra. Por otro lado, este proceso llama la atención ya que parece un ejemplo extraído directamente de ciertos textos clásicos de Marx o Engels: un movimiento obrero que surge en los centros de gran concentración industrial moderna; un movimiento sindical que descubre, en el curso de sus luchas económicas, la necesidad de un partido obrero; un partido que arrastra hacia él una confluencia de diversos sectores populares bajo la hegemonía de la clase trabajadora.

La diversidad de fuentes de las cuales se nutrió el PT se traduce en la composición de su dirigencia. Predominan entre ellos los dirigentes sindicales.

Luís Ignacio da Silva, mejor conocido como Lula, presidente del sindicato de obreros metalúrgicos de Sao Bernardo (privado de su puesto por el régimen militar y senador electo en 1986); Jacob Bittar del sindicato de trabajadores petroquímicos de Campinas; Olivio Dutra, presidente del sindicato de trabajadores bancarios de Porto Alegre; antiguos dirigentes revolucionarios como el legendario Apolônio de Carvalho, líder comunista desde 1935, luchador de la brigada internacional en España y de la Resistencia Francesa quien lideró la liberación de varios pueblos en el sur de Francia en 1944; y conocidos intelectuales como Francisco Weffort, sociólogo de la Universidad de San Pablo y autor de notables obras sobre la historia del movimiento obrero brasileño.

La rápida constitución del PT, realizada en dos años, sorprendió a la mayoría de los grupos sostenedores de una línea socialista o comunista en Brasil: algunos de ellos eligieron integrarse al partido, pero los sectores más retrógrados de la izquierda, aquellos grupos de formación stalinista como el Partido Comunista Brasileiro (PCB), pro-soviético, y la corriente representada por el periódico *A Hora do Povo*, o el Partido Comunista do Brasil (PC do B), pro-albanés, le negaron el derecho a participar en las elecciones, prefiriendo permanecer dentro de las filas del PMDB, el partido de la oposición liberal-burguesa.

Hacia 1978, el año en el que aparecieron las primeras expresiones del nuevo sindicalismo, (clasificadas apresuradamente por ciertos sociólogos como “corporativos”, “apocalípticos”, “de estilo americano” o representantes de una “aristocracia obrera”), la idea de un partido obrero autónomo empezó a ser fomentada por varios dirigentes sindicales “auténticos” —posiblemente surgidas desde sus experiencias en una serie de huelgas históricas, de su oposición al aparato policíaco-militar estatal y, para algunos, de una valoración de las luchas sociales de la historia reciente (posterior al 1964) del país—. Por ejemplo, en 1978, en un encuentro por la democracia, promovido por la oposición liberal y de izquierda en Río de Janeiro, Lula, con el apoyo de otros dirigentes sindicales presentes en la reunión, rechazó su tesis predominante de agrupar alrededor del MDB un “frente amplio y democrático”. Significativamente, invocó la experiencia del 1964 como argumento contra esta política tradicional de la subordinación del movimiento obrero al populismo burgués: “Si nosotros, los trabajadores, no estamos en guardia frente a la unidad de las fuerzas de la oposición, podríamos sufrir derrotas como las del 1964 cuando la burguesía rompió con los trabajadores, dándoles la espalda y dejándolos solos frente a la adversidad.”

Sin negar la necesidad de una posición unida contra el régimen militar, Lula puso énfasis en la importancia de una política obrera independiente: “La clase trabajadora perseguirá su camino irreversible hasta alcanzar sus metas. Tarde o temprano va a crear un partido político... La clase obrera no debe ser un mero instrumento. Es esencial que participe directamente demostrando la fuerza que representa. Y en la arena de la política, participación significa que la clase constituye un propio partido.” (*Em Tempo* 42, 25 de diciembre de 1978).

En octubre de 1979, la primera reunión nacional del PT fue celebrada en Sao Bernardo do Campo, el bastión proletario del sindicato de Lula; esto marca en los hechos la fundación del nuevo partido y la elección de su primera dirigencia provisoria. En esta conferencia, una breve declaración política afirmaba claramente la meta del partido obrero: “El PT lleva adelante su lucha con el objetivo de que todo poder económico y político pueda ser ejercido directamente por los trabajadores. Este es el único medio para poner fin a la explotación y la opresión.” Al mismo tiempo, el documento llama a “todas las fuerzas democráticas a formar un movimiento amplio de masas contra el régimen dictatorial.” El PT también se esforzó en la lucha por la constitución de una confederación central de todos los sindicatos, la Central Unica de Trabalhadores (CUT), enfatizando que “su construcción sólo puede llevarse a cabo derrocando a la presente estructura sindical sumisa al Estado.”

En abril y mayo del 1980 estalló la gran huelga de 250.000 obreros metalúrgicos en Sao Bernardo; después de la intervención policial y militar (por ejemplo: la detención de Lula y de los principales dirigentes de la huelga, control militar del sindicato por un “mediador”), el movimiento fue sojuzgado; no obstante, reveló por su capacidad para la organización de las masas (reuniones diarias de 10 millares de obreros), la sorpresiva fuerza del nuevo sindicalismo, cuya vanguardia fue el claro beneficiario en la formación del PT.

En el período de mayo a junio, una nueva conferencia nacional del PT se reunió, con delegados de 22 estados brasileños, representando aproximadamente treinta mil miembros del partido. Un manifiesto y un programa fueron aprobados los cuales definen al PT como “la expresión política real de todos los explotados por el sistema capitalista”, y como partido de masa, de base amplia, abierto y democrático. Su objetivo es dismantelar a la máquina represiva del presente régimen y crear “una alternativa de poder para los trabajadores y los oprimidos que avance en el camino hacia una sociedad sin

explotadores ni explotados. Construyendo esta sociedad, los trabajadores están concientes del hecho de que esta lucha se dirige contra los intereses del gran capital nacional e internacional.” No obstante, el PT de ninguna manera ha elaborado una “doctrina”: muchas preguntas y definiciones programáticas se han dejado deliberadamente abiertas para permitir el más amplio debate posible y la “maduración” progresiva de sus militantes en su conjunto. Esto es particularmente cierto en el ámbito internacional, aún cuando algunas posiciones ya han sido claramente adoptadas como, por ejemplo, la solidaridad con la revolución sandinista en Nicaragua y con la lucha de los obreros polacos para ganar libertades sindicales (Lula publicó un artículo en la prensa brasileña con el tema “Las demandas de los polacos y las nuestras son las mismas” y se reunió recientemente con Lech Walesa en Roma). No hay ninguna duda de que los militantes y dirigentes del PT no quieren repetir los errores trágicos de la vieja izquierda brasileña y se niegan a hacer de su partido un vasallo de aquella o de uno u otro estado “socialista existente en la actualidad”.

Una de las particularidades del PT que lo caracterizan como un partido “abierto” es la existencia en su seno de un cierto número de grupos, organizaciones y corrientes izquierdistas (en general marxistas) que frecuentemente tienen su propia estructura y su propia prensa. Algunos de estos grupos ven su deber principal en la construcción del PT como un verdadero partido de masas con una base militante y apuestan a su futura transformación en una fuerza dirigente de un proceso de cambio social revolucionario en el Brasil; otros, mientras tanto, lo ven como una “táctica de frente de masas”, un instrumento de la expresión política legal de los trabajadores, marco dentro del cual se trata de construir el “verdadero” partido de la vanguardia marxista-leninista: su propia organización. Uno de los dirigentes del partido, Apolônio de Carvalho (quien había liderado él mismo un grupo clandestino de vanguardia durante varios años) bosquejó un texto sobre esta cuestión delicada para abrir el debate dentro del partido sobre este tema; desde su punto de vista, las corrientes izquierdistas dentro del PT pueden aceptar el carácter original del PT como partido de masas y expresión directa de la nueva calidad del movimiento obrero y popular en Brasil. Entonces su función es doble: enseñar ciencia social y aprender nuevas realidades. Pero para jugar este rol, estas corrientes deben superar la falsa concepción del PT como un frente político de masas, en otras palabras: un acuerdo táctico y transitorio entre diversas entidades y alrededor de objetivos coyunturales. Deben comprender su naturaleza como un partido de masas y de lucha, profundamente democráti-

co (que no excluye la centralización), orientando en primer lugar y ante todo hacia la práctica política autónoma de las masas. (Ver *Em Tempo* 121, 4 de febrero 1981).

A lo largo de 1980, el PT alcanzó el primer paso en su constitución como un partido legal dentro de la "reforma política" concedida por el régimen militar. Contra todas las expectativas por parte de las autoridades, el PT logró cumplir con las condiciones extremadamente difíciles que requería el reciente "Estatuto de Partidos Políticos" para la formación de un partido nunca antes representado en el parlamento (por ejemplo el requerimiento de comités partidarios en un quinto de los municipios del país). La justicia electoral se vio obligada a conceder al PT el status provisorio de partido legal (para recibir el status definitivo, requerimientos todavía más draconianos deben ser cumplidos). En realidad, el PT sacó ventaja de esta campaña por su legalización, ya que se extendió por todo el país y acrecentó considerablemente sus filas y organizó *núcleos* (células de base) que constituyen el basamento de las operaciones activas y democráticas del PT.

Uno de los aspectos más fascinantes del PT es la manera en que los organizadores lograron cumplir con los complicados requerimientos legales impuestos por una legislación dirigida a mantener a los trabajadores fuera de la política y al mismo tiempo construir desde abajo una estructura partidaria democrática. En consecuencia, el partido tiene un doble modo de funcionamiento: el legal, puramente formal, donde no se toman decisiones, y el real, donde delegados, elegidos democráticamente por los *núcleos* (que no tienen existencia "legal") se reúnen en asambleas locales, votan la orientación del partido y eligen delegados para las asambleas regionales (al nivel de los diferentes estados), quienes, a su vez, eligen los delegados para la asamblea nacional. Cuando aparecen importantes diferencias dentro de la dirigencia, es la base quien decide. Por ejemplo, en 1984 algunos de los dirigentes (y la mayoría de los diputados federales) querían que el PT participara en las elecciones presidenciales indirectas (donde el congreso elegía al presidente) impuestas por los militares y que votara por Tancredo Neves (el candidato que representaba el compromiso entre el PMDB y sectores del PDS, el antiguo partido del régimen militar). La dirigencia del partido decidió consultar la opinión de los *núcleos* cuyos delegados en las asambleas locales, regionales y luego nacional decidieron por aplastante mayoría en contra de semejante participación.

Los *núcleos* son de fundamental importancia para el PT; son lo que hace un nuevo tipo de partido, radicalmente diferente de los otros partidos le-

gales existentes en Brasil. Los *nucleos*, introducidos en fábricas, bancos, lugares de trabajo, *favelas*, escuelas, universidades, haciendas y pueblos, que intervienen activamente en los movimientos sociales, le permitieron al PT ser un instrumento de educación, organización y acción cotidiana, mediante la continua participación en las movilizaciones, en otras palabras, desarrollarse como partido de militantes y no simplemente de adherentes o votantes. Recogiendo una herencia positiva de las organizaciones marxistas y las comunidades cristianas de base, los *nucleos* son la fuente principal de la vitalidad del PT como “partido de la vida cotidiana”, construido “desde abajo” y orgánicamente arraigado en la clase obrera. Además, en su papel de estructuras de base con prerrogativas y poderes que les permiten controlar a la dirigencia y como centros de libre debate sobre la política del PT y sus intervenciones, los *nucleos* son uno de los principales garantes del carácter democrático del partido. Finalmente, constituyen la condición esencial que asegura el carácter del PT como partido de masas, indispensable para que pueda cumplir su rol y no transformar su base en una masa amorfa y atomizada de afiliados pasivos, limitada por un aparato burocrático omnipotente (o parlamentario-tecnocrático como en la socialdemocracia, o autoritario-monolítico como en el stalinismo). Adversarios del PT critican su heterogeneidad política y su falta de una definición programática más precisa. Estas características surgen de la diversidad de fuentes que convergieron en el partido y de su naturaleza amplia, abierta y democrática que han permitido e incluso estimulado debates y discusiones internas mientras que en la mayoría de los partidos de la izquierda brasileña (de tradición stalinista), el debate fue sistemáticamente sofocado y, cuando se volvió imposible reprimirlo, llevó a fracturas y recriminaciones mutuas. Las características del PT surgen también del deseo de sus fundadores y dirigentes de no imponer ninguna “fórmula” particular sobre la masa de los trabajadores sino más bien permitir que tanto el programa, como el partido mismo, surja “desde abajo”, construido por el desarrollo concreto y real de la conciencia de la clase del proletariado urbano y rural.

Después de casi medio siglo de control hegemónico de la clase trabajadora brasileña por parte de los aparatos estatales populistas y burocráticos, parece que el PT, en un cierto sentido, retomó las mejores tradiciones del movimiento obrero “clasista”, autónomo y anticapitalista que existía hasta 1935/1937 (antes del golpe del *Estado Novo* de Vargas que aniquiló a la izquierda independiente y puso a los sindicatos bajo la tutela del aparato estatal). No obstante, el PT es esencialmente un fenómeno nuevo, no solamen-

te porque no existe ninguna continuidad histórica directa entre el movimiento obrero anterior al 1937 y el PT del 1980 —salvo en los admirables personajes de viejos luchadores como Apolônio de Carvalho y Mario Pedrosa (fundador, en 1929, de la oposición de izquierda comunista en Brasil, y participante en el congreso fundador de la IV Internacional en 1938)— pero también porque las formas organizativas actuales y su base masiva (especialmente en el campo) difieren mucho de aquellos existentes antes de la guerra. Pero el compromiso del PT es quebrar con una pesada herencia —predominante durante cuarenta años— de pasividad y desmovilización en las masas, de maniobras superestructurales y estructuras burocráticas, de subordinación bajo el Estado y/o varios sectores de las clases dominantes (supuestamente “democráticas”, “progresistas” o “nacionalistas”), de reducir el sindicato a una institución de asistencia social, y de consultas populares sólo cada cuatro años. En otras palabras, la idea fundamental, decisiva y esencial que preside la formación del PT y que le sirvió hasta ahora como su brújula política, no fue otra que aquella vertida por Marx en el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores: *la emancipación de los trabajadores es la tarea de los trabajadores mismos*.

En la conferencia nacional de setiembre de 1981, la última etapa en su constitución legal, el PT declaró explícitamente el socialismo como su meta programática. En varios discursos y entrevistas, Lula rechazó tanto la socialdemocracia como el socialismo burocrático, afirmando la necesidad de otro camino para la revolución y el socialismo en Brasil.

Gracias a una campaña de afiliación masiva, el PT pudo registrar un crecimiento espectacular: hacia fines del 1982 ya tenía 245.000 afiliados en todo el país. La mayoría de sus afiliados se concentran en los estados más industrializados, la región del sur y centro del Brasil: San Pablo (64.000), Minas Gerais (35.000), Río de Janeiro (36.000) y Río Grande do Sul (16.000). En 1987, se estimaba que la fuerza numérica del partido excedía los 400.000.

El partido llevó la campaña electoral de 1983 con una plataforma cuyo slogan fue “Trabajo, Tierra y Libertad”. La plataforma reclamó el fin de la dictadura militar en Brasil, el poder para los trabajadores y el pueblo y la construcción de un Brasil socialista. El porcentaje al nivel nacional de los votos obtenidos por el PT fue un desilusionante 3.5% con 8 diputados federales elegidos. Sin embargo, lo importante es que 1.6 millones de personas votaron por un programa claramente clasista, anti-dictatorial y anticapitalista, socialista y democrático. En el estado de San Pablo, el principal centro eco-

nómico del país, el PT ganó casi 10% de los votos. Las mucho más poderosas máquinas electorales de los partidos tradicionales y la presión para emitir un voto “útil”, es decir, votar al partido principal de la oposición, el PMDB (una coalición liberal-democrática), explican el voto limitado para el PT en 1982.

Es en el área de la actividad y organización sindical donde la experiencia del PT se volvió decisiva. En el año 1983 se concretó la formación de la CUT que coordina las actividades de los sindicatos y ligas campesinas, representando a 10 millones de trabajadores. Los principales dirigentes de la primera organización sindical masiva y central en la historia moderna del Brasil son o afiliados o cercanos al PT. Derrotada en su lucha por la hegemonía en el movimiento obrero, la corriente reformista (influida por el Partido Comunista) se separó de la CUT y formó su propia estructura nacional, Coordenacao Nacional dos Trabalhadores (CONCLAT), la cual más tarde tomó el nombre de Confederacao Geral dos Trabalhadores (CGT). Existen negociaciones encaminadas hacia la eventual unificación o, por lo menos, unidad de acción entre ambas organizaciones.

En las elecciones de noviembre de 1986, el PT duplicó su porcentaje de votos que se elevó entonces a más de 6.5% y 17 diputados federales electos (un incremento en relación a los 8 que tenía anteriormente). Lo que es verdaderamente nuevo en estos resultados electorales es que el partido creció sobre todo fuera de San Pablo, su bastión tradicional. Mientras su porcentaje no aumentó en San Pablo, se cuadruplicó en las otras regiones del país. Hace algunos años estaba de moda descalificar al PT como un fenómeno meramente *paulista*, confinado en la región industrial alrededor de San Pablo, pero ahora se puso en evidencia que es un partido *nacional* cuyos votantes son en su mayoría (55%) de afuera de San Pablo. Además, aunque el PT tiene su base principal en las grandes ciudades industrializadas, su mayor crecimiento en esta elección se produjo en las pequeñas ciudades y zonas rurales, particularmente en donde la Iglesia giró hacia la izquierda y donde se desarrollaron comunidades cristianas de base.

El gran ganador de las elecciones fue el PMDB. Gracias al “choque no ortodoxo” del Plan Cruzado —congelamiento simultáneo de salarios y precios— la población tuvo la impresión de que el gobierno de José Sarney (el sucesor de Tancredo Neves) —una coalición bajo hegemonía del PMDB— ha sido capaz de controlar la inflación que había llegado a niveles mucho mayores al 100% anual en los años anteriores. La popularidad del Plan Cruzado explica la victoria del PMDB y el voto relativamente bajo para el PT y

también para el Partido Democrático de Trabalhadores (PDT) de Brizola, igualmente opositor al gobierno.

Sin embargo, menos de una semana después de las elecciones, el gobierno lanzó el Plan Cruzado II que permitió un aumento de precios mientras los salarios permanecían congelados. La inflación aumentó enseguida y la gente reaccionó con enojo, sintiéndose defraudada por las promesas del PMDB. En Brasilia hubo manifestaciones masivas que fueron violentamente reprimidas por la policía y el ejército; y el 12 de diciembre de 1986, la CUT llamó al paro general (con apoyo de la CONCLAT) paralizando la mitad del país. De acuerdo con el servicio de información militar (SNI) "solamente" 10 millones de trabajadores estaban de paro, pero la CUT afirmó que fueron 25 millones los huelguistas. En ambos casos muestran el descontento masivo con la política gubernamental y el espacio social y político que se abría entonces para la CUT y el PT.*

El interés apasionante con el que ha sido seguido el desarrollo del PT en América Latina y también en Europa surge del hecho de que el PT, aunque ligado estrechamente a características específicas del Brasil en una situación histórica determinada, tiene un significado universal y una gran importancia como un intento casi sin precedentes de ir más allá —dentro del marco de una organización de masas— de los modelos políticos usuales dentro del movimiento obrero: reformismo neo-keynesiano, cretinismo parlamentario, centralismo burocrático, sectarismo doctrinario, substitucionismo (por aparatos). Es un intento modesto, frágil y limitado, enfrentado con innumerables contradicciones y amenazado por peligros considerables; esto, sin embargo, sólo lo hace más importante y más valioso para todos aquellos que, en Brasil o donde sea, aspiran a una democracia socialista.

Referencias

- * El presente ensayo del Sociólogo brasileño Michael Löwy fue publicado con el título "*A new type of party - The Brazilian PT*" en *LATIN AMERICAN PERSPECTIVES*, ed. 55, Vol. 14 Nº 4, en el último trimestre de 1987.
Traducción del inglés al castellano por Katharina Zinsmeister y Marina Bidart.
- * N. del R.: Este espacio fue confirmado en las elecciones de 1988 donde el PT obtuvo 11.000.000, colocó unos 2000 concejales y ganó en un centenar de ciudades entre ellas San Pablo y Porto Alegre, apareciendo como una alternativa cierta para las presidenciales en 1989

MEXICO, FIN DE REGIMEN, FIN DE EPOCA

Adolfo Gilly

1.

México vive una crisis profunda de la conciencia nacional. Emerge desde lo más hondo de las crisis económica, política e institucional, acumuladas y entrelazadas. Estamos todavía en los comienzos—exasperados, tumultuosos, ingenuos, inexpertos— de un movimiento político de masas que sube desde las capas más oprimidas y desprotegidas de la sociedad y arrastra e incorpora, transformándose en el camino, a grandes sectores urbanos e intelectuales, en un verdadero vuelco moral e ideológico de las conciencias y las expectativas.

Es un movimiento que mezcla inseparablemente el desamparo, la desesperación y la esperanza con una inteligencia alerta, todavía desorganizada, y con una decisión de lucha nueva para sus mismos portadores y protagonistas. Las fuerzas de la conservación social y del orden establecido, encarnadas en el régimen y en su partido el PRI, se encuentran ante un desafío desconocido para ellos. Por eso son incapaces de reconocer y de valorar en su real magnitud al enemigo que desde el fondo de México los rechaza, los ataca y amenaza sus posiciones y sus privilegios: la mayoría absoluta del pueblo mexicano.

Estamos ante un país que se ha puesto en movimiento. Sigue y seguirá moviéndose. Es falso que se trate de una mera protesta contra la política económica de austeridad del último gobierno y que, en consecuencia, ese movimiento podría ser contenido y reabsorbido por determinadas concesiones económicas. *El punto de no retorno en las conciencias ya ha sido superado.* Cualquier concesión económica, aun las que el propio movimiento pueda eventualmente arrancar, será vista como un fruto de esta movilización y por lo tanto fortalecerá sus razones y sus convicciones.

Antes, tal vez, el régimen gobernante habría podido postergar o atenuar este proceso, pero a costa de ceder en su programa histórico para este período: la reestructuración del capitalismo mexicano y de sus compromisos sociales y su reinserción en la nueva división internacional del trabajo (meta esencial del gobierno De la Madrid - Salinas de Gortari). Esta opción era inaceptable y, a mediano plazo, mucho más costosa para el propio sistema capitalista que no puede eludir su reestructuración y su readecuación a los cambios mundiales. De ahí la indiscutible racionalidad de los planes económicos del régimen en este último sexenio.

Esta racionalidad, impuesta por el mercado mundial y por sus propios intereses nacionales (como sucedió bajo formas diferentes a partir de la mitad de los años 70 en Brasil, Chile, Argentina, Corea del Sur, Taiwan y otros países de similar nivel de desarrollo industrial), implicaba a su vez, cuando menos, una triple fractura dentro del mismo régimen: con el ala nacionalista y antiimperialista proveniente de la revolución mexicana y del cardenismo, para la cual esa racionalidad era inaceptable porque, ya debilitada, la condenaba a disolverse y desaparecer; con la burocracia sindical charra, agente del Estado en el movimiento obrero y *parte integrante del aparato estatal*, para la cual dicha racionalidad implica en parte una propia y costosa reestructuración y en parte una eliminación de sus extremos más arcaicos y corrompidos; y, en el fondo y sobre todo, con los trabajadores asalariados y las masas rurales y urbanas del país, con su consenso así fuera pasivo al régimen gobernante, con sus ilusiones en su eventual reforma desde adentro alimentadas todavía por la memoria histórica del período cardenista y por las concesiones parciales posteriores, posibles hasta fines de los años 70 gracias al crecimiento pausado pero constante del producto interno bruto y de la curva salarial y al breve pero intenso auge petrolero que postergó la brusca y vertical caída de los años 80.

Esta triple fractura es *irreversible*, mucho más cuanto que el gobierno entrante no puede ni quiere detener el proceso de reestructuración capitalista y de reinserción exportadora en el mercado mundial (*que en lo esencial ya pasó también el punto de no retorno*), sino que tratará de encontrar en los importantes aunque minoritarios sectores sociales beneficiarios de esa misma reestructuración una nueva base política y social para su dominación, una **recomposición social de los sustentos del régimen político** a través del cual esa dominación se expresa. Significa entonces una fractura en las anteriores bases sociales de apoyo del régimen político, en buena parte relegadas y marginalizadas por la reestructuración capitalista, sin que dicho régimen haya

podido todavía generar otras nuevas suficientemente amplias —en otras palabras, recomponerse— como para asegurarse una nueva estabilidad.

Es la apertura de un período de *inestabilidad política estructural*, en el cual el régimen se verá permanentemente tentado a recurrir a la violencia estatal (y paraestatal) para tratar de atravesar con éxito ese período de fragilidad intrínseca propio de este tipo de recomposición y de transición.

La triple fractura implica una ruptura con el régimen y otra ruptura *dentro* del régimen, es decir, una ruptura que se convierte en *externa* y otra que continúa siendo interna.

La *ruptura interna* es la de los charros sindicales. El enfrentamiento de la burocracia sindical corporativa con la política reestructuradora ha ido creciendo. Muchos, en particular en la izquierda socialista, pensaron y esperaron durante años que la ruptura del sistema político y del PRI comenzaría por la burocracia sindical. Dicha idea era resultado de una visión falsa y doctrinariamente “clasista” y de una incomprensión de fondo sobre el carácter del Estado y del régimen político —dos cosas ligadas pero diferentes entre sí— surgidos de la revolución mexicana y de las reformas de los años 30. Los burocratas sindicales corporativos pueden resistir desde adentro determinada política del régimen, pero no pueden romper con éste y proponerse su destrucción porque son parte de él y de su partido estatal. Pueden hacer una “fronda”, nunca una revolución. Por ello, no importa cuán “radicales”, “nacionalistas” y “democráticas” sean las propuestas de algunos voceros “modernos” de esa burocracia, todas ellas se detienen cuando se llega a lo esencial: la independencia de los sindicatos con respecto al Estado, su ruptura con el PRI como partido estatal.

A su vez, por las mismas razones, el régimen político del Estado mexicano puede proponerse una nueva relación con la burocracia sindical y una reestructuración “modernizadora” de esa burocracia, pero no puede buscar su destrucción a través de un funcionamiento democrático de los sindicatos ni aceptar la ruptura de éstos con los lazos de subordinación corporativa que los mantienen dentro del PRI como partido de Estado.

En efecto, en cuanto empezó a ascender la estrella del nuevo cardenismo hacia el último trimestre de 1987, los roces y enfrentamientos entre los “modernizadores” del PRI (los salinistas) y la burocracia de la CTM y del Congreso del Trabajo no desaparecieron, pero pasaron a segundo plano frente al nuevo enemigo que amenazaba al régimen en su conjunto. Colocada entre la amenaza modernizadora del salinismo y la amenaza democratizadora del cardenismo de Cuauhtémoc, la burocracia charra no dudó: cerró filas dentro

del régimen con los “modernizadores” contra el movimiento democratizador. Del mismo modo, colocados entre la resistencia arcaica de los burócratas sindicales a sus planes “modernizadores” y el desafío moderno y democratizador desde abajo del movimiento encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas, los salinistas tampoco dudaron: se aliaron dentro del régimen con los charros contra el desafío democrático de la sociedad.

La disputa entre el salinismo y los charros sindicales es una clásica disputa entre dos fracciones del aparato estatal de un mismo sistema de dominación. Sería suicida para las fuerzas democráticas tomar partido por una u otra.

La fractura dentro del aparato estatal no desapareció, como los hechos lo siguen mostrando día con día, pero sus dos partes subordinaron esa disputa a la lucha unificada *contra la ruptura democrática externa* en la cual identifican al enemigo común que las amenaza: el poderoso movimiento democratizador de la sociedad mexicana que en los resultados de la elección del 6 de julio y en las movilizaciones posteriores mostró la magnitud de sus fuerzas y el dinamismo que las anima.

Este movimiento es, hasta cierto punto, la desembocadura política nacional de muchos años de movimientos sociales importantes pero dispersos por sectores y por regiones. Pero esta unificación en un solo movimiento político nacional de masas hubiera sido imposible sin la previa *ruptura externa* del régimen, por un lado con su ala nacionalista y antiimperialista heredera de la tradición cardenista, por el otro con el consenso que todavía conservaba entre importantes sectores de la población.

Los trabajadores y sectores de masas en ruptura con la dominación política del PRI buscaron en aquella ala, también en ruptura, su dirección política natural, afín a sus propias ideas y tradiciones de organización (y del mismo golpe se cerró en lo fundamental la deriva de votos de protesta de sectores populares hacia el PAN, que quedó confinado a sectores de clase media alta para arriba y a sus antiguas bases regionales, sin lograr superar tampoco su carácter congénito de partido subordinado de régimen). Al hacerlo, dieron a esa dirección política confianza y seguridad en esa decisión de ruptura y la impulsaron a ir más y más lejos frente a la resistencia a todo cambio real y la rigidez del propio régimen.

Esta es la lógica del curso de creciente afirmación y radicalización democrática seguido por Cuauhtémoc Cárdenas y la Corriente Democrática, que buena parte de la izquierda socialista tradicional no supo prever y tardó en comprender (mientras otra parte todavía no lo entendió y posiblemente nun-

Siendo éste un sistema cerrado, totalizador y autosuficiente, la ruptura tenía que producirse desde adentro, cuando las condiciones de reproducción del sistema se hubieran agotado. Es lo que sucedió con la crisis mundial de la segunda mitad de los años 70 y todos los años 80 y con la consiguiente reestructuración mundial y nacional del capitalismo. Pero una vez operada desde abajo y desde arriba esa ruptura del círculo mágico de la legitimidad y el consenso del régimen, el encanto se ha roto. Y quienes, arriba y abajo, estaban ideológicamente presos de él, descubren en un acelerado proceso de lucha e interinfluencia cuyos grandes hitos son el terremoto de 1985, la movilización estudiantil de 1986 en adelante y la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas que culmina el 6 de julio, al *verdadero enemigo*: no tales o cuales malos funcionarios o tal o cual presidente, sino al PRI, al régimen de partido de Estado y a la cárcel corporativa en la cual el aparato estatal tiene aprisionada la vida política, social y cultural de la sociedad mexicana.

Este es el gran descubrimiento y la gran generalización política que cierra una época en el pensamiento y la conciencia de la mayoría de los mexicanos y que se traduce en un hecho histórico: ruptura profunda, radical e irreversible con el PRI como tal y con su régimen político. Es el verdadero punto de no retorno en la conciencia social, que los reformadores tardíos del PRI no alcanzan a asimilar ni a comprender porque cae más allá del horizonte político de su pensamiento, que todavía se mueve en el interior del ya fracturado y desencantado círculo mágico de la ideología del régimen. Ellos preveían y creían preparar un cambio político controlado y desde arriba para salvar al régimen, una especie de pequeña revolución pasiva, y se encuentran ante un cambio político contra ellos y desde abajo, una auténtica revolución democrática. Para ellos, como ha sido dicho por Jorge G. Castañeda, sucedió *lo impensable*.

Esta incompreensión (peor aún, esta carencia de instrumentos mentales para pensar la nueva realidad) es muy peligrosa en quienes detentan todos los instrumentos del poder. Los puede empujar a buscar por la presión y la violencia estatal la recomposición de un modo de dominación política que ya nadie puede recomponer, porque sus cimientos están destruidos en las conciencias, pero para el cual ellos, prisioneros y usufructuarios del círculo mágico incapacitados para concebir una real politicidad mexicana fuera del régimen de partido de Estado, no tienen sustituto posible ni pensable. Este es también, dicho sea de paso, el drama de tanto ilustre y talentoso intelectual de Estado y de sus institutos, colegios, revistas y editoriales.***

3.

La fuerza y la profundidad del presente desafío de la sociedad al régimen del PRI residen en que en ese desafío se combinan un movimiento democratizador del país; un movimiento recuperador de las tradiciones, las ideas y los valores nacionales y antiimperialistas de la revolución mexicana y el cardenismo (es decir, un poderoso cemento unificador ideológico arraigado durante más de medio siglo en la conciencia nacional profunda de las masas); y los prolegómenos de lo que puede ser un movimiento reivindicador de los trabajadores asalariados para contraponer la defensa y la recuperación de sus conquistas a la salida capitalista de la crisis propuesta y dirigida por el régimen.

Este desafío de hoy tiene al menos dos antecedentes remotos. Uno es el movimiento estudiantil y popular de 1968 que en forma espontánea y con demandas democráticas elementales fue el primero que, sin proponérselo al comienzo, se encontró enfrentando globalmente el autoritarismo y la legitimidad del régimen del PRI. El gobierno, fiel a su propia lógica, identificó régimen político y Estado (modo político de dominación y dominación, cómo se gobierna y quién gobierna), tradujo el desafío al régimen como un ataque al Estado mismo y respondió en consecuencia con la represión, la cárcel y la masacre de Tlatelolco.

El otro antecedente es el movimiento de la Tendencia Democrática de los electricistas encabezado por Rafael Galván que, apoyado en un sector obrero con fuertes tradiciones propias, buscó a partir de 1969 recuperar la ideología nacionalista de la revolución mexicana en su vertiente cardenista e iniciar una democratización sindical. Tanto Lázaro Cárdenas como Cuauhtémoc Cárdenas dieron entonces su apoyo a ese movimiento. Aunque la Tendencia Democrática no cuestionaba la dominación del PRI (el propio Rafael Galván era miembro del PRI) sino que planteaba un cambio de rumbo político, el gobierno y el régimen identificaron la amenaza tanto en su propuesta política como, sobre todo, en sus métodos: impulsar movilizaciones obreras y de masas fuera del control del PRI y de su régimen. La respuesta, aunque menos sangrienta, fue igualmente terminante: arrasar a los electricistas de la Tendencia Democrática con despidos, exclusiones y persecuciones, hasta desarticular totalmente el movimiento.

Conviene recordar estos lejanos antecedentes y las respuestas del régimen porque hoy, como no sucedió entonces, ambos desafíos son simultáneos, no sucesivos, y se combinan en un solo gran movimiento político nacional de masas. Este movimiento por un lado suma a sectores del trabajo

urbano y rural que jamás tocaron aquellos antecesores, y por el otro toma una forma de organización política partidaria que expresamente se propone sustituir el régimen corporativo de partido de Estado (ver el llamamiento de fundación del Partido de la Revolución Democrática, del 21 de octubre) por una democracia republicana tal como está en la Constitución de 1917 (gran legitimadora legal del actual movimiento), pero tal como nunca existió en México desde que esa Constitución fue sancionada.

Este curso acerca al país, como lo afirma ese llamamiento, a una *frontera de su historia: la que separa un régimen político de otro, la que conduce a una ruptura del régimen desde la sociedad* porque aquél es incapaz de cumplir las normas constitucionales del Estado y de reformarse en el sentido exigido por el voto ciudadano.

Surge aquí un interrogante teórico y práctico sobre el cual se jugará en el período próximo el destino mexicano. Estado (relación histórico-social de dominación/subordinación) y régimen político (modo político en que se ejerce esa dominación, modo de gobierno) no son lo mismo. La ruptura del Estado así definido entraña una revolución social. La ruptura del régimen político (cuando éste es incapaz de reformarse democráticamente y entra en conflicto autoritario con la sociedad) significa tan sólo una transformación política, *una revolución democrática*, no una transformación social del Estado.

La naciente organización política del nuevo movimiento nacional de masas, el Partido de la Revolución Democrática, se propone precisamente lo que su nombre dice. Es lo que unifica a todas las corrientes y ciudadanos que convergen en él. El interrogante es el siguiente: esta revolución democrática, este cambio radical del régimen político para liberar todas las fuerzas productivas, sociales, culturales, intelectuales y políticas del país oprimidas por el régimen caduco del corporativismo estatal ¿es posible en los marcos constitucionales y sin cambiar la juridicidad definida por esos marcos, es decir, el Estado mismo? El movimiento democratizador responde sin equívocos que sí.

El Partido Revolucionario Institucional y su régimen, hasta el momento, se empeñan en demostrar lo contrario y en crear las condiciones para que su demostración se verifique en la realidad. El PRI identifica a la continuidad de su propio gobierno en el país y en los estados con la supervivencia del Estado mismo, identifica su régimen político con el Estado y pretende presentar en sus dichos (discursos y documentos oficiales) y en sus hechos (fraudes electorales, monopolio informativo, afirmación del corporativismo y re-

presión) a todo ataque al continuismo del PRI como un ataque contra el Estado y sus normas constitucionales.

La respuesta del régimen encierra graves peligros para el país. La historia de muchos países, y también la del nuestro, muestra que allí donde el régimen dominante, frente a una movilización política de masas pacífica y legal que lo cuestiona, se ha atrincherado en la identificación entre régimen político y Estado o entre su propio gobierno y los intereses históricos de la nación, ha llevado invariablemente a salidas y soluciones violentas en uno u otro sentido.

El movimiento democrático mexicano y su dirección han sabido ubicar y eludir hasta ahora el dilema atroz en que lo ha querido colocar el PRI desde el descomunal fraude electoral del 6 de julio y sus secuelas en los fraudes de las elecciones estatales de Veracruz y Tabasco: someterse y subordinarse al régimen y a su lógica o lanzarse al choque violento y a la insurrección. No es desde el lado de la oposición, sino desde el del gobierno que se insiste en hacer más y más estrecho el sendero de la legalidad republicana.

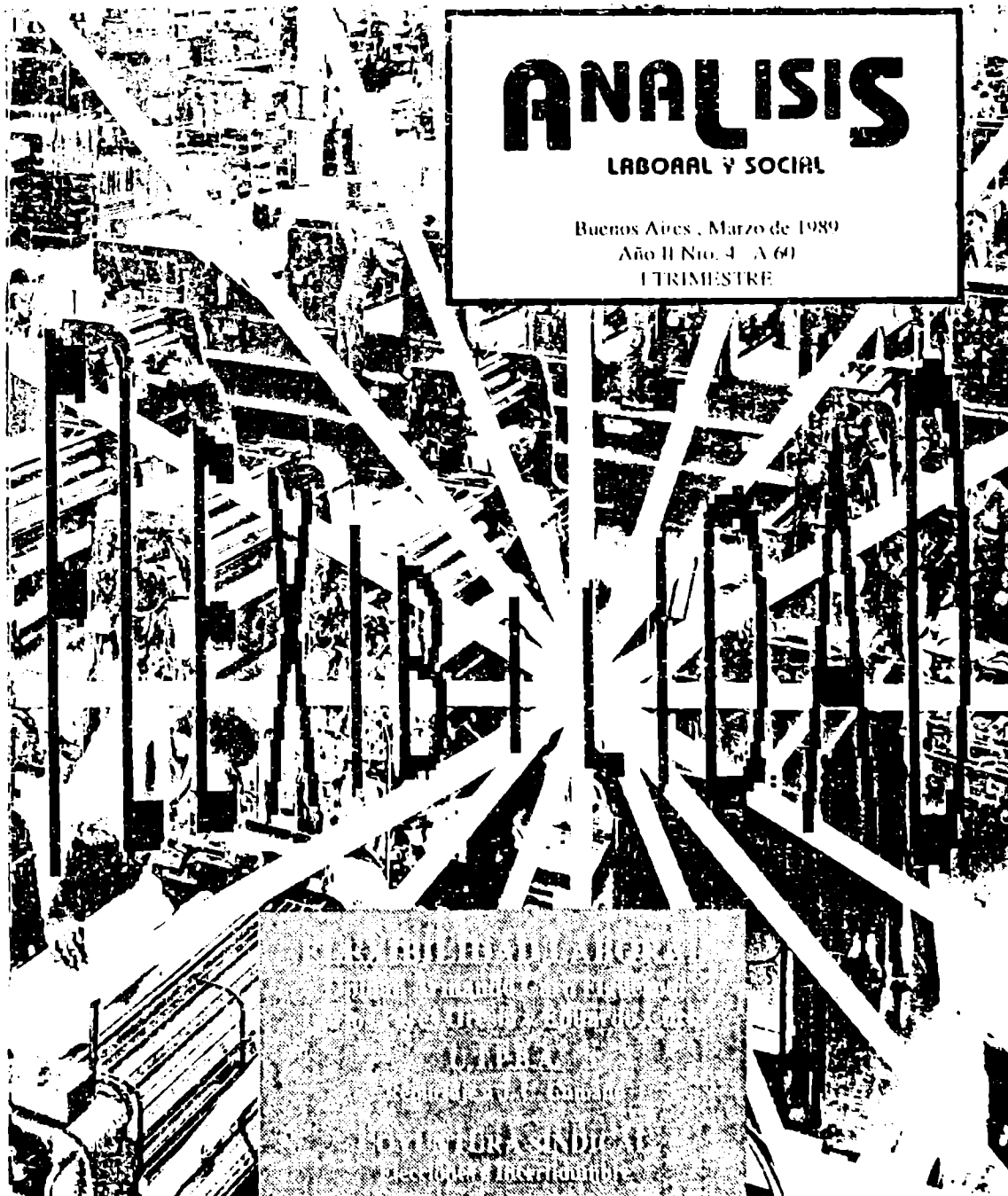
Habrá que persistir en ensancharlo desde abajo movilizándolo a los sectores democráticos reguladores y estabilizadores de la sociedad, para impedir que el régimen quiera ahogar en la inestabilidad, la ilegalidad y el caos de su propia crisis a la emergente organización política de las fuerzas sociales portadoras de la revolución democrática.

México, 12 de noviembre, 1988

Referencias

- Gerardo Avalos propone, en un ensayo reciente aún no publicado, utilizar la expresión "partido del aparato estatal". Me parece justo dar este sentido preciso a la fórmula "partido de Estado" que utilizo a lo largo de este trabajo. Ver Gerardo Avalos, "Notas sobre el partido del aparato estatal", FCP y S, inédito.
- ** Desarrollo estos temas en dos ensayos: "México: dos crisis" (1983) y "La larga travesía" (1985), publicados en Adolfo Gilly, *México, la larga travesía*, Editorial Nueva Imagen, México, 1985.

- *** Dejando a salvo las diferencias cualitativas de sistema social, puede decirse que en el mismo callejón sin salida teórico y práctico se vieron la burocracia política del Estado checoslovaco frente a la ruptura desde arriba y desde adentro de Alexander Dubcek en 1968 o la del Estado polaco frente a la ruptura desde abajo de Solidaridad en 1980-1981. En ambos casos la respuesta al cuestionamiento por la sociedad del régimen de partido de Estado fue la violencia máxima del aparato estatal, el golpe de Estado militar (externo en Checoslovaquia, interno en Polonia) para salvar al sistema de partido único estatal. Una respuesta similar a un nivel más bajo acaba de dar, frente a un desafío semejante, la burocracia política del Estado y el partido único en Argelia: entre 300 y 500 muertos ha sido el costo.



EL PERU ANTE LA ENCRUCIJADA: LA CRISIS GLOBAL Y LAS ELECCIONES

Alberto Di Franco

Noviembre de este año, abril de 1990 son las fechas en las que están convocadas las elecciones municipales y presidenciales respectivamente. Sin embargo, creemos que no es exagerado decir que cualquiera que sea el resultado de éstas, sea el triunfo de una Izquierda Unida (IU) unificada, del Frente Democrático (FREDEMO) o, lo que es menos probable, si no contamos con el fraude, una reelección del APRA, un telón de fondo de incremento de la inestabilidad, de violencia y de polarización de clases dominará una escena, en la que partidos y candidatos intervendrán en elecciones, serán electores y elegidos, pero donde fuerzas mayores —las provenientes de una crisis global inédita, económica, social y del Estado— es la que mueve y determinará el comportamiento socio-político de los actores.

La política económica y la política global del gobierno de Alan García ha oscilado como un péndulo que va desde la llamada “heterodoxia”, que tenía como ejes la expansión de la demanda —más bien el consumo interno— como instrumento para la reactivación del aparato productivo, a una política de estabilización netamente “ortodoxa”.

Este movimiento pendular que va desde la “heterodoxia” a la “ortodoxia” tiene similitudes en las democracias realmente existentes en América Latina. Una ola que, partiendo desde México invade toda América Latina y llega a las democracias del cono sur, intenta hacer tragar a los asalariados la amarga píldora de la crisis, de una recomposición y reestructuración del capitalismo, a través de una política llamada de “concertación social”, de “pactos sociales” a la mexicana, brasileña, argentina o peruana. Lo más probable es que este tipo de políticas económicas que cuentan con el aval de organis-

mos de crédito internacional, como el FMI, el BM o el BID, sean las únicas posibles y compatibles en el marco actual del tipo de inserción de las economías latinoamericanas en la economía mundial (aún contando con las grandes diferencias de países como Perú y Brasil), dominada por la recesión, la contracción del mercado mundial y el proteccionismo creciente de los países desarrollados, que se complementa con la transnacionalización creciente de la economía mundial y de la latinoamericana en particular y que coloca en la cima del poder económico —y en el vacío social— a los sectores financieros transnacionalizados de la gran burguesía latinoamericana. Se ha estrechado la posibilidad de elaboración y funcionamiento de políticas económicas autónomas; éstas tienen que subordinarse cada vez más a la marcha de la economía mundial.

Lejos de resolver los problemas estructurales de las economías latinoamericanas estas políticas las acentúan hasta el paroxismo, profundizando el desarrollo desigual y combinado inherente al capitalismo: achicando los mercados internos, un tercio de la población asociada a este tipo de desarrollo y dos tercios de excluidos obligados a padecer este “crecimiento” concentrador y excluyente (como en el modelo chileno). En el plano político, este proceso de reestructuración capitalista en curso, que tiende a disminuir el peso relativo y absoluto de la clase obrera industrial¹, que recorta las conquistas económicas y sociales de los asalariados en general, no siempre es propicio para estrategias revolucionarias, sino más bien para explosiones desesperadas, sin dirección conciente, como la reciente de las masas venezolanas contra la política fondomonetarista del socialdemócrata Carlos Andrés Pérez. Al ciclo recesivo en las economías² iría acoplado un proceso de crisis del débil sistema democrático, con una pendiente hacia el autoritarismo y la militarización del Estado y la sociedad (con o sin gobiernos militares).

A pesar de toda su prédica tercermundista y antiimperialista en el plano externo y de apoyo a las clases medias de la ciudad y del campo, movimiento cooperativo —fiel a las ideas del aprismo auroral— el gobierno de Alan García ha privilegiado los intereses del sector monopolístico y oligopólico de la gran burguesía y en especial al denominado de “los 12 apóstoles”. Durante los dos primeros años, el gobierno contando con ciertas bases económicas (un colchón de reservas de divisas heredadas del gobierno de Belaúnde y una gran capacidad industrial ociosa) logró expandir la economía a través de un aumento del consumo pero sin modificar en nada los patrones de acumulación y de consumo que son dependientes y muy ligados al exterior. Acabadas esas precarias y coyunturales ventajas, comenzó la debacle de la “heterodoxia”.

En este contexto la medida de estatización de la banca, tomada a fines de julio de 1987 —con mucho ruido y pocas nueces—, con el objetivo de regañar crédito político popular más que de afectar los intereses de la fracción financiera de la burguesía, terminó en una caricatura grotesca entrampada en los laberintos del aparato judicial, de la lucha interna en el APRA. La alianza estratégica que el gobierno había establecido con los grupos de poder-económico y empresarial tenía como objetivo una política concertada de estabilización de precios por un lado y de compromiso de inversión de las empresas por el otro. Ni lo uno ni lo otro se consiguieron y con la pretendida estatización de la banca el gobierno perdió el apoyo de los empresarios sin conseguir el de los trabajadores, campesinos y otros sectores populares. Durante todo este lapso el gobierno se mostró incapaz de organizar un movimiento sindical y popular integrado al Estado. El grueso del movimiento organizado, sindical urbano y rural, así como las organizaciones campesinas y barriales tienen direcciones de izquierda o extrema izquierda. El APRA sólo controla una fracción de la minoritaria y desacreditada CTP y algunas organizaciones campesinas con escasa o nula representatividad y manipuladas a través de relaciones de clientela.

El gobierno no sólo perdió la batalla, sino la iniciativa política que había mantenido en los dos años anteriores. A partir de entonces ésta estará en manos de la derecha, dentro del APRA, donde la iniciativa ideológica y política quedará en manos de la tendencia liberal del APRA, se asiste a una revitalización inédita de la derecha. Esta se va a producir no principalmente a partir de una centro-derechista Acción Popular y un Belaúnde Terry sepultados por el veredicto del 5% de las elecciones de 1985 o del derechista Partido Popular Cristiano (PPC), sino en el alumbramiento de una nueva criatura política —el Movimiento Libertad— impulsado y dirigido en ese momento por el escritor Mario Vargas Llosa (MVL) y por el economista Hernando de Soto, director del Instituto Libertad y Democracia (ILD), autor del publicitado libro “El otro Sendero”; nueva criatura política que se le conoce ahora como la “nueva derecha”. Con una prédica netamente antiestatista que en MVL adquiere ribetes claramente anticomunistas, con un anacrónico pero efectivo discurso dieciochesco de defensa de la propiedad como sustento de la libertad, encajó perfectamente con los caldeados ánimos de sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía media y alta para quienes cualquier medida de estatización olía a comunismo.

La IU tomada de sorpresa ante una medida que no esperaba, que rompía sus esquemas electorales para el '90, en lugar de profundizar los alcances de

la medida, apoyándola críticamente, pero desbordando por la izquierda, movilizándolo a los sectores populares, interviniendo indirectamente en la crisis interna del APRA, quedó paralizada, sin capacidad de iniciativa, consumida en divisiones internas y discusiones ideológicas bizantinas.

El tendón de Aquiles de la “heterodoxia”, como de cualquier política de inserción de América Latina, está en el sector externo. “Los incrementos de la producción en general y del PBI industrial en particular (15,9% en 1986 y 11,6% en 1987) se dieron a costa de 1030.6 millones de dólares que se gastaron —por encima de los niveles de 1985— en los insumos y maquinarias necesarias”.³ Crecimiento de las importaciones, disminución de las exportaciones (por la mayor rentabilidad que tuvo fugazmente el mercado interno) generaron saldos negativos en la balanza comercial que fueron cubiertos con las reservas internacionales que se tenían.

Por reducción del ritmo inflacionario, el salario aumentó su poder adquisitivo, pero mucho menos que la producción y la productividad. La rentabilidad de las empresas fue superior en las ganancias que en los salarios. Estos mejoraron levemente en 1986 (31.6%) respecto a 1985; ya en 1987 comienza a caer su participación en el ingreso nacional, hasta caer en flecha en 1988. La famosa reactivación de la economía, mejoró las utilidades de las empresas que alcanzaron durante el período 1985-87 sus niveles más altos en estas últimas décadas. Lo que sí hubo fue, como dice el autor que citamos más arriba, una “redistribución entre los pobres (desde los pobres con negociación colectiva que perdieron, a aquellos sin negociación que ganaron) dejando intacta la participación de los ricos”.⁴

El estrangulamiento externo generaría los desajustes de los futuros ajustes y después los shocks. Estos comienzan con el “paquete de marzo de 1988 (que generó una inflación del 22.6% para ese mes y del 17.9% para abril). La idea del llamado “gradualismo”, en apariencia como alternativa más benigna que el shock (en realidad significó el aumento de los precios en más de 30 veces en un período de 14 meses), era la de reequilibrar la economía en un plazo de 18 meses. Con el paquete de julio de 1988 la inflación anual acumulada ya superaba los 200%; en el mes de agosto llegaba al 356%. Con un ritmo anual que se acercaba a los 1.000% la temida hiperinflación se hizo realidad. A partir de septiembre de 1988, comienza una política de asalto a los ingresos de los asalariados, cuyos sectores más bajos comienzan a sentir los efectos del hambre y de todas sus secuelas. Este devastador “gradualismo” que aparece como no orientado por el FMI tiene en realidad sus mismos efectos y persigue los mismos objetivos: parar en seco la demanda disminuyen-

do la capacidad de consumo de la población, producir recesión aguda acompañada por una hiperinflación que es el medio para operar una masiva y profunda redistribución del ingreso. “Esta política ‘ortodoxa’ es exitosa si durante el proceso de aceleración de la inflación, el dólar y los combustibles suben por el ascensor mientras que los salarios se arrastran por las escaleras”.⁵

A partir del mes de enero de 1989, el actual ministro de Economía y Finanzas, Rivas Dávila, bajo el nombre de Plan de 4 meses (febrero-mayo) anunciaba un cronograma de alzas con velocidades diferenciadas, como se menciona más arriba. Mientras el dólar MUC (oficial) se incrementó en 100% (de Intis 700 a 14000) y la gasolina en 96% (de I. 970 a I. 1900 el galón); el ingreso mínimo (que es el salario más protegido) aumentó 80% (de I. 34000 a I. 61500). Si se considera que la inflación de los tres primeros meses de 1989, es superior a un 40% mensual, y proyectándola hasta fin de año —de mantenerse el mismo tren de alzas— llegará a los 6000 anual. Esta hiperinflación desmorona el poder adquisitivo de los salarios: lo que aparece como aumento en salarios nominales es consumido por las alzas de precios en términos reales.

La respuesta del movimiento social, la represión del gobierno y el surgimiento del comando paramilitar Rodrigo Franco

El número de huelgas subió en pico desde el comienzo de 1987, es decir, coincide con el fin de la reactivación “heterodoxa”. El mayor número de huelgas ha sido por negociación colectiva (más de 300 en 1988).

Por la importancia de la minería en la economía (más del 50 % de las divisas del país tienen ese origen), la huelga de los trabajadores mineros ha tenido una importancia fundamental en la lucha defensiva que lleva la clase obrera peruana. La primera huelga, que duró un mes (17/7/ al 18/8/1988), que estuvo acompañada de marchas de los mineros y sus familias a Lima y Arequipa, terminó con el reconocimiento presidencial de la legalidad del pliego nacional presentado, y la suscripción de un acta el 17 de agosto. En ella, aparte del reconocimiento de la jubilación a los 45 años, se obtuvo como Federación Nacional de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Siderúrgicos del Perú (FNTMMSP) el derecho a la *negociación colectiva por rama*, articulada a la negociación de base. En una estructura sindical como la peruana, atomizada en sindicatos por fábrica, mina, etc., donde el sindicato por rama y la central única son necesidades imperiosas, el reconocimiento jurídico de

la FNTMMSP adquiere relevancia en la larga lucha de los mineros y del resto de la clase obrera peruana.

Aún aceptado el pliego, la patronal minera se negó a aplicarlo. La huelga se reinició el 18 de octubre y se mantiene durante 57 días en medio de una masiva e histérica propaganda de la Sociedad Nacional de Minería contra la dirección a quien se acusó de terroristas. Durante todo ese período se desató una brutal represión contra los mineros y sus familias, con decenas de trabajadores detenidos, heridos, torturados y desaparecidos. El enfrentamiento culmina el 13 de febrero de este año cuando Saúl Cantoral, secretario general de la FNTMMSP y del sindicato de obreros de HierroPerú y Consuelo García, militante social, minera y barrial, que en esos momentos acompañaba a Cantoral, caen asesinados, presumiblemente por el comando paramilitar Rodrigo Franco, de quien Saúl Cantoral había recibido anteriormente amenazas e intentos de asesinato.

La Sociedad Nacional de Minería ya había creado las condiciones para el atentado. La autodefensa de masas surge como una necesidad para proteger a las organizaciones sindicales, barriales y campesinas.

Por supuesto que no podemos enumerar todas las huelgas importantes, que han sido muchas; en estos últimos días terminó una larga huelga de los empleados del Estado, textiles, bancarios; está a punto de comenzar una huelga de los maestros agrupados en el combativo SAUTEP. A la ola de huelgas el gobierno ha respondido con una violencia creciente -que han transformado las calles del cercado de Lima (el centro histórico) en un verdadero campo de batalla- con cientos de detenidos heridos -incluso de perdigones en los ojos-; a esto se suma el empleo del recurso -clásico en la Argentina de la dictadura militar- de la represión selectiva a dirigentes sindicales medios y de base y las desapariciones. Han pasado ya más de tres meses desde que Oscar Delgado Vera secretario general del Sindicato Unico de los Trabajadores de Aduanas, fuera secuestrado en horas de la noche cuando acudía a una reunión sindical. Unos días antes de su detención su casa fue allanada por la policía. Desde ese día no se supo más nada de Oscar Delgado. En la primera quincena de diciembre de 1988, otro trabajador del Ministerio de Economía y Finanzas, ex fundador de la CITE, apareció muerto, baleado, al parecer por el comando Rodrigo Franco. La lista continúa y se extiende todos los días. En el otro polo de la violencia Sendero Luminoso asesina a dirigentes sindicales que no se le someten (asesinato de dirigentes mineros en Cerros de Pasco y Morococha que se oponían a la huelga).

Los diferentes grupos de Derechos Humanos en el Perú han registrado

cerca de 280 desapariciones en 1988, la mayor parte de ellos ejecutados por la FF.AA., quien somete a sus detenidos a torturas y maltratos.

El 19 y 20 de julio se realizó con un resultado mediocre, un paro general convocado por la CGTP y Asamblea Nacional y Popular (ANP), ambas con dirección predominante de los diferentes partidos y tendencias de IU.. El 13 de octubre, ¡un mes después del paquetazo de setiembre!, la CGTP convocó a otro paro nacional, sin ninguna preparación anterior, que resultó un semi-fracaso por la escasa o nula participación de las bases y con una represión brutal de la policía que ha comenzado a utilizar la táctica de la amalgama de los dirigentes sindicales como terroristas.

El campo no ha quedado a la zaga. Este verano una ola de huelgas campesinas en la sierra sur: huelga indefinida en el Cusco que duró cerca de 3 semanas, que fue seguida por otra de los campesinos y agricultores de Apurímac, Puno y Huancavelica, todas coordinadas por la Confederación Campesina del Perú (CCP). Las huelgas campesinas, cuyo aspecto más espectacular es el bloqueo de carreteras, es acompañada por los demás sectores locales de la producción afectados por la crisis.

Por otro lado, en la ciudad de Pucallpa, capital del departamento de Ucayali, en la selva, se realizó en los primeros días del mes de febrero una intensa movilización de todos los sectores populares de la población bajo la dirección del Comando Regional popular de Ucayali, especie de frente interclasista, que agrupa a CGTP, choferes, pueblos jóvenes (ex-barriadas), construcción civil, Federación Campesina, SUTEP y otros gremios y sectores, que retomaba la histórica movilización de los frentes regionales de la década del '70. Como culminación de esa movilización, el 9 de febrero con la participación de Hugo Blanco como dirigente nacional de la CCP, se realizó un mitín que terminó en un baño de sangre con 29 campesinos asesinados y cientos de detenidos entre ellos el mismo Hugo Blanco.

A pesar de este despliegue de combatividad y energía, obrera, campesina y popular, estas luchas por su falta de coordinación nacional y regional, aparecen y desaparecen en forma escalonada, en orden disperso y sin una articulación política que supere las estrecheces de las demandas puramente económicas, salariales o de defensa de precios agrícolas de refugio, a un programa ofensivo de propuestas de política económica para enfrentar la crisis. Como veremos más adelante, las direcciones de IU como de la CGTP aparecen increíblemente lentas, inoperantes y pasivas frente a una miríada de *luchas defensivas*, que podrían cambiar cualitativamente si tuvieran dirección política y organización nacional. Contrasta el activismo y la preocupación de

la mayoría de la dirección de IU por el problema de las candidaturas y su falta de atención en la organización y capitalización política de estas luchas. El resultado es un divorcio entre el movimiento social, los partidos políticos y la IU. Es en este contexto de vacío político de alternativas que es necesario ubicar la acción de Sendero Luminoso y del MRTA (Movimiento Revolucionario Tupac Amaru).

Ambos han recibido duros golpes organizativos con la detención de Osmán Morote, segunda o tercera figura en la organización de SL y del “chino” Víctor Polay Campos, aparentemente el líder máximo del MRTA.

A los dos grupos los separan profundas diferencias políticas, organizativas, de composición social y de perspectivas. El MRTA se dice “no terrorista” y partidario de una revolución de masas. No se enfrenta a las organizaciones de éstas, sino que trata de insertarse en ellas, con el objetivo de cooptar a dirigentes y militantes. Manifiesta tener vinculaciones con el M-19 de Colombia, “Alfaro vive” de Ecuador y de otros grupos guerrilleros y de adherir al internacionalismo revolucionario. Parecería que sus apariciones públicas a destiempo en la selva, sus acciones de guerra con guerrilleros uniformados y no mimetizados como lo hace SL, su derrota en la selva a manos del ejército por un lado y, aparentemente, de SL por el otro, lo han debilitado en esa región: ahí donde este último se ha reforzado con su alianza con los campesinos cocaleros y los narcos. Es posible que el MRTA termine apoyando críticamente a IU en las elecciones, como lo hizo con la ANP durante su primer congreso.

Con SL sucede algo muy distinto. No sólo no intenta dialogar con IU, sino que la califica como un obstáculo para la revolución y un enemigo. Ha amenazado y asesinado a dirigentes obreros y campesinos de IU por negarse a aplicar sus órdenes. Busca la derrota política de IU. No le interesan las elecciones, su proyecto es de largo plazo y se resolverá a través de una “guerra popular y prolongada”. Por el momento su accionar está dominado por la “acumulación de fuerzas” y el desgaste del régimen. Es un grupo compacto, monolítico en la jerga stalinista, sectario —rechaza alianzas o frentes con cualquier otra organización—, con una visión mesiánica de su rol en el Perú y en el mundo⁶; se dice marxista-leninista-maoista-pensamiento Gonzalo y tiene un discurso dogmático, lleno de estereotipos que se repiten constantemente. Sin embargo, sería equivocado considerarla una organización carente de vida política interna o del juego de corrientes y tendencias. Está imbuído de una mística y de una disciplina, de la que carece IU, que hacen de su relativa pequeña organización un instrumento tremendamente efecti-

vo no sólo en términos militares sino políticos. Podríamos calificarla como una gran voluntad política organizada. Si bien es cierto que SL no es la expresión del proceso de elevación de la organización y la conciencia de clase del movimiento popular en la década de los '70, sino más bien expresión de su estancamiento, en el último año SL ha modificado su accionar político con respecto a las organizaciones de masas y ha desplazado o compartido el eje rural de su actividad hacia la ciudad y el proletariado. Ha llegado a la comprensión que la explosión y el cambio demográfico han modificado la disposición espacial de la población: el 65% ahora está en las ciudades. El campesino es hoy una minoría; los campesinos indios de los Andes se han convertido en los "cholos" urbanos de Lima y otras ciudades. La estrategia de cercar las ciudades desde el campo debía ser puesta en cuestión. Ya no se trata de cercar a Lima desde el campo, sino al centro y a los barrios ricos desde las poblaciones jóvenes. Ha acentuado su penetración en las organizaciones sindicales, por ejemplo en los sindicatos industriales de la Carretera Central, que une a Lima con Huancayo, propiciando la realización de "paros armados" que han terminado en el fracaso. A diferencia de lo que hacía anteriormente, interviene en los mítines de las organizaciones de masas —acto del 1º de Mayo, mítines con motivo de los paros generales— donde compite, manifiesta y agrede a los militantes de IU, llegando —un sector de sus militantes— a desfilar fugazmente por las calles céntricas con el rostro vendado y el puño en alto. Ha realizado varios paros armados en su antiguo bastión en la sierra, en Ayacucho, también en Apurímac y los ha extendido a Huancayo. En todos estos casos, la mayor o menor presencia del ejército determina el éxito o fracaso relativo de estos paros, donde la población se encuentra entre dos fuegos. Ha sufrido y continúa sufriendo golpes organizativos (posiblemente magnificados por inteligencia de la policía y el ejército) pero da muestras de una prodigiosa cualidad de recomposición y reorganización, organizando ofensivas en diferentes partes del país: desde el aniquilamiento de la guarnición policial de Uchiza en manos de un ejército de 300 guerrilleros en la primera semana de abril, hasta acciones en Ancash, Arequipa, etc. Todo lo cual nos lleva a concluir que SL es una organización que utiliza medios militares, autoritarios y violentos como fue toda la historia de este país, y que, en esta combinación de terror y consenso, en diferentes ámbitos geográficos y sociales (no es lo mismo trabajar con un campesino comunero de la sierra que con un agricultor cocalero de la ceja de selva), sigue creciendo y aumentando sus bases sociales, sobretudo en regiones donde el Estado ha sido y es inexistente y donde IU obra más como una parte de es-

te Estado, antes que portadora de un nuevo régimen. A nivel nacional existe en el movimiento popular la certeza de que el protagonismo, y la organización popular de base, son los mejores instrumentos para neutralizar o impedir el accionar autoritario de SL. Pero de nada servirán estos organismos de masas si terminan por ser captados por el Estado o el ejército en su lucha contra SL, como se intenta ahora con las “rondas campesinas” en diversas zonas del país. No se puede luchar con éxito contra una fuerza política que utiliza métodos autoritarios y violentos con las masas, pero que es portadora de una utopía salvadora, de un Estado de nueva Democracia, aferrándose a las instituciones de un Estado históricamente represor. Centralista, racista y antinacional. A éste último las masas indias, cholos, mestizas, zambas y mulatas, pobres y discriminadas racial y étnicamente, ya lo conocen; nada pueden esperar de él.

SL está agudizando el proceso de polarización nacional, pero lleva al golpe de Estado y no a la revolución.

Las detenciones de senderistas demuestran que SL continúa creciendo en capas de jóvenes urbanos pobres, la mayoría sin trabajo o eventuales, sin perspectivas de poder modificar su situación, prácticamente sin futuro y en donde la miseria extrema es una fuente permanente de violencia a la dignidad humana. Muchos de ellos son estudiantes, o informales y para quienes el Estado y la sociedad “formal”, incluida IU, les ofrece poco o nada.

Parece ser que en las zonas de selva y ceja de selva, Tocache, Uchiza, Tarpoto, SL ha pasado de la táctica de cobro de “cupos de guerra” a los narcotraficantes que se veían precisados a atravesar sus zonas de influencia, a tratar de corroer al “enemigo principal”, al imperio USA, desde la raíz, es decir, de inundar el mercado norteamericano de cocaína. Para ello establecen acuerdos con los pequeños y medianos propietarios rurales⁷ y a las cooperativas, a los que “convencen” de abandonar sus sembríos por la coca, ofreciéndoles a cambio protección frente a los intermediarios. Los campesinos sólo deberán cultivar géneros alimenticios para la autosubsistencia, mientras que todas las superficies restantes habría que dedicarlas a la coca. En una segunda etapa habría reemplazado a los intermediarios; ahora son ellos los que negocian directamente con los narcotraficantes imponiendo precios —de ahí los enfrentamientos con los primeros— lo que les haría quedarse con la mayor tajada. Secundariamente ha mantenido una guerra —victoriosa— con el MRTA por zonas de influencia. Según la policía, es a través de sus relaciones con la mafia colombiana de la coca donde SL se aprovisiona de armas extranjeras.

Si a todo esto sumamos un aumento de bandolerismo puro y simple, urbano y rural, pero sobretudo este último, hace que zonas enteras del país funcionen, aunque no lo sean formalmente, como “territorios libres”, en muchos casos sin autoridades civiles, ya que los alcaldes —en su mayoría apristas— y otras autoridades estatales han sido asesinados por SL y no hay nadie que se atreva a ocupar sus puestos.

Los empresarios, la derecha y la “nueva derecha”

El proyecto de estatización de los bancos privados tomada por Alan García en agosto de 1987, en momentos en que la ‘heterodoxia’ hacía agua y con ella la volatilización de la confianza de los empresarios en la inversión en el país y la precipitada fuga de capitales, puso fin al acuerdo del gobierno con el gran capital monopólico. Acuerdo que nació enclenque en su gestación ya que los empresarios carecían de una representación partidaria y parlamentaria propia, de un lobby de presión ligado directamente a ellos: el vínculo se estableció directamente entre el ejecutivo -la Presidencia- y los apóstoles”.

La derecha utilizó las vacilaciones y la lucha interna, en el policlasista y heterogeneo Partido Aprista Peruano (PAP), con una bancada aprista de senadores en su mayoría opuesta a la estatización, en la indiferencia de IU, para desatar una oleada antigubernista basada en la reacción histérica de sectores de las clases burguesas altas y medias, que veían en la estatización de la banca los prolegómenos del comunismo, el comienzo del fin de la propiedad privada y de sus privilegios, no sólo económicos sino étnicos-culturales. Sectores de la derecha golpearon la puerta de los cuarteles, sin obtener respuesta.

Quién mejor sintonizó con estos sentimientos y preocupaciones fueron Hernando de Soto, utilizando las estructuras del Instituto Libertad y Democracia (ILD) y el escritor Mario Vargas Llosa quién “empezó su blitz en defensa de las libertades amenazadas por el Estado populista peruano, presentando ya no como el ogro filantrópico a que se refiere Octavio Paz para criticar al Estado priísta mexicano, sino como un *ogro misántropo* al borde del totalitarismo a pesar de su carácter democrático y representativo”.⁸ En el mítin del recién constituido Movimiento Libertad, Vargas Llosa debió calmar

los ímpetus golpistas de su auditorio que coreaba el sonsonete: "ya va a caer.!!! "A partir de allí, MVLI planteó, desde una posición de fuerza, la unidad de su movimiento con AP y el PPC como parte de una nueva forma de unidad de la derecha política entre sí y con el empresariado"⁹.

Este sector a quien el autor antes citado califica como la "nueva derecha" nació aproximadamente 7 años en torno al ILD, que a su vez fue fundado por Hernando de Soto y MVLI a fines de la década de los '70. "Su propósito es modernizar el capitalismo peruano a través del liberalismo, y sus consignas son el rescate del tiempo perdido en la polémica de ideas con la izquierda y el populismo aprista, el adosamiento de un mensaje político al discurso económico liberal, y la separación de la idea de derecha de la de conservadurismo ante la opinión pública".¹⁰

Se diferencia de la vieja derecha porque enarbola posiciones netamente antiestatistas y manifiesta que todo el aparato productivo del gran capital en el Perú depende de la protección estatal, postulando la apertura de la economía, el desafío real de una competitividad, el libre juego de los mecanismos de mercado y la competencia interna, lo cual le acarrea no pocos problemas con un gran empresariado que lucha por un liberalismo muy especial, es decir, que sólo está contra un tipo de intervención estatal, la que lo somete a controles y desvía recursos acumulables privadamente, a los gastos sociales, pero que exige la protección del estado a sus privilegios monopólicos. Es decir, un liberalismo que, como dice el chileno Ricardo Lagos, socialice sus pérdidas pero capitalice privadamente las ganancias.

Hernando de Soto, quien no ha apoyado a MVLI en la constitución de Libertad como partido político, integrante del Frente Democrático (FREDEMO), ha sido con el ILD y su mundialmente conocido best-seller, "El otro Sendero" quien ha proporcionado en realidad la materia gris de esta nueva derecha. En torno a sus ideas estaría en germen un diseño de proyecto nacional¹¹. Sin embargo, Hernando de Soto se ha deslindado de las posiciones visceralmente anticomunistas de MVLI. De Soto no se limita a la crítica tradicional que la derecha hacía del Estado como competidor ineficiente del sector privado, sino que lo denuncia como antipopular, ya que el papeleo y los trámites burocráticos frena las iniciativas del pueblo, descrito ya no como un conjunto de pobres sino como *sector privado popular*, y a los millares de desempleados en sus diversas modalidades a los que él llama "informales", a quienes transforma en empresarios que serían los potenciales salvadores, mediante una cruzada liberal, del orden económico-liberal, del orden económico-social populista del Estado. La lucha en este caso, no es contra el régi-

men capitalista, sino contra el Estado y su burocracia, culpables de todos los males. La solución sería un capitalismo sin Estado, posición que ha sido caracterizada como una especie de anarquismo de derecha. Mario Vargas Llosa extiende esta conclusión al plano político: el Estado sería el limitador y potencial cancelador de las libertades individuales. No es el propósito de este trabajo, pero creemos que es necesario investigar más a fondo cuales serán las vinculaciones ideológicas entre este “anarquismo de derecha” y la evolución del capitalismo contemporáneo, la internacionalización del capital, los conflictos Estado vs. Transnacionales en la determinación de la política económica (que marca el fin de las políticas de regulación keynesianas y postkeynesianas válidas en el plano nacional pero no para una economía transnacional), de las formas peculiares de asociación del proceso de concentración y centralización del capital con la descentralización de los procesos productivos, vinculado a un nuevo paradigma de unidad industrial -empresas más pequeñas con una tecnología, automatizada y robotizada, más flexibles- y de la asociación en grandes conglomerados con miríadas de pequeñas empresas, incluso familiares (una especie de nueva versión del put-out system-trabajo a domicilio de la época de la revolución industrial), *totalmente dependientes* de capital, crédito y de los planes de producción y distribución de los conglomerados. La forma en que personajes como Reagan y otros de la administración americana, la difusión y el marketing latinoamericano y mundial con que ha contado “El otro Sendero”, la constitución de instituciones similares al ILD en Colombia y Venezuela, podrán estar indicando una estrategia de largo plazo unidas a un proyecto político de sectores del gran capital transnacional.

Pero no todo es fácil ni de lineal progresión para la nueva derecha. Las dotes literarias y la sensibilidad artística de Vargas Llosa no corren parejas con el MVLI candidato a presidente. El país económico-social real parece ser bastante distante de un mundo de “libertad” cuyo sustento es la propiedad: en Perú en donde los desempleados y subempleados de la población superan a los empleados en la PEA. Además, en un país, donde la sociedad tiene un carácter patrimonial, donde todo el mundo mamó y dependió de las ubres estatales (precisamente por la debilidad histórica de la burguesía local), incluido el gran capital monopólico actual, presentar el Estado como un “ogro misántropo” está bien como caballito ideológico de batalla contra la estatización de la banca pero no para plantearlo todos los días y en todos los terrenos. Las primeras incursiones electorales de MVLI han terminado en el fracaso.

Ahí mismo donde el cuasi octogenario Fernando Belaúnde Terry llena plazas, Vargas Llosa no ocupa las primeras filas de butacas de los teatros de provincia. Hay un evidente desfase entre su accionar electoral —demasiado tajante y exento de flexibilidad— y los estilos políticos locales. O MVL cambia o el FREDEMO deberá cambiar de candidato. Las resistencias, sobre todo en AP, son ya muy grandes. Desde ya en las próximas elecciones municipales de noviembre de 1989, el FREDEMO no se presentará unido sino en orden disperso. La idea es que AP y PPC, que tienen un electorado propio que se ha reactivado en la última etapa, quieren, a través del test de las elecciones municipales, de medir fuerzas —una especie de veamos quién es quién— y determinar cuotas de poder para las candidaturas de las elecciones presidenciales y parlamentarias de abril de 1990. Altos dirigentes de AP, desde su secretario general hasta el ex-primer ministro Ulloa se han pronunciado contra la candidatura de MVL. Aunque Belaúnde afirme lo contrario su candidatura comienza ya a perfilarse en filigrana.

La IU, las elecciones y el socialismo

“IU comprende la mayor parte de la izquierda marxista, a la izquierda socialdemócrata, cristianos ligados a la Teología de la Liberación y personalidades independientes”. “Fuera de IU se encuentra un bloque formado por la Unidad Democrática y Popular (UDP) y Pueblo en Marcha que expresan el estilo de lucha de los años '70, centrado en la confrontación. Aunque actúa legalmente, a diferencia de IU no ha participado en los diferentes comicios electorales y habitualmente se considera que tiene vínculos con el MRTA”.¹² Los diferentes grupos trotskistas han hecho la diáspora en los diferentes partidos de IU —principalmente en el PUM, como Hugo Blanco, por ejemplo— y fuera de IU, y algunos se han reagrupado en un pequeño Partido de los Trabajadores (PT) siguiendo el ejemplo del PT brasileño.

El 1er. Congreso Nacional de IU realizado en enero de este año en Huampaní, con la presencia de 3200 delegados ha significado una de las actividades políticas más importantes de este país y el mayor acontecimiento en la vida de la izquierda legal que tiene más presencia política en América Latina. Lo pacífico del Congreso —aunque agitado y tenso en las discusiones y los coros de las barras partidarias— contrastó con el caos del congreso aprista que terminó a las patadas. Sin embargo, el congreso no terminó con las luchas internas de IU ni dejó como saldo una dirección compacta, sino que con-

tinua siendo lo que fue: una confederación de partidos, de no partidarizados y de personalidades. A pesar de los flujos y reflujos la posibilidad de una ruptura está presente.

Los 3 grandes bloques que dominaron la escena del congreso son los que conforman actualmente la actividad política de IU, a pesar de la elección de la dirección unificada del Comité Directivo Nacional (CDN). Estos bloques son, *uno de izquierda*: la coalición del PUM, UNIR y FOCEP (pequeño partido de Genaro Ledesma); *uno de derecha*: la entente de la Convergencia Socialista (integrada por el PSR —originado en el partido militar velasquista) y Los no Partidarizados barrantistas), el PCR y los Comités Regionales Mariateguistas del diputado Tapia (una escisión derechista del PUM); un centro, que está representado fundamentalmente por el PCP y en el que hay que incluir a personalidades independientes como Henry Pease, Ames Cobian, Javier Iguñiz —los tres católicos de izquierda— y a los disidentes centristas del PUM, que encabeza Santiago Pedraglio.

La izquierda acusa a la derecha de propiciar un Gobierno de Unidad Nacional; esta última ataca al bloque rival de posiciones vanguardistas y militaristas y se pronunció en contra de las propuestas del PUM relativas a una huelga general indefinida y el adelanto en las elecciones generales, propuestas que fueron derrotadas en el Congreso ya que contaron con el voto contrario de la UNIR.

Uno de los momentos culminantes del Congreso fue sin duda la elección del CDN, que a pesar de las declaraciones de los dirigentes de la Convergencia que manifestaron haber derrotado las posiciones “militaristas, infantilistas y vanguardistas”, fue favorable al centro y a la izquierda. A mano alzada, sin la presencia de la Convergencia que se había retirado del congreso, éste decidió consagrar la decisión mayoritaria del CDN de que la mesa directiva del congreso asumiese transitoriamente las funciones de CDN de la IU. Se eligieron siete nombres y el octavo quedó en reserva. Posteriormente, y hasta hoy, Convergencia Socialista desconoce la elección a mano alzada de los 7 miembros. Los peligros de escisión que el congreso parecía haber alejado se replantearon nuevamente. Mientras IU realizó hace un mes un mitín en Pza. San Martín, con la asistencia de un sector no muy grande de los militantes de IU, Convergencia Socialista, el PCR y el Movimiento Socialista de los No Partidarizados, convocaron el 11 de marzo a otro mitín en la plaza de toros de Acho, con una concurrencia inferior a las 15000 personas. Anteriormente a este evento, Alfonso Barrantes hizo declaraciones al “Excelsior” de México, en las que admitió la existencia de una grave crisis en IU,

cuya unidad calificó de fetiche. Manifestó que esto se debe al sectarismo y falta de visión de sectores vanguardistas y militaristas, pero también al enfrentamiento de concepciones democráticas e insurreccionales. Recordó la dramática experiencia de la UP en Chile y la poco seria experiencia de la UDP boliviana en el gobierno y dijo que IU debe preguntarse si es posible un gobierno frentista, ya que las actuales contradicciones son de tal naturaleza que ponen en cuestión su viabilidad. Posteriormente a esta declaración, en el mitín de Acho y en otras entrevistas, Barrantes ha modificado el discurso pesimista y de enfrentamiento, haciéndolo más "unitario", reconociendo como suyo el programa aprobado en el congreso de IU. Sin embargo, lo que surge de la confrontación de posiciones de las direcciones de los distintos sectores que componen la IU, es que la mayoría de ellas está volcada predominantemente al problema de las elecciones y las candidaturas. Una primera conclusión es el divorcio que existe entre la dirección política y el movimiento social. Como ya lo hemos hecho notar anteriormente el número de huelgas subió en flecha durante 1988, lo mismo que las movilizaciones campesinas y en las barriadas. Sin embargo, esta extensa movilización social no logra articularse, ni integrarse en un movimiento ofensivo, sino que aparece en orden disperso, uno tras otro y con un carácter defensivo y reivindicativo. El movimiento popular organizado por falta de organización y voluntad política de coordinación nacional por parte de IU, de la CGTP y CCP, organiza protestas pero sin propuestas. Más que todos los discursos, las declaraciones políticas y los compromisos programáticos sobre la necesidad de transformar a IU "de Frente Electoral en Frente Revolucionario de masas", o en la "necesidad de crear un poder popular", está presente este divorcio. La mayoría de los partidos de IU han sido ganados por el parlamentarismo. "IU ha caído dentro de la trampa de los valores del establishment"¹³. Como dice el mismo autor en IU "la utopía es arrasada por el pragmatismo", es decir, "Se generó una pérdida de liderazgo político entre lo razonable y lo deseable. Lo razonable ahora se inscribe en lo permisible por la burguesía y no en lo deseable por el pueblo".¹⁴

A pesar de su sectarismo y su accionar político/militar Sendero amplía su base social y continúa ganando adeptos porque IU, al confundirse con la crisis del Estado no aparece con una alternativa propia. No demuestra tener voluntad ni una estrategia de poder. La crisis económica y global actual está operando una recomposición del aparato productivo. Está en germen un nuevo modelo de acumulación que traerá como lógica consecuencia, profundos cambios en la sociedad, en las relaciones de fuerzas entre las clases so-

ciales. Es decir, esta etapa de transición económica va a implicar también profundas transformaciones políticas. “El mecanismo que favorece la reestructuración en favor del capital monopólico de usura es la recesión hiperinflacionaria; es decir, la abrupta caída de los salarios e ingresos, el aumento del nivel de desempleo y subempleo, la eventualización del empleo, la atomización, las quiebras productivas, además de otros elementos de orden jurídico-estructural que están en vías de implementarse (ley de huelgas, eliminación de la estabilidad laboral, zonas francas, ley de EE.PP., inversiones extranjeras y capitales en general, etc.). En las condiciones presentes el capital monopólico de usura requiere, para valorizarse, un contexto de disminución y concentración de la base económica-material, lo que parece ser la tendencia hacia otro eje de acumulación, un mayor y nunca visto nivel de explotación de la fuerza laboral y el conjunto de otros estratos sociales”.¹⁵

A pesar del llamado “gradualismo” del gobierno estamos asistiendo a una política de shock ortodoxo, fraccionada en paquetes. Frente a esta situación IU no tiene un plan de acción y movilización en torno a propuestas de política económica alternativa. De ahí que la discusión de cúpulas haya adquirido un carácter puramente ideológico. En estas condiciones no es que se pueda ser muy optimista en el pronóstico de la situación. No es muy seguro que IU vaya unificada a las elecciones y aún si va, la percepción general es que esta unidad será precaria. Si Barrantes es el candidato negociado de una IU unificada, es difícil predecir lo que sucederá, no sólo en el seno de la izquierda sino en sus relaciones con las FF/AA, la derecha y el movimiento popular. Si IU se rompe es lógico que no ganará las elecciones. Por la derecha, por otro lado parece perfilarse la candidatura más unificadora de FBT. Ni tampoco es totalmente seguro que se llegue a elecciones, no sólo porque se anticipe un improbable golpe de estado, sino por la profundización de la “guerra sucia” y el establecimiento de virtuales “territorios liberados” en diversas zonas del país y que en estos días han cobrado mayor presencia con el ataque, inédito hasta ahora, de un pequeño ejército de 200 hombres de SL, a un cuartel policial de la ciudad de Uchiza, en la ceja de selva del Dto. de San Martín. Debido a esta “guerra sucia”, el 33% del territorio nacional se encuentra en emergencia, siendo 8 los departamentos concernidos: Ayacucho, Abancay, Huancavelica, Huánuco, Junín, Lima (sólo algunos distritos), Cerro de Pasco, San Martín y la Pcia. constitucional del Callao. En todas estas zonas SL buscará sabotear las elecciones a través de los mecanismos del terror y consenso.

En esta crisis que es histórica y coyuntural, se expresan concentradas la paradoja de un Perú que ha gozado de la mayor democracia formal de su historia y además de “uno de los panoramas más complejos del continente. En nuestro país coexisten hoy en un mismo espacio la guerrilla más fuerte de América del Sur, la izquierda legal de la mayor presencia política —la IU— y el partido reformista históricamente más importante del continente en el poder: el APRA”.¹⁶

Lima, 3 de abril de 1989

Referencias

- 1 En Perú: “En el sector privado el empleo resulta siempre afectado y en mayor grado en la industria manufacturera. En la coyuntura actual este sector viene expulsando mano de obra en forma muy significativa, 10,5 hasta noviembre pasado. La casi totalidad de los despidos se ha dado a través del término del contrato de los trabajadores PROEM (Programa de empleo temporal), no habiendo cifras significativas de ceses de personal estable sindicalizado”. Según el mismo autor, los empleados estatales no son despedidos, ya que el Estado jugando un rol anticíclico continúa absorbiendo mano de obra liberada por el sector privado, pero equilibra sus cuentas fiscales, no recurriendo a despidos, sino disminuyendo gastos, es decir, contrayendo los ya magros salarios reales. Canjea estabilidad laboral por un bajo salario real. Julio Gamero (Descos), “Pagando la cuenta del capital” en Cuadernos Laborales, Lima, Feb.-mar. 1989, nº 51.
- 2 La caída del PBI para 1988 fue de —9% y se proyecta para 1989 en alrededor de —15%.
- 3 Julio Gamero, “Del shock ‘heterodoxo’ al ajuste ‘Ortodoxo’”, en QUEHACER nº 55, Lima, oct.-nov. de 1988.
- 4 Julio Gamero, *ibidem*.
- 5 Oscar Dancourt, El paquetazo de septiembre, en QUEHACER, nº 55, Lima, oct.-nov. de 1988.
- 6 S.L. es miembro de una 5ta. Internacional, el Movimiento revolucionario Internacional, junto a organizaciones como el Khmer Rojo, el PC filipino, etc.
- 7 A diferencia del comunero andino estos campesinos, menos arraigados, más “modernos”, obran más individualmente y están al margen de la ley.
- 8 Mirko Lauer, “La Nueva Derecha/Adiós conservadurismo, bienvenido liberalismo”, en “La República”, Lima, 22/3/89.
- 9 Mirko Lauer, *ibidem*.

- ¹⁰ Mirko Lauer, "La Nueva Derecha: 1, Ibidem, "La República", Lima, 16/3/89.
- ¹¹ Lo que caracteriza a esta nueva derecha que la diferencia con la de los años 50 "es su voluntad de dar la pelea por recuperar los espacios intelectuales y sociales ganados por las posiciones de izquierda populista y radical en los últimos años". Mirko Lauer, "La Nueva Derecha": 1, ibidem.
- ¹² Guillermo Rochabrún, "Izquierda, democracia y crisis en el Perú" en Márgenes, Lima, Año II, nº 3, junio 1988.
- ¹³ Oscar Ugarteche, "La izquierda y la realidad nacional", en Márgenes, Lima, año II, nº 3, junio de 1988.
- ¹⁴ Oscar Ugarteche, ibidem.
- ¹⁵ Alberto Graña, "Crisis, clasismo pluralista y alternativas de poder", en Actualidad Económica, Lima, nov.-dic. 1988, nº 104.
- ¹⁶ Nelson Manrique, "Democracia y campesinado indígena en el Perú contemporáneo" en Flores Galindo, Alberto y Manrique Nelson, "Violencia y campesinado", Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1986.

realidad **económica**

88

Empresas públicas I

ESTADO,
TECNOLOGIA Y
POSMODERNISMO

Rodolfo Bledel

Investigación

AGRICULTURA
PAMPEANA 1989

Mercado, precios
relativos y ganancia

Arnaldo Bocco
Mario Lattuada

Empresas públicas II

LAS
PRIVATIZACIONES
EN EUROPA

(Reino Unido, Alemania Federal,
España, Francia)

Alfredo Peña
Fredy Lima

Doctrinas

MILTON FRIEDMAN:
¿un popperiano?

Ricardo Borrello

ADE

hipólito yrigoyen 1116 piso 4° 1085 buenos aires



"AVIADOR"

1989

Roni
RALVERONI

LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA

Enrique Anda

La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer: En este "interregno" aparece una gran variedad de síntomas de enfermedad.

Antonio Gramsci - Notas de la cárcel

Introducción

El presente agota el discurso latinoamericano. Toda reflexión teórica que pretenda proyectarse en el futuro se enfrenta con la perplejidad generada por una realidad que en completa rebelión se niega obstinadamente a superar la crisis que domina todos los ámbitos de la sociedad. El pensamiento dominante y los intereses que en él se reflejan, manifiestan su impotencia al ser incapaces de proponer formas de superar el actual atraso, la miseria y la dependencia que aún parece ser el denominador común de muchas de las realidades latinoamericanas. El estado de crisis se produce y reproduce sobreimpuesto a un movimiento general de difícil lectura, agotando las energías de la sociedad, sin que los términos que motivaron la crisis, renovados cíclicamente, cambien en su sustancia aparente.

La Universidad Latinoamericana siendo parte de esta crisis, la proyecta en su interior en forma ampliada, ya que sobre la crisis general se debaten lo incierto de una coyuntura universitaria que ha colocado en cuestión el significado de esta institución, su función y su futuro.

Esta realidad institucional conjuga las circunstancias contextuales con los resultados de un proceso interno que tiene su propia historia, con sus ritmos y contenidos en alguna medida autónomos. El análisis de algunos de estos contenidos nos permitirá, pensamos, colocar en un marco de referencia más adecuado el problema de la crisis universitaria, e intentar develar algunos de sus aspectos.

Una breve historia

El proceso de transformación de la Universidad de corte oligárquico, rígida, profundamente clerical basada en la cátedra, que venía a satisfacer las necesidades de una sociedad tradicional y atrasada, heredada de la colonia, empezó temprano en la región con el movimiento reformista de Córdoba de 1918 en la Argentina. El ideal reformista, democrático y participativo, fue propagándose, en mayor o menor medida, en otros países de América Latina y permitió durante algunas décadas el desarrollo de una universidad más receptiva a las nuevas corrientes del pensamiento y a las grandes transformaciones económico-sociales que convulsionaron el mundo tan dramáticamente durante las primeras cuatro décadas de este siglo.

Sin embargo, estos movimientos no consiguieron una transformación profunda de la Universidad que no fue, así, capaz de constituirse en un instrumento significativo para impulsar el proceso de industrialización y modernización que estaba en pleno desarrollo en esa época, sobre todo en la Argentina, cuna de la Reforma Universitaria.

Este proceso se desarrolló acompañado por un gran crecimiento del aparato del Estado y de las ciudades, lo que permitió consolidar una importante clase media, que mucho se interesó por la universidad como instrumento de ascenso social y de canalización en el debate político-ideológico de sus aspiraciones participativas.

La universidad argentina, profundamente desprestigiada entre la clase media durante los gobiernos peronistas, degradada en sus aspectos académicos, científicos y docentes por el populismo e incapaz de dar una respuesta a las nuevas necesidades político-sociales, sufrió una nueva y profunda transformación después del golpe militar de 1955. Los artífices de esta transformación inspirados en la estructura universitaria americana y en alguna medida europea se manifestaron a favor de una universidad moderna, basada en una estructura departamental que eliminaba en algunas facultades la figura del catedrático. Pretendíase una universidad que fuese creadora y di-

vulgadora de saber, con cuadros profesionales abocados tanto a tareas de docencia como de investigación. Se procuraba generar dentro del ámbito universitario un científico comprometido con el desarrollo de la ciencia y de la técnica, lo que le posibilitaría transmitir a sus alumnos lo mejor de sus conocimientos y descubrimientos. Esta visión se acompañaba con otra que pretendía ver en la educación y en la formación de recursos humanos la forma de superar el atraso y la dependencia de los países latinoamericanos, lo que constituyó el fundamento ideológico de una política de ampliación de la población universitaria¹¹.

La Universidad era colocada dentro de los moldes de una institución moderna y democrática, inclusive con una significativa participación estudiantil en su vida interna. Fenómenos parecidos comenzaron a manifestarse algunos años después en otros países latinoamericanos (México y Chile) dentro del contexto de regímenes políticos legales, lo que permitió sin duda que los contenidos democráticos de la nueva reforma universitaria se mantuviesen. Estas propuestas enfatizaban la importancia de la participación de los diferentes segmentos en la gestión universitaria, lo que se acompañaba de una amplia autonomía sancionada en ley¹².

En el caso argentino esta propuesta universitaria se desarrolló a lo largo de un período de 10 años, durante el cual la universidad vivió, dentro de los postulados y objetivos mencionados, su período de oro, el más fructífero y creativo de toda su historia reciente. La dictadura militar de 1966 cerró esta experiencia. La intervención universitaria ocasionó un gran desmantelamiento de los cuadros profesoraes, sobre todo en aquellas áreas que, como era el caso de las ciencias exactas y naturales, habían recorrido más profundamente los caminos trazados por este ideal intelectual y ya estaban empezando su cuestionamiento, colocando en debate el papel de la Universidad en una sociedad capitalista dependiente como la Argentina¹³.

Sin embargo, el oscurantismo introducido por este primer período de dictaduras militares, no consiguió destruir una estructura universitaria sólida y con cierta tradición. Esto permitió, dentro del contexto de una efervescencia intelectual y social extraordinarias, durante los primeros dos años del segundo gobierno peronista, la formulación de la universidad "Nacional y Popular" que, aunque fue un período confuso y contradictorio posibilitó la realización de experiencias de carácter docente bastante interesantes por el valor contestatario de los contenidos académicos tradicionales y de una creatividad poco común en cuanto a las formas de enseñanza, evaluación y desempeño¹⁴.

El segundo período de dictaduras militares acabó con toda forma de vida intelectual institucional al introducir el terrorismo de Estado en todos los aspectos de la vida social, y, naturalmente, también dentro de los claustros.

En el Brasil, a partir de los debates desarrollados a lo largo de la década de los años '60 y de algunas experiencias fugaces en el comienzo de los '60 el gobierno militar implantó la reforma de 1968. Ella incorporaba en relación a la modernización algunas de las reivindicaciones de los modelos mencionados, pero eliminando los contenidos democráticos de la vida universitaria que poco se concilian con la visión autoritaria de los gobiernos militares.

Estas propuestas, aplicadas en diferentes circunstancias, respetando las especificidades de cada país, implantadas durante regímenes militares, o de democracia formales, hicieron su prueba de fuego en la práctica.

La crisis universitaria

La crisis universitaria tórnase evidente, comparando en un balance sucinto los objetivos que estas transformaciones procuraban y la realidad universitaria actual.

La población estudiantil aumentó en general en toda América Latina de una manera rápida (fundamentalmente en México, Brasil y Argentina) a lo largo de las últimas décadas y siguiendo el mismo ritmo, aumentó también el número de profesionales graduados y universitarios".

Sin embargo, en lugar de lo que se esperaba: una genuina democratización de la enseñanza de nivel terciario permitiendo que ella fuera accesible a sectores más amplios de la población, en realidad este proceso asumió un carácter democrático sólo desde un punto de vista formal. En efecto, la masificación de la enseñanza universitaria realizada en circunstancias presupuestarias que no permitió acompañar las exigencias de una creciente población estudiantil, ocasionó un acentuado deterioro de la calidad de la enseñanza impartida.

El número de egresados, que en los primeros años de este proceso, acompañando la expansión económica, pudieron ser incorporados a la actividad productiva, ahora de hecho se constituyeron en un contingente de profesionales y universitarios mal formados y subempleados por una sociedad que como ya fue mencionado, después de la experiencia contradictoria y en algunos aspectos traumática de la Universidad Montonera, la calidad de los contenidos académicos continuó deteriorándose rápidamente por la persecu-

ción político-ideológico de los gobiernos militares, situación que no ha cambiado en el actual gobierno democrático como consecuencia de la falta de una política coherente de recuperación de la vida universitaria.

En el Brasil, la investigación en la Universidad que tuvo un crecimiento importante sobre todo en las áreas de las ciencias exactas y naturales y en alguna medida en las tecnológicas, sufrió una declinación durante algunos años anteriores a 1985, careciendo de apoyo oficial. Esta situación cambió coyunturalmente después de la creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Sin embargo existe siempre la amenaza que la situación pueda empeorar rápidamente frente a crisis gubernamentales que provoquen cambios en la orientación de la política educacional, científica y tecnológica a ser implementada en el país. Que esto ocurra dependerá del equilibrio inestable dentro de la correlación de fuerzas de los sectores de las clases dominantes entre los que creen en la importancia del desarrollo tecnológico independiente y las categorías más estrechamente ligadas al capital extranjero, o aún, los sectores dentro del gobierno que sólo ven las estructuras del Estado con el objetivo de manipulación clientelístico en función de la coyuntura política concreta.

La Argentina vive en relación a este punto, una realidad aún más grave, a pesar del restablecimiento de la vida democrática universitaria. Por un lado, la reimplantación del gobierno tripartito propuesto por la reforma de hace unas décadas, dentro del contexto de una sociedad civil desarticulada como la actual, estructura el poder dentro de la universidad de forma bastante precaria. Por otro, el desplazamiento de la investigación del área universitaria hacia otras instituciones dependientes del Estado han alejado la docencia de la investigación. La situación se complica aún más por la falta de recursos financieros del presupuesto universitario destinados a la investigación y la carencia de una política de recuperación de vastísimos cuadros científicos oriundos de las universidades, exiliados del país durante la dictadura militar lo que ha transformado a la universidad en una institución secundaria en relación a la creación de nuevo conocimiento. Como consecuencia, todo su potencial como generadora de nuevas alternativas para la sociedad, superadora de las políticas que sólo proponen administrar la crisis, está castrado, lo que contribuye a generar el clima de impotencia y desánimo que prospera dentro de ella: Esta realidad es particularmente contrastante con el discurso oficial que enfatiza la necesidad de modernizar la sociedad y sobre todo la economía, para lo cual la universidad debería jugar un papel fundamental.

El autoritarismo que aun campea, el clientelismo y la burocratización de la actual estructura de poder universitario, acaban siendo, junto con las razones anteriormente señaladas, elementos de desmoralización general de la vida académica y motivo de apatía y deserción de cuadros valiosos de su estructura.

Los idealizadores del proyecto de reforma de las décadas del '50 y '60, tuvieron que comprobar con perplejidad que los objetivos propuestos no fueron alcanzados; que la universidad moderna se transformó en un híbrido que no ha conseguido florecer, sometida a los embates de determinaciones económico-sociales de nuestras sociedades dependientes. La perplejidad es aún mayor al comprobarse que la crisis universitaria, dentro de un contexto diferente pero con algunas características que son comunes, también se manifiesta en Europa y en los Estados Unidos (fuente de inspiración permanente de los ideólogos de la reforma universitaria); crisis ésta que se refleja en deserciones y estancamiento de la población universitaria europea y americana durante las últimas décadas, después del crecimiento sostenido de la post-guerra.

¿Qué crisis es esta?

Las universidades latinoamericanas han cumplido un papel importante en los procesos sociales de las últimas décadas. Más específicamente, ellas se han desempeñado como un instrumento de consolidación de un proyecto político-económico que ahora está en crisis. Desde este punto de vista parece claro que en América Latina la crisis se manifiesta como una *crisis de la función social de la universidad*.

Durante el período que podríamos llamar tradicional, cuando la enseñanza superior aún se hallaba fundamentalmente en las escuelas profesionales o de conglomerados de ellas, asumiendo formas pseudo universitarias (esta situación prevaleció más en el Brasil que en el resto de América Latina que posee una tradición universitaria mayor), la función de formación de recursos humanos cumplida por la universidad era adecuado a las demandas de la sociedad. Ella estaba en condiciones de formar los profesionales capaces de manejar el aparato administrativo del Estado y practicar las profesiones liberales. Las clases dominantes y algunos sectores de la clase media acomodada, enviaban sus hijos a la universidad para consolidar, dentro de los círculos aúlicos de las oligarquías regionales, el prestigio y la actuación en la es-

estructura de poder o como forma de ascenso social. El trabajo intelectual, como una expresión del trabajo dividido, se corporizaba en un grupo social que conseguía a través de su práctica, consolidarse y, en algunos casos, ascender en la estructura de clases, cristalizando así una división social del trabajo. Sin embargo, la universidad venía a cumplir más su papel de formador de especialistas capaces de administrar la sociedad, que un canal efectivo y real de escalada de posiciones en la pirámide social.

El movimiento reformista de 1918 en la Argentina, con todo su contenido renovador y democrático, representaba en su expresión social, el inicio de la reclamación de las clases medias, proyectadas al poder político y con aspiraciones de ascenso social, dentro de una sociedad de cuño oligárquico, pero muy exitosa, que permitía esta apertura social. Este proceso se daba dentro del contexto de una universidad, sobre todo la cordobesa, vetusta y rígida, que poco se adecuaba a la demanda de ser transformada en el motor de esas aspiraciones sociales.

La complejización de la sociedad, la irrupción en forma orgánica de las clases medias en la vida social latinoamericana exigió un cambio profundo de la universidad. El tipo particular de desarrollo económico dependiente que se fue consolidando hacia el final de la década del 40 (por lo menos en los países mayores de América Latina), el proceso de sustitución de importaciones, fortaleció la capacidad de consumo de la clase media y el mercado interno, lo que dio sustentación a la industrialización.

Esta realidad generó las condiciones objetivas para la formulación de una alianza de clases que incorporaba importantes estratos medios de la población. La consolidación de esta alianza (sobre todo en el caso brasileño) dio legitimidad a regímenesseudodemocráticos (o francamente autoritarios) que se sucedieron en el poder y que fueron los artífices de un proyecto socio-económico que excluyó de sus beneficios a la mayor parte de la población obrera y campesina.

La creciente monopolización de la economía, el proceso de concentración y centralización del capital fueron eliminando paulatinamente áreas de actuación económica que algunos sectores medios disponían en procura de ascenso social¹⁰⁰. Simultáneamente, la creciente complejidad del aparato del Estado y un nuevo tipo de recursos humanos exigidos por la gran industria, más sofisticado y mejor formado, posibilitaron que la universidad como institución abstracta y dentro de ella principalmente las carreras técnico científicas, se valorizaran y que en el ámbito de la ideología, la educa-

ción superior se transformase en una pieza importante de un nuevo pacto social. Las clases medias se aliaron con las clases dominantes alimentando la ilusión de que sus hijos escalarían posiciones de privilegio en la sociedad por medio de la educación superior.

La demanda por mayores alternativas educacionales fue satisfecha. La universidad se masificó, multiplicando su población varias veces en las últimas décadas. La universidad se transformó en un instrumento de un proyecto político que algunos países latinoamericanos lograron articular.

Su masificación no fue expresión de un plan de desarrollo económico que dependiese de cuadros profesionales, ya que paralelamente, esto habría significado una difusión enormemente mayor de la enseñanza primaria y secundaria, proceso que ocurrió en todos los países de desarrollo original y que sin embargo no tuvo lugar en América Latina. Hubo un cierto crecimiento tímido de una educación técnica difundida a partir del Estado y, en algunos casos, por las industrias multinacionales, y la aparición de algunas escuelas industriales destinadas a formar la clase obrera de los sectores industriales más avanzados. Como contraste, los países más desarrollados de América Latina cuentan con una población universitaria que en proporción a la población total es superior a la de muchos países europeos¹².

La masificación universitaria fue un fenómeno fundamentalmente vinculado a las estructuras político-ideológicas de las sociedades latinoamericanas, sin correspondencia con demandas de un crecimiento económico que cuando existió poco necesitó del aporte de los universitarios.

La ilusión de una universidad dotada de laboratorios modernos y bien equipados, formadora de técnicos y científicos que pudiesen transformar sus conocimientos en pensamiento actuante y práctico, en la industria y en la sociedad, no se materializó. La sociedad tampoco generó una demanda de profesionales con el grado de masificación requerido por una clase media en ascenso dentro del contexto de una estructura social dependiente (tecnológica y culturalmente) que obstinadamente no repite las mismas pautas y caminos que caracterizan a los países centrales cuya experiencia intenta imitarse.

La crisis actual de la universidad desde el punto de vista que estamos analizando, es una expresión del colapso de la alianza de las clases dominantes, al demostrarse la inviabilidad de mantener en forma estable la capacidad de consumo de la clase media y desarrollar una sociedad capaz de absorber una mano de obra calificada equiparable a la oferta masiva de profesionales de las más variadas áreas de formación.

La demanda social de científicos, técnicos e intelectuales de una manera general, sólo habría crecido significativamente en el caso de haberse impuesto caminos de desarrollo político, económico y cultural autónomo, basado en las fuerzas creativas de la inteligencia latinoamericana.

Esta perspectiva de crecimiento habría precisado sin duda de la formulación de una universidad masiva que diese una formación al estudiante, que fuese de calidad suficiente, útil y adecuada en su originalidad a las exigencias de un desarrollo de este tipo.

En el caso del Brasil, la masificación de la demanda de educación universitaria generó una fuerte presión para privatizar la universidad y transformarla en objeto de actividad económica. El estado en el Brasil cedió un espacio significativo de su actuación para la actividad privada¹¹. Este proceso contribuyó para acelerar y profundizar la crisis universitaria, ya que estas instituciones de tercer grado se mostraron manifiestamente incapaces de ofrecer una enseñanza mínimamente compatible con las exigencias de todo proceso de aprendizaje de las ciencias, de las artes y de las técnicas del mundo moderno.

Este proceso de privatización puso en evidencia cómo la actividad universitaria asumió aspectos cada vez más ritualísticos, donde las formas de esta actividad fueron preservadas mientras sus contenidos se desfiguraron hasta el absurdo. No podría ser de otra forma frente a la impotencia de profesores mal remunerados, mal formados, con una infraestructura inadecuada y el autoritarismo que campea en estas empresas privadas de enseñanza, con aspiraciones universitarias.

A partir del comienzo de la década del '80, el gobierno brasileño desarrolló una serie de iniciativas con el doble objetivo de, por un lado debilitar las organizaciones de estudiantes y profesores que se opusieron a la política gubernamental de privatizar aún más la estructura universitaria y, por el otro lado, procurar encuadrar la universidad pública dentro de una visión restauradora de su papel como generadora de una élite intelectual, capaz de administrar la sociedad y los intereses de las clases dominantes. El proyecto universitario que el gobierno brasileño intentó implantar sin éxito (el proyecto GERES¹²), representó desde nuestro punto de vista, la propuesta más coherente y articulada en esta dirección. Enfatizando críticamente los aspectos improductivos, clientelísticos y burocráticos, y la mediocridad que sin duda acompañan la realidad actual de la vida universitaria, el proyecto proponía la mejoría de un número reducido de universidades públicas procurando for-

talecer el sector mejor estructurado, dejando las restantes libradas a su suerte. Las universidades que contasen con financiamiento público deberían sin embargo procurar recursos propios, prestando servicios a la industria, auxiliándolos según sus exigencias, aún incipientes, pero ya sustanciales en el caso brasileño, de desarrollo tecnológico. Esta política evitaría a la industria los riesgos de realizar inversiones en investigación y en formación de recursos humanos cuyos retornos a corto plazo son siempre dudosos.

En el plano académico en relación a la administración de la vida universitaria, esta propuesta colocaba en forma destacada y dentro de una visión elitista de la vida universitaria, el mérito intelectual de sus profesores, evaluados únicamente a través de sus manifestaciones más formales y abstractas, como por ejemplo, el número de publicaciones en congresos y revistas internacionales, y criterios de este género.

El corporativismo y la burocracia son las prácticas dominantes de las universidades públicas de algunos países de América Latina. La cualidad abstracta y la eficacia es el discurso dominante. La universidad crítica y científica, comprometida con la realidad social que se manifestaba en la década del 60 y comienzos de la década del 70, bandera de lucha de algunos sectores de profesores y del grueso de la masa estudiantil parece encontrarse actualmente recogida a un ámbito cada vez menor de la preocupación universitaria. En gran parte esto es debido a la derechización general del discurso social, pero también es una consecuencia de la devastación de la vida intelectual de esta institución, corrompida por el clientelismo interno y externo, el autoritarismo y la irresponsabilidad que campearon durante los gobiernos militares y cuyas proyecciones se sienten aun hoy con mucha fuerza. Incapaz de asumir una presencia social como institución generadora de saber, que la proyecta más allá de sus muros y con muchos enemigos internos y externos, ella se esteriliza y vegeta. Sólo algunos institutos, notoriamente en las áreas científicas y tecnológicas, se destacan del resto, y así mismo con dificultades.

El prestigio de la universidad como institución de la sociedad así como su importancia política, han caído enormemente en las últimas dos décadas. Una situación parecida ocurre con el propio saber dentro de la juventud, inclusive la universitaria, ya que en el contexto de una posición irracionalista, pragmática e inconsciente, la "escuela de la vida", fuera de la universidad, es exaltada por esta juventud como la única fuente válida, en última instancia, del "saber verdadero".

Las alternativas

La Universidad Latinoamericana como institución, delimita un espacio de contradicciones que se han exacerbado en el último período. Como formadora de recursos humanos para la actividad productiva de la sociedad, ella está desactualizada y aún es incapaz de acompañar los cambios de esta actividad en el sentido de una presencia cada vez más densa de la ciencia y la tecnología.

El valor del diploma está deteriorado como instrumento importante en la disputa de mejores posiciones en el mercado de trabajo y los graduados universitarios enfrentan una creciente dificultad de inserción en una actividad económica compatible con sus calificaciones profesionales.

Recrudece la contradicción entre la universidad como creadora de una elite pensante en condiciones de generar una cosmovisión justificadora y apologética de la realidad y de administrar la estructura social vigente por un lado, y por otro la masificación que dificulta enormemente la formación de profesionales técnicamente bien formados para ejercer este gerenciamiento, generando un contingente de individuos con una formación superior al resto de la población, y altos índices de frustración, capaces de convertirse en elementos de negación del sistema social vigente.

El complejo de contradicciones definido por el espacio universitario incorpora a su vez a la Universidad como generadora de elementos fundamentales de la ideología dominante y formadora de recursos humanos, adecuados para la producción y reproducción de un sistema de relaciones capitalistas. Sin embargo por tratarse de una institución que actúa dentro de un ámbito definido por la verdad, dentro de su propia actividad académica, ella se constituye en un lugar de lucha ideológica, de creación y gestación del pensamiento científico en todas las áreas del saber, lo que puede contribuir para poner en evidencia el carácter profundamente irracional de la realidad, inclusive en sus aspectos más sutiles, y los caminos para su superación.

Por fin, la Universidad burocratizada, clientelística respondiendo a los intereses inmediatos de fuerzas políticas regionales o nacionales, se confrontan como modelos con aquélla que corresponde a la de una institución creadora, ágil y pensante en condiciones de ser un polo dinámico para la sociedad.

Una sociedad con intereses en disputa ecuaciona estas contradicciones y su solución de modos diversos. Así, con una finalidad de análisis podríamos destacar diferentes prototipos universitarios:

1º La universidad para la ascensión social: que la instrumentaliza con la finalidad de alimentar la ilusión de ascenso social por medio del diploma universitario;

2º La Universidad para la valorización del capital: la Universidad como empresa particular, que transforma la enseñanza en fuente de lucro;

Estas dos propuestas se complementan y articulan, ya que la masificación universitaria es resultado de una amplia difusión de esta ilusión que ha generado una significativa demanda de la enseñanza superior atractiva desde el punto de vista de la inversión del capital.

3º La Universidad para el desarrollo: que propone como objetivo institucional la formación de recursos humanos compatibles con las necesidades generadas por el capital de carácter estatal, privado, nacional y multinacional. Administradores de empresas, abogados, ingenieros, sicólogos, industriales e ideólogos que permitan la producción y reproducción del sistema.

Dependiendo del grado de autonomía pretendida, esta propuesta impulsa la investigación, sobre todo en aquellas áreas más técnicas que permitan ganar independencia en sectores considerados cruciales (informática y las ingenierías, por ejemplo). Esta visión quiere ver la universidad como una entidad prestadora de servicios para la industria. Sería la universidad orientada por la "realidad".

Estos servicios complementarían (o complementan) los presupuestos y los salarios de los grupos de investigación comprometidos con estas actividades, liberando al Estado, por lo menos parcialmente de la responsabilidad financiera del desarrollo de estas investigaciones universitarias y lo que es más importante, introduciendo dentro del ámbito institucional una fuerte presión en el sentido de fomentar estas actividades. Este fenómeno crea una escisión dentro de la vida universitaria entre aquellos que hacen investigación aplicada y tecnológica que son premiados hasta con mayores salarios y aquellos que por ser su área de actuación de carácter más especulativo, como las ciencias básicas y sociales, a veces críticas de la sociedad generadora de esa demanda de servicios, desarrollan sus tareas con más dificultad por no poder contar con recursos equivalentes. Esta prestación de servicios a la industria ha adquirido, sobre todo en el Brasil, una relativa importancia y de hecho se constituye en una intervención explícita o implícita en la formulación de la política de investigación y docencia de la institución.

Las instituciones de enseñanza superior, dentro de una visión de esta naturaleza, deberían generar los intelectuales orgánicos de las clases dominantes, cuya función sería contribuir en la organización y articulación de su hegemonía sobre la sociedad. Hegemonía científica, cultural e ideológica, dentro de la perspectiva de la construcción de una sociedad “moderna y desarrollada” a imagen y semejanza de los Estados Unidos y Europa^o.

4º La Universidad para la transformación social: recupera para el conocimiento por ella desarrollado, su visión totalizadora y como institución la inserta críticamente dentro de una realidad social, como campo de lucha de intereses sociales en conflicto y antagónicos.

La Universidad además de formar recursos humanos, desarrolla en su seno, a través de la investigación, un pensamiento científico; es creadora de conocimiento. Tradicionalmente este conocimiento ha sido instrumentalizado para posibilitar su integración dentro de una racionalidad instrumental de medios y no de fines^o. Es la técnica para el mercado y el consumo; la ciencia a imagen y semejanza de los centros internacionales; la teoría económica como visión apologética de las relaciones sociales vigentes y como receptario manipulativo de las formas de controlar las “variables económicas” del capitalismo, con el objetivo de paliar las crisis cíclicas y estructurales de nuestros países; es la psicología para la adaptación del individuo. Es así el saber parcializado, dividido, incapaz de constituir la unidad que dé sentido al fenómeno global. Es el saber domesticado en condiciones de ser instrumentalizado por el poder.

La Universidad, precisamente por su carácter universal, posibilita el desarrollo de un conocimiento que contribuye para la superación de la racionalidad de medios, puramente instrumental, para proponer un avance en la formulación de una racionalidad totalizadora, que solo se manifiesta como tal a partir de los fines que propone. En una sociedad como la latinoamericana, donde los frutos de la ciencia, la técnica y las artes, resultados máximos de la actividad universitaria, solo son aprovechados por un sector extremadamente minoritario de la población, se impone como fin prioritario la superación de las razones sociales que fundamentan este estado de cosas. Sin duda la Universidad tiene un papel protagónico a cumplir en este proceso, formando científicos capaces de crear ciencia básica y aplicada, tecnólogos, educadores y médicos, psicólogos y analistas que permitan revolucionar al hombre latino-americano en su relación con la naturaleza y con los otros. Se

hace necesaria una Universidad de masas, científica, técnica y humana, capaz de estar a la altura de los desafíos que el cambio de la sociedad impone.

El pensamiento dominante, reflejando su mediocridad, sólo es capaz de pensar el presente, administrar la crisis y en un vuelo raso, aunque lleno de grandilocuencia discursiva, fantasea con la gran potencia que se desea ser en el futuro, a imagen y semejanza del mundo desarrollado de hoy, sin superar el patetismo y la perplejidad de esos dos mundos que articulados nos dan la mayor de las miserias y la más avanzada de las tecnologías.

El escándalo mayor es aquel que muestra como un sector de los intelectuales, que tienen su casa en la Universidad, y que sin duda fueron golpeados por las experiencias traumáticas de la década pasada hayan abandonado, sin ninguna crítica seria de sus convicciones pasadas, una visión científica del mundo. Son los mismos intelectuales que siguiendo los modos del pensamiento europeo y americano hoy hablan de la socialdemocracia y la posmodernidad y callan en relación a la formulación de propuestas que en función de nuestra realidad puedan superar esta perplejidad latinoamericana.

La totalidad en el discurso intelectual perdió su sentido. Lo irrelevante ocupó el lugar de lo fundamental, los particularismos se enseñorean, la investigación de las mentalidades domina sobre un real entendimiento de la dinámica social, las ideas son consumidas a gran velocidad sin ser aprehendidas en su verdadera dimensión, la historia dejó de iluminar el presente y el futuro para transformarse en una huída de la realidad. Las ciencias de la naturaleza se castran sufriendo de los males del "publicacionismo" y de la falta de autonomía. La realidad se presenta ininteligible, exceptuando tal vez sus detalles menores que sólo ofuscan el proceso global que no es ni comprendido ni estudiado ¿Para dónde va América Latina?, parece ser, por ejemplo, una pregunta que nadie plantea, ni responde.

El escepticismo, la desorientación campea en la comunidad científica y tecnológica, que junto con la categoría general de los intelectuales, se corporativizan, se parcializan para integrarse en el movimiento general de la sociedad como un grupo de presión con reivindicaciones propias, tan particulares como puedan ser la de los industriales, los ruralistas, los militares y en algunas circunstancias especiales, los sectores más avanzados de ella, un sector minoritario de los profesores universitarios, como sindicatos de clase media.

Las fuerzas impulsoras de un cambio profundo de los rumbos del pensamiento dominante no partirán de la universidad, ya que como unidad institucional actúa y ha actuado como caja de resonancia de los fenómenos que

ocurren extra-muros. Sin embargo sectores de la comunidad universitaria, asumiendo un compromiso intelectual y moral, solidarios con transformaciones que democratizen profundamente la sociedad latinoamericana, pueden contribuir, como en otros momentos de la historia de la región, a partir de un discurso científico y político, para el desarrollo de la hegemonía de las clases subalternas, las únicas capaces de motorizar las grandes tareas que la realidad de América Latina impone y cambiar el papel de la Universidad y el pensamiento que ella genera.

La crisis universitaria es una manifestación de la crisis de la sociedad latinoamericana. Su superación en la sociedad permitirá retirar a la universidad de la burocracia, el clientelismo, la irresponsabilidad y mediocridad en que se debate en el día de hoy. Entretanto en la búsqueda de su propio camino, democratizando ampliamente su estructura, exigiendo que su espacio permita la libre circulación de ideas y sea sensible a las contradicciones que se cristalizan fuera de sus muros, aceptando el desafío que la comprensión de la realidad plantea para su transformación, la universidad puede dar una contribución para resolver su propia crisis y la de la sociedad como un todo.

Río de Janeiro, Marzo de 1989

Referencias

- ¹ Juan C. Portantiero, *Estudiantes y Política en América Latina*. Siglo XXI, 1978. México.
- ² Rolando V. García, *Organizing Scientific Research in Bulletin of the Atomic Scientists*, 1966.
- ³ O. Varsasky, *Ciencia, Política y Cientificismo*. Buenos Aires, C. E. de América Latina, 1969.
- ⁴ Miriam Segre, *Boletim Da SBF*, 1987. Sao Paulo.
- ⁵ *Unidos Universidad Nº 1, La Rayuela Universitaria*. Pub. Fund. Unidos. Buenos Aires.
- ⁶ L. A. Cunha, *A Universidade Crítica*. Francisco Alvarez S.A., 1983.
- ⁷ R. Darcy, *Universidades de Brasília*. Revis. Bras. de Estudios Pedagógicos XXXVI, 1962: *A Universidade Necessária*. R. J. Paz e Terra, 1978; UnB: *Invenção e Descaminho*, R. J. Aveniv. 1978. Brasília.
- ⁸ L. Schwartz, *Para Salvar a Universidade*. Ed. U.S.P., 1983. São Paulo.
- ⁹ H. Ciafardini, *Acumulación y Centralización del Capital en la Industria*. Argentina Ed. Tiempo Contemporáneo. 1973. Buenos Aires.
- ¹⁰ G. Duejo, *El Capital Monopolista y las Contradicciones Secundarias en la Argentina*. Siglo XXI, 1973. Buenos Aires.
- ¹¹ En el Brasil existían 27.253 estudiantes universitarios en 1945 y pasó a 142.386 en 1964. Esto resulta en un índice de crecimiento del 236% (ver ref. 6). La población estudiantil

universitaria en 1980 era de 1.345.000 lo que en relación a 1964 representa un aumento de 800%.

El crecimiento medio anual pasó de 9% en el período 1945/64 para 15% en el período 1964/80.

- ¹² En el final de la década del 60 la Argentina tenía 95 universitarios por cada 10.000 habitantes, en tanto que la proporción en Inglaterra, Francia y Alemania eran respectivamente de 65,79 y 82 (ver ref. 1).
- ¹³ En el año de 1980 de un total de 1.345.000 estudiantes 63,3% eran de universidades privadas y 36,7% públicas en el Brasil.
R. Tramonti y R. Braga "O Ensino Superior Particular no Brasil: Traços de um Perfil", *Ciencia y Cultura* 37, 7,60, 1985. En el caso de la Argentina la situación es opuesta; 75% corresponden a las universidades públicas.
- ¹⁴ Projeto GERES. (Grupo de Estudo da Reforma do Ensino Superior). M.E.C. 1986, Brasil.
- ¹⁵ S. P. Rovenet, *As Razões do Iluminismo*. Ed. Companhia das Letras. 1987.
- ¹⁶ S. Schwartzman, *Ciencia, Universidade e Ideologia*. Ed. Zahar, 1980.
- ¹⁷ Florestân Fernández, *Universidade Brasileira: Reforma ou Revolução?* Ed. Alfa-Omeda 1979, São Paulo.
- ¹⁸ Max Horkheimer e Theodor Adorno, *Dialéctica do Esclarecimento*. J. Zahar, 1986. Río de Janeiro.

JUSTICIA SOCIAL

La revista del CeDEL

MARX, MARXISMO, COMUNISMO

Problemas de la actualidad mundial

Michel Raptis

Presentación

Michel Raptis, llamado Michel Pablo, de nacionalidad griega, nació el 2 de abril de 1911, en Alejandría (Egipto).

En Grecia participa, a la edad de 17 años, en el Movimiento de Oposición de Izquierda que adhiere a las ideas de León Trotsky y funda, en 1934 con Partelis Pouliopoulos, ex Secretario del PC griego, asesinado por los italianos en 1943, una organización unificada. En 1936 es detenido, deportado y encarcelado por la dictadura militar de Metaxas.

En 1938 llega a Francia luego de una breve estadía en Suiza. Participa en la Conferencia de fundación de la IV Internacional, en septiembre de 1938. Después de una estadía en el Sanatorio de Estudiantes de Francia, al comienzo de la II Guerra Mundial, participa activamente en los esfuerzos por la reorganización de la IV Internacional en la Europa ocupada y llega a ser primero el Secretario del "Secretariado Europeo" y enseguida del Secretariado Internacional de la IV Internacional. Continuará en esta función hasta su salida de prisión en Amsterdam, en 1961, donde fue encarcelado por sus actividades en favor de la Revolución Argelina.

Desde el verano de 1962 a junio de 1965 reside en Argelia liberada, en calidad de consejero en materia de desarrollo de la "Autogestión", del gobierno de Ahmed Ben-Bella. Visita Cuba, Checoslovaquia, Yugoslavia, Perú, Chile, Argentina, Jordania, Líbano, Portugal, Méji-

co, etc. interesándose durante su estadía en estos países por su desarrollo político en relación con ciertos actores principales de estos acontecimientos.

Es miembro de la Tendencia Marxista Revolucionaria Internacional (T.M.R.I.), la cual edita desde 1965 “Bajo la Bandera del Socialismo”.

Michel Raptis es diplomado de la Escuela Politécnica de Atenas y del Instituto de Urbanismo de la Universidad de París e igualmente del Instituto de Estadísticas de la Universidad de París.

La entrevista tiene por objeto conocer la opinión de Michel Raptis sobre los problemas actuales del marxismo. Discutir a Marx, ahora para negarlo, es una moda como antes lo fue discutirlo para instrumentalizarlo. La izquierda se encuentra en pleno proceso de recomposición y algunas viejas ideas vuelven a surgir con su fuerza intacta, mientras nuevos planteos son necesarios para poder ubicarse e intervenir en las profundas transformaciones del mundo actual.

La izquierda argentina y latinoamericana ha sacado sólo relativo balance de su propio accionar pasado, de sus fracasos, y también de sus conquistas. La crisis mundial tanto del sistema capitalista como del mundo stalinista, nos ubica en la encrucijada de comprender urgentemente diversos tipos de problemas: de ideología, de política, de organización, etc. Pero lo primero es ubicarse en los problemas actuales. Esto no quiere decir que hacemos tabla rasa del pasado sino que queremos recuperar del pasado lo que ayude a construir el futuro.

La crisis mundial en todos sus niveles vuelve a poner a la orden del día el marxismo revolucionario auténtico.

Alberto J. Pla, en nombre de la *Revista Cuadernos del Sur*, le efectuó la siguiente entrevista en agosto de 1988 en París.

—¿El pensamiento de Marx es sólo válido para un análisis de la época en que vivió o se trata de algo más profundo? Por ejemplo, la socialdemocracia en general trata de no enfrentar a Marx pero la maniobra consiste en vaciarlo de contenido para el siglo XX.

—Considero el marxismo —desde hace mucho tiempo—, no como una “ciencia exacta” de la naturaleza sino como una teoría científica experimen-

tal del hecho social, de masas, teoría nutrida y verificada por la praxis. Por su naturaleza misma, específica, el hecho social de masas comporta una dimensión histórica y posee una estructura compleja. No es ni fijo, moviéndose constantemente en el tiempo, ni simple, dado que es el resultado de una serie de factores en interacción. Por estas razones, el marxismo requiere de reajustes constantes, según los aportes y verificaciones de la praxis. Entendidos en este sentido, la teoría y el método del marxismo tienen un valor que sobrepasa el siglo de Marx y nuestro siglo. El marxismo constituye el mejor medio gnoseológico de que disponemos para investigar, en su dinamismo y complejidad, la realidad social con el objeto de transformarla radicalmente.

—¿Qué es lo que entenderías como “marxismo abierto” contrapuesto a un marxismo congelado y formalista?

—El marxismo por su naturaleza es “abierto”, en perpetuo reajuste y enriquecimiento. Toda “verdad”, en cualquier plano del conocimiento, de la ciencia y de la praxis social debe contribuir a enriquecerlo. Esta era la manera de proceder de todos los grandes marxistas, comenzando sobre todo por el propio Marx, antes de la dominación del “stalinismo”, y frente a lo cual las corrientes marxistas, opuestas al “stalinismo”, se vieron obligadas a ocuparse sobre todo de la actualidad de la política cotidiana, descuidando la teoría.

—Sin duda, es cierto que existió un estancamiento del pensamiento marxista. Pienso en la era stalinista en la URSS, por ejemplo. Este estancamiento, ¿Cómo debe interpretarse, a la luz de los acontecimientos actuales en la URSS, concretamente la perestroika?

—Bajo el “stalinismo” el marxismo original de Marx y Lenin se transformó en dogmatismo vulgar, apologético de la burocracia de Estado reinante en URSS. La “perestroika”, que surge ahora en ese país, expresa el impasse al que condujo el “stalinismo” a la URSS y, a la vez, la tentativa de renovar lo que, durante un muy breve período, fue la verdadera intención de la Revolución de Octubre: encaminarse hacia la más amplia democracia socialista posible.

—Marx plantea en sus tesis que el sujeto revolucionario es la clase obrera. ¿Es posible seguir sosteniendo eso, teniendo en cuenta las transformaciones sociales en el siglo XX y en la actualidad? ¿En qué sentido?

—En la época de Marx —sobre todo en Europa, que le interesaba directamente—, el proletariado industrial era efectivamente el sujeto revolucionario por excelencia. Esta afirmación ha continuado a ser válida, particularmente en Europa, hasta alrededores del término de la II Guerra Mundial. Sin embargo, el mundo capitalista ha cambiado enormemente, sobre todo desde hace 30 años. El surgimiento de nuevas fuerzas productivas ha provocado transformaciones sociales profundas. El número relativo del proletariado industrial ha disminuido así como el de las capas de campesinos pobres, igualmente característicos, anteriormente, incluso en varios países europeos. Nuevas capas de trabajadores asalariados han surgido, sobre todo en el plano de los servicios. Paralelamente, ha habido una eclosión, a una escala desconocida en el pasado, de algunos movimientos “sociales”: mujeres, ecologistas, minorías nacionales, juventud escolarizada. Objetivamente, estas capas y movimientos comportan una dinámica anticapitalista creando la posibilidad de construir una nueva alianza anticapitalista mayoritaria, en lugar de la alianza obrero-campesinado pobre que dominaba en los países capitalistas avanzados, hasta la II Guerra Mundial. El nuevo “sujeto revolucionario” en estos países debe ser el movimiento político-social global de todas estas fuerzas.

—Los “nuevos sujetos de la revolución socialista” ¿Es un concepto aplicable a nivel mundial o hay una diferencia entre los países desarrollados y los países dependientes? Pienso, por ejemplo, en América Latina y el caso de Nicaragua.

—Este concepto no es aplicable a escala mundial. En numerosos países el “sujeto revolucionario” por excelencia continua siendo el proletariado aliado al campesinado pobre y a las capas revolucionarias de la pequeña burguesía intelectual urbana. El proletariado resta también mayoritario en varios países del Este. En fin, en numerosos países del “Tercer Mundo”, debido a la destrucción acelerada del campesinado tradicional y al enorme impulso de la urbanización, han surgido vastas capas de “pobres” o “pauperizados”, hacinados en las periferias de las grandes ciudades, que es absolutamente ne-

cesario organizar y ganar a la causa de la Revolución, es decir, de una transformación radical de la sociedad. El caso de Nicaragua y de otros países de América Central debe clasificarse en la categoría de aquéllos donde el sujeto revolucionario continua siendo la alianza proletariado-campesinado pobre-intelectuales revolucionarios.

—El socialismo autogestionario te tiene entre sus principales impulsores en el mundo, desde hace ya mucho tiempo. ¿Qué diferencia habría entre ese socialismo de autogestión y las concepciones socialistas o comunistas que conocemos? ¿Significa también una actitud crítica frente a las posiciones de Trotsky?

—La idea de la Autogestión es una idea relativamente joven, en su concepción y contenido actual. Se relaciona con la idea de la “democracia directa” y la de los “Soviets”, que fueron una expresión de “democracia directa” al inicio de la Revolución de Octubre. Pero, por todo un período histórico e incluso durante la Revolución de Octubre, la “democracia directa” a la cual debe tender el socialismo era necesariamente limitada debido a dos razones esenciales: el grado de “socialización” de las fuerzas productivas era objetivamente limitado y la capacidad cultural de los hombres de “autogestionar” su sociedad era subjetivamente limitado. Faltaba a la “democracia directa”, en tanto que sistema general de la sociedad, en tanto que “democracia directa social generalizada”, una base objetiva y subjetiva adecuada.

Hoy, por el contrario, después de los progresos registrados a partir del término de la II Guerra Mundial —y sobre todo en estos últimos 30 años—, el grado de “socialización” efectiva de la producción y de los servicios ha progresado enormemente así como el nivel cultural de los trabajadores y de los ciudadanos. Las nuevas fuerzas productivas —informática, automatización, etc.— han tenido como consecuencia la de acelerar la formación del “trabajador colectivo”, dotado de un nivel cultural necesariamente elevado. Es esta tendencia la que va a predominar en los países avanzados y generalizarse en el mundo. Y es este hecho el que hace posible y necesaria la “Autogestión generalizada”, contenido concreto y único del término “socialismo”.

La idea de la Autogestión se diferencia de la de los “Soviets” en lo siguiente: los Soviets fueron concebidos como órganos de clase en los cuales debía dominar el proletariado, particularmente industrial, con atribuciones

limitadas, correspondiente a otro grado de socialización de la producción y de los servicios, grado mucho más bajo que actualmente. Mientras que actualmente hemos entrado en una fase caracterizada por la fusión de la ciencia abstracta y aplicada con la producción y la formación del “trabajador colectivo” en otros organismos sociales —en los cuales se expresa el funcionamiento social (Servicios, Educación, Salud, etc.)—, que implican un nivel cultural superior, constantemente mejorado por la formación permanente del individuo social. Una tal evolución permite y necesita una sociedad “Autogestionada”, en todos los planos y niveles, integrando los individuos según las necesidades y posibilidades del trabajo colectivo socializado y de todo el funcionamiento social. Es el régimen de la más amplia democratización de la vida social, eliminando gradualmente las funciones del Estado transitorio de clase, las distinciones de clase y de toda intermediación “representando” a la sociedad. En realidad, la forma de la “República Autogestionaria” es una construcción histórica continua y no una creación “perfecta” desde su nacimiento. Trostky, como Lenin, defendía la “democracia socialista de los Soviets” que, en su época, era la democracia directa más avanzada (paralelamente al derecho de las masas al multipartidismo y al derecho de tendencias en el seno del Partido Revolucionario). Hoy, él tendría en cuenta exclusivamente los nuevos datos que permiten una forma superior de democracia que yo llamaría la “República Autogestionaria”. La única crítica que yo formularía a Trostky en este plano es la de que sobrevaloró —como Lenin—, el papel del Partido, que debía ser contrabalanceado a la época por el poder directo propio de las masas en los Soviets. Pero esta crítica necesaria es fácil, ¡a posteriori!

—Para los latinoamericanos tiene especial importancia la relación entre la ideología y la acción organizada. Especialmente, por la falta de tradición de partidos marxistas revolucionarios. ¿Es que es necesario encarar otra forma de organización política para los fines de un socialismo autogestionario y democrático desde la base?

—Los partidos políticos son siempre necesarios en tanto que instrumentos transitorios para la formación y el funcionamiento de la República Autogestionaria. Pero entre estos partidos, el que se considere el más avanzado debe transformarse en relación a la perspectiva de la República Autogestionaria y considerar como su finalidad la de ayudar a las masas a auto-organizarse, a auto-movilizarse con vistas a ser aptas para “autogestionar” sus luchas

y su sociedad de mañana y no “dirigirlas” como su “conciencia” y su “representante”. Su organización, sus relaciones con las masas, deben ser repensadas en la perspectiva de la “República Autogestionaria” y romper resueltamente con el modelo “stalinista” e incluso “leninista” mal comprendido y deformado por distintas corrientes, incluyendo las que se reclaman del “trotskismo”.

—Desde comienzos de 1987 se viene desenvolviendo la perestroika y el glasnot en la URSS: ¿Se puede afirmar que este proceso es el inicio de la revolución política que el trotskismo ha palteado como una necesidad para la URSS?

—La “Reforma-Revolución” de M. Gorbachov no es la “Revolución Política” que L. Trotsky y sus adeptos propugnaban para la URSS “Estado Obrero degenerado” puesto que comienza “por arriba” y continua a ser controlada “por arriba”, por el Partido, por la franja “esclarecida” de la burocracia, que responde al papel siempre predominante del “Partido”. En este estadio, esta “Revolución” no es más que “apertura revolucionaria”, que incluye una dinámica interesante: moviliza ideas y fuerzas capaces de desencadenar un verdadero movimiento revolucionario a partir del momento en que sean arrastradas amplias masas de la base de la sociedad, desbordando a la actual dirección y al “Partido”.

—Desde los años '70 has discutido la validez de la caracterización de la URSS como un país “socialista” o como “estado obrero degenerado”. Esto significó romper con una tradición del trotskismo que se basaba en los análisis de Trotsky de los años '30. Para ayudar a comprender el carácter del estado soviético, has avanzado la idea de que se trata de un “estado burocrático”. A la luz de los planteos de Gorbachov: ¿consideras que se confirman tus planteos o que deben ser adecuados?

—Desde hace varios años he llegado a las siguientes conclusiones: toda revolución que se limita a estatizar la economía y consolidar el poder del Partido único, no abre la vía hacia el socialismo sino que, inexorablemente, hacia la proliferación irresistible de la burocracia de Estado. Esta nueva capa social se conduce prácticamente como una clase, administrando el Estado, la economía, la sociedad entera, deformando gravemente el conjunto de la evolución hacia el socialismo. Para desenbarazarse de ella es indispensable una

verdadera “segunda revolución”, más importante que la primera puesto que se trata de entregar el poder político a las masas, que es la condición necesaria, indispensable, para una “evolución hacia el socialismo”. El “socialismo” se construye por lo político de otro modo existe el peligro que se evolucione hacia el “Estado Burocrático”, el Estado-Partido, administrado por la Burocracia de Estado. En las condiciones históricas concretas donde triunfa la Revolución, en los países atrasados largo tiempo aislados, es necesario, desde el inicio, colocar el acento sobre la verdadera naturaleza del Estado, del poder político, de otro modo se corre el riesgo de bloquear la “evolución hacia el socialismo” y desembocar en un “Estado Burocrático”, como en la URSS, donde ahora es necesario reconstruirlo todo: economía, política, sociedad. Esta tarea no es el contenido de una simple “revolución política” sino que de una verdadera “segunda revolución” social. El término “revolución social” es empleado por los círculos más avanzados de los “Gorbatchovianos” e incluso por el propio Gorbachov. Ahora, la cuestión teórica esencial es la siguiente: ¿es posible que esta “segunda revolución social” pueda realizarse “por arriba”, por el sector “esclarecido” de la burocracia, haciendo uso del Partido en el cual continuaría residiendo lo esencial del poder? En tal caso sería necesario revisar la apreciación de la burocracia y del Estado soviético. En cuanto a mi, que considero el marxismo una teoría experimental, nutrida y verificada por la praxis, estoy dispuesto, en un caso así, a extraer las conclusiones que se impondrían. Sin embargo, estimo que la “segunda revolución social”, necesaria en la URSS, no se hará ni “por arriba” ni por el Partido actual incluso “depurado” sino por la participación activa, en un momento dado, de las masas, de la base de la sociedad, modificando enteramente las actuales estructuras políticas, económicas y sociales del Estado Burocrático.

—Es evidente que el hecho de que la dirección soviética (Gorbachov), reconozca una serie de hechos aberrantes de la historia del stalinismo que se han concretado en resoluciones de reivindicación como el caso de Bujarin, Kamenev y tantos otros, hace más evidente lo que ya conocíamos. Pero ¿cuáles son las consecuencias que percibes para la misma URSS, en primer término?

—Lo que ya ha ocurrido en la URSS va mucho más lejos que el “terremoto” provocado por Krutchov en 1956 con su histórico informe al 20º Congreso del PC Soviético. Todos los tabús de la era stalinista se han ido al sue-

lo y el mito de Stalin ha sido, irrecuperablemente, destruido. No se podría soñar una "Justicia" de la Historia tan rápida y completa. Todo ha sido dicho en la URSS este año, en particular no por el mismo Gorbachov sino por los muy numerosos escritores, artistas, etc. que se reclaman de la "perestroika". No se ha respetado ningún tabú. Estas informaciones, estas ideas harán por un largo tiempo nuevas generaciones, que son aun insospechables. Pero, naturalmente, lo que debe completar la "transparencia" sobre el pasado histórico de la URSS sería publicar los Archivos, las obras de hombres como Bujarín, Trotsky y todos los protagonistas de la lucha contra Stalin, restablecer la verdadera historia del Partido*. Estamos aún bastante lejos de todo ello pero nada será como antes en la URSS después del enorme trabajo "iconoclasta" ya realizado en ese país. Si la dictadura de la Burocracia se mantiene deberá encontrar otros hábitos más "democráticos" para ocultar su contenido. •

—Esto esta relacionado con la reciente Conferencia de Julio del PC de la URSS. Sería interesante una valoración de tu parte de las discusiones que se plantearon y las consecuencias inmediatas de esta importantísima Conferencia, a un mes de realizada.

—La Conferencia de Julio de 1988 del PC Soviético ha producido dos resultados importantes:

a) ha establecido las bases para que Gorbachov sea, a partir del próximo año, Jefe del Estado, concentrando poderes acrecentados y eliminando el peligro de ser derrocado súbitamente por una decisión del Comité Central, como Krutchov;

b) el poder será compartido entre el Partido y los Soviets, elegidos democráticamente. Estas dos decisiones, si se realizan, transformarán considerablemente el sistema político actual de la URSS pero no modificarán aun el papel preponderante del Partido único. Gorbachov ha llegado a la conclusión de que sin una reforma política profunda la reforma económica fracasará. La reforma económica continua a estar en el centro de sus preocupaciones puesto que determinará la adhesión o no de grandes masas a la "perestroika". Hasta ahora, estas masas permanecen a la expectativa, esperanzadas, pero vacilan a comprometerse resueltamente. Temen que el poder de Gorbachov no sea aún estable y que las reformas relativas a la "verdad de los

precios", la estabilidad del empleo, etc., las puedan perjudicar. Por otra parte, el aprovisionamiento de los grandes centros urbanos, desde el punto de vista de los alimentos, continua a ser defectuoso e incluso más desorganizado que en el pasado. Este es el resultado de la resistencia y el sabotaje de la burocracia del Partido y del Estado, hostiles a las Reformas. Es significativo y peligroso que en el seno del Buró Político y del Comité Central continúen a estar presentes hombres muy poderosos como Ligatchev, Gromyko y otros que se oponen a Gorbachov y que aspiran a que éste último acepte su propia versión conservadora de la "perestroika", o sea puesto de lado. Cuba, Alemania del Este, Bulgaria y varios Partidos Comunistas se oponen igualmente a Gorbachov, criticándolo "por la izquierda" tanto en el plano interior como exterior.*

—Es obvio que el problema central de la izquierda revolucionaria, socialista y marxista, es su propia recomposición y que la misma no puede avanzar sin la participación directa en la lucha misma, de clases. Pero el nuevo planteo del socialismo, con la fuerza crítica que le otorga la avanzada gorbachoviana, va a tener distintas consecuencias, por ejemplo en Europa y en América Latina. ¿Piensas que se abre una etapa que deje atrás los pesimismos de los años '70 y '80, y que podemos recoger, en un nuevo salto hacia adelante, la fuerza y la pasión que caracterizó por ejemplo las movilizaciones del 68?

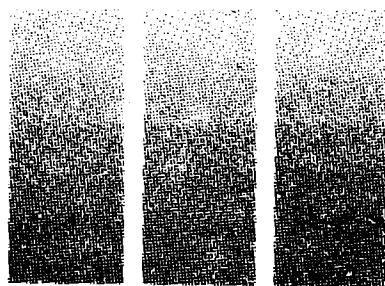
—Si por azar Gorbachov fuese derrocado, la desmoralización del conjunto del movimiento comunista, revolucionario y democrático sería muy grande y durable. La "apertura revolucionaria" de Gorbachov ha dado nacimiento a grandes expectativas en todas partes en la URSS, en los otros países del Este, los PC, el movimiento revolucionario mundial. Desde este punto de vista, el clima general ha mejorado en todas partes. Debemos seguir con la más grande atención el combate histórico iniciado en la URSS otorgando un apoyo crítico a todas las medidas de orden interior y exterior que van en el buen sentido pero debemos también ser concientes de la extrema complejidad de la situación, absolutamente inédita para el conjunto del movimiento comunista, y mantener nuestra sangre fría, nuestra lucidez, nuestro espíritu crítico.

—Como resumen: ¿cuál sería tu mensaje central para los marxistas latinoamericanos que buscan una salida a la crisis?

—Romper resueltamente con el populismo, el “stalinismo” y el ultraizquierdismo, construir pacientemente tendencias marxistas revolucionarias enraizadas en las masas, dotadas de un Programa transitorio y una táctica adecuados a cada país latinoamericano, con el fin de consolidar en todas partes las condiciones democráticas para reorganizar las fuerzas y rearmarlas ideológicamente con vistas a una lucha larga y compleja. En América Latina existe igualmente una realidad nueva que es necesario analizar concretamente y extraer las conclusiones en el plano del programa, de la organización, de la táctica. Resulta indispensable, sobre todo, un inmenso trabajo de re-educación y de clarificación política, en comunión estrecha con el conjunto del movimiento marxista internacional. Este movimiento se desarrollará desde ahora en función de lo que ocurra en la URSS y los otros países del Este e igualmente en China.

Referencias

- * Sobre la base de documentos escritos, etc.
- * N. del R.: con posterioridad a esta entrevista se han sucedido hechos en la URSS que avanzan en el sentido aquí señalado.

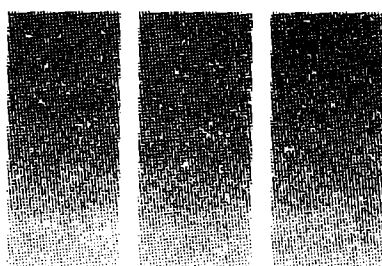


PERRY ANDERSON

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

La lucha democrática
desde una perspectiva
socialista

FICHAS TEMATICAS DE
Cuadernos del Sur



Tierra  fuego
del

Pídalo en las mejores librerías

Distribuye EDICIONES COLIHUE

Impreso en
A.B.R.N. Producciones Gráficas
Oyuela 438 - Villa Domínico
Pcia. de Buenos Aires
en el mes de julio de 1989

Cuadernos del Sur

EDUARDO LUCITA

- "Continuidad democrática y alternativa socialista (La izquierda en las elecciones)"

ALBERTO J. PLA

- "La Tablada, la crisis y el socialismo"

JORGE MAKARZ

- "La crisis militar"

MICHAEL LOWY

- "Brasil, un nuevo tipo de partido : El PT"

ALBERTO DI FRANCO

- "Perú, crisis global y elecciones"

ADOLFO GILLY

- "México, fin de régimen, fin de época"


ENRIQUE ANDA

- "La crisis de la universidad latinoamericana"

MICHEL RAPTIS

- "Marx, Marxismo, Comunismo"

Artista plástico invitado: RAUL VERONI

Tierra  fuego
del